

Museo Nacional de las Intervenciones



Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Rafael Tovar y de Teresa

Presidente

Instituto Nacional de Antropología e Historia

María Teresa Franco

Directora General

César Moheño

Secretario Técnico

José Francisco Lujano Torres

Secretario Administrativo

Diego Prieto Hernández

Coordinador Nacional de Antropología

Leticia Perlasca Núñez

Coordinadora Nacional de Difusión

Benigno Casas

Subdirector de Publicaciones Periódicas, CND

Agradecimientos

A Ana María San Vicente, subdirectora Técnica, por permitirnos reproducir en la sección de *Portafolio* parte de la colección del Museo Nacional de las Intervenciones, INAH.

Las viñetas que acompañan este número fueron tomadas por José Luis Martínez Maldonado y Paola Ascencio.

Diario de Campo

Nueva época, año 3, núm. 14, octubre-diciembre 2013

Director

Diego Prieto Hernández

Coordinación editorial

José Luis Martínez

Coordinación académica

José Luis Juárez López, investigador
del Museo Nacional de las Intervenciones

Asistentes de edición

Óscar de Pablo

Sergio Ramírez Caloca

Diseño y cuidado editorial

Raccorta

Administración

Sandra Zamudio

Investigación iconográfica

Paola Ascencio

Apoyo secretarial

Alejandra Turcio

Envío a zona metropolitana y estados

Marco A. Campos, Fidencio Castro, Juan Cabrera,
Concepción Corona, Omar González, Graciela Moncada
y Gilberto Pérez, personal de la Coordinación Nacional
de Antropología

Imagen de portada

Autor no identificado, *Batalla del 5 de mayo de 1862* (fragmento),
1870, óleo sobre tela, colección del Museo Nacional
de las Intervenciones, INAH.

Diario de Campo, nueva época, año 3, núm. 14, octubre-diciembre de 2013, es una publicación trimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, Col. Roma, C.P. 06700, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo núm.: 04-2011-121612195900-102; ISSN: 2007-6851, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título: en trámite; licitud de contenido: en trámite, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Insurgentes Sur 421, séptimo piso, Col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Imprenta: Comercial de Impresos San Jorge, S.A. de C.V., Antonio Plaza 50, Col. Algarín, C.P. 14370, México, D.F. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH, Insurgentes Sur 421, séptimo piso, Col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Este número se terminó de imprimir el 30 de diciembre de 2013, con un tiraje de 2000 ejemplares.

Índice

Presentación 3

EXPEDIENTE

A la izquierda del colibrí. El Huitzilopochco prehispánico en el plano de la cuenca de México 4

Tomás Villa Córdoba

Huitzilopochco: alianzas, conflictos y continuidades entre dos periodos 11

Norma Rodríguez Hernández

La cocina del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Churubusco. Entre la gula y la templanza 16

Raymundo Alva Zavala

Los usos del convento de Churubusco 21

Daniel Escorza Rodríguez

El triunfo del 5 de mayo. Generales y decisiones 26

Víctor Hugo Flores Solís

Los hermanos Caballero de los Olivos. Dos soldados liberales durante la intervención francesa de 1862-1867 en la novela de Victoriano Salado 30

Ranulfo Gaspar Hernández

Colección de armas de fuego del Museo Nacional de las Intervenciones 36

Faustino Amado Aquino

Un libro, un tema y 100 años. La invasión a Veracruz en 1914 43

José Luis Juárez

De nuevo a Columbus. Rutas historiográficas en torno a la intervención estadounidense de 1916 49

Pável Leonardo Navarro Valdez

PORTAFOLIO

Acervo del Museo Nacional de las Intervenciones 54

PUBLICACIONES INAH

Constantino Escalante (dibujos), Florencio M. del Castillo, Carlos R. Casarín, Pantaleón Tovar, Joaquín M. Alcalde, Antonio Carrión, Ignacio M. Altamirano y Guillermo Prieto (textos), María de Lourdes González Cabrera y Juan Carlo (estudio introductorio), *Las glorias nacionales: álbum de la guerra*, México, INAH-Conaculta, 2013 68

Celia Gutiérrez Ibarra, *Documentos de la Reforma, la Iglesia y el imperio de Maximiliano*, México, INAH-Conaculta (Catálogos), 2006 68

Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos, facsímil de la edición mexicana de 1848, México, INAH-Conaculta /Fundación Miguel Alemán, 2012 68

Francisco Javier Guerrero, *La impasibilidad cuestionada de Juárez. Su papel axial en la Reforma y la Intervención francesa*, México, INAH-Conaculta (Historia, Divulgación), 2009 68

Varios autores, *Juárez a una tinta. El Benemérito de las Américas visto por 12 artistas gráficos, 1806-2006*, México, INAH-Conaculta, 2006 68

Wilhelm Knechtel, *Las memorias del jardinero de Maximiliano. Apuntes manuscritos de mis impresiones y experiencias personales en México entre 1864 y 1867*, México, INAH-Conaculta/Fundación Pro Museo Nacional de Historia 68

Angélica Velázquez Guadarrama, *Primitivo Miranda y la construcción visual del liberalismo*, México, INAH-Conaculta/IIIE-UNAM, 2012 69

Lauro Zavala, *Antimanual del museólogo. Hacia una museología de la vida cotidiana*, México, INAH-Conaculta/UAM (Museografía), 2012 69

Esther Acevedo (coord.), *Entre la realidad y la ficción, vida y obra de Maximiliano*, México, INAH-Conaculta/Foro Cultural de Austria en México, 2012 69

*A la memoria del mexicano que disparó, certero, contra el soldado norteamericano que izaba la bandera de las barras y las estrellas en el asta del Palacio Nacional de México, el 13 de septiembre de 1847.**

* Dedicatoria de Gastón García Cantú en su libro *Las invasiones norteamericanas en México* (Era, México, 1971). A pie de página comenta: "Este hecho fue relatado a Guillermo Prieto, en una de las cartas que él transcribió en *Memorias de mis tiempos*. Roa Bárcena da una versión distinta. Bustamante no se atrevió a levantar los ojos, entre la indignación y la vergüenza, para ver esa bandera en la mañana del 13 de septiembre. Egerton grabó, entre la arboleda de los alrededores de México, aquella insignia ondeando sobre el antiguo palacio. El testimonio de Prieto, verídico o no, es también parte de nuestra historia por su valor simbólico".



Presentación

Me complace presentar esta edición de **DIARIO DE CAMPO**, la número 14 y última de la segunda etapa en la vida de este órgano de comunicación de los investigadores del INAH, que desde 1998 produce y distribuye la Coordinación Nacional de Antropología, en la actualidad a mi cargo.

Desde hace cerca de 15 años esta revista ha constituido una plataforma accesible, ágil y atractiva para el intercambio y la discusión sobre los temas que nos ocupan, a fin de estrechar los lazos de comunicación y el reconocimiento entre los investigadores y dar a conocer a la comunidad académica del INAH y sus instituciones cercanas los avances que realizamos en el curso de nuestras investigaciones sobre México, su población, su historia, su patrimonio y su diversidad cultural. En reiteradas ocasiones nuestra directora general, Tere Franco, ha planteado la necesidad de que la investigación antropológica e histórica cumpla de mejor manera las tareas que las leyes y el Estado mexicano le han conferido al INAH en lo que se refiere a la identificación, el conocimiento, la valoración, el cuidado, la protección legal y el aprovechamiento social y sustentable del inmenso patrimonio cultural de México. Esto supone fortalecer nuestra labor académica y formativa sobre la base de la libertad de investigación, el pensamiento crítico, y asimismo la pasión y el compromiso con el encargo social que hace ya tres cuartos de siglo dio lugar al INAH.

En estas condiciones, a partir de 2014 nos proponemos impulsar una nueva era en **DIARIO DE CAMPO**, en la cual los investigadores y académicos del INAH hagan un uso más intenso, fluido y libre de esta plataforma periódica de difusión e intercambio, de modo que favorezcamos el debate y la reflexión crítica sobre nuestra misión institucional y, en particular, sobre el objeto de nuestras investigaciones. Esperamos las opiniones y colaboraciones de todos para orientar y nutrir la tercera época de **DIARIO DE CAMPO**.

El eje temático en torno al cual se articula el presente número se relaciona con nuestro patrimonio monumental y simbólico, en indisoluble vinculación. Se trata del antiguo convento de Churubusco, actual sede del Museo Nacional de las Intervenciones. Este eje permite vincular, en un abanico multidisciplinario, por un lado, los estudios dedicados a la historia del edificio y de su contexto social y natural y, por el otro, aquellos que se ocupan del tema del *edificio como museo*, es decir, las ocupaciones y agresiones militares sufridas por México a lo largo de su historia.

El ex convento de Churubusco, cuyo entorno estuvo poblado desde antes de la llegada de los mexicanos al valle de México y cuya construcción original se remonta a los primeros años de la conquista, encarna e ilustra la historia nacional de una manera particularmente gráfica. Tal vez el momento más dramático de su existencia tuvo lugar el 20 de agosto de 1847, cuando fue escenario de uno de los episodios militares de resistencia a la invasión de nuestro territorio por el ejército de Estados Unidos. En esa ocasión más de 350 soldados mexicanos cayeron en combate, tras disparar hasta el último cartucho, contra un enemigo inmensamente superior en número y armamento. Fue al final de esa batalla cuando el general Pedro María Anaya dirigió a su contraparte estadounidense, David E. Twiggs, su famosa respuesta: “Si tuviéramos parque, no estaría usted aquí”. En reconocimiento a la memoria de aquellos combatientes que perdieron la vida enfrentando al invasor, el ex convento se convirtió en un museo histórico dedicado al tema de las intervenciones extranjeras en nuestro país. Los autores de los nueve artículos que componen este número son, en su mayoría, académicos adscritos a este museo, estructurado y administrado por el INAH. Agradecemos a todos los colegas por sus colaboraciones y a José Luis Juárez López por la coordinación de los artículos. Las imágenes del presente número, entre ellas las litografías en que Karl Nebel retrató episodios de guerra con Estados Unidos entre 1846 y 1848, proceden de la colección del museo.

Diego Prieto Hernández

A la izquierda del colibrí. El Huitzilopochco prehispánico en el plano de la cuenca de México

Tomás Villa Córdoba*

Al inicio del siglo de la Conquista, una confederación de tres grandes ciudades-Estado se había impuesto sobre los demás pueblos de la cuenca de México. Extendían sus confines no sólo en el Altiplano, sino también en las lejanas costas de los actuales estados de Guerrero, Oaxaca y Veracruz. Se introdujeron entre los grupos totonacos, al comerciar con los mercaderes mayas en los puertos del Golfo o penetrar en el territorio del Xoconuchco y pelear por la hegemonía contra los aguerridos tarascos. En esos momentos, en la puerta sur de la orgullosa Tenochtitlán, una pequeña población con una importante herencia culhua-tolteca intentaba aprovechar sus capacidades para sobrevivir por todos los medios a su disposición, con la pretensión de crecer frente a esos Estados más fuertes.

Huitzilopochco se fundó de manera estratégica a las afueras de una importante encrucijada de caminos de agua y tierra. De esta forma, al viandante que buscaba su destino desde Tenochtitlán se le ofrecían en Huitzilopochco caminos terrestres que le permitían recorrer una calzada que unía las riberas oriente y poniente de la cuenca de México en su lugar más angosto. Esto permitía llegar el oriente por Iztapalapa hasta Chimalhuacán, para después encaminarse hacia la lejana Cholula o hacia las costas veracruzanas. Por otro lado allí se unían las sendas que conducían a las riquezas del sur de la cuenca, entre las sementeras de flores de Xochimilco y, más allá, para llegar a la tierra caliente de Cuauhnáhuac, o remontando la sierra hasta las frías tierras matlatzincas de Tollocan, para luego continuar la vía hacia la frontera de guerra con los tarascos.

Por el agua, surcando en *acalli* vías más provechosas, las mercaderías que eran recolectadas en Chalco y los territorios chinampaneca del sur de la cuenca pasarían frente a Huitzilopochco al navegar en rápidas y potentes barcas rumbo a Tenochtitlán, al grado de que Huitzilopochco (nuestro actual Churubusco, ante la modificación del vocablo por los españoles) obraría aún en la época colonial como puerto de transbordo de mercancías, con lo que aprovechó su situación para vender canastas a los necesitados comerciantes de fruta, los cuales descargaban las mercaderías traídas desde Huastepic, Toluca y Oaxaca y la subían a trajineras para llegar a la capital de Nueva España, como lo habían hecho desde la época prehispánica (Gibson, 2007: 368).

Ubicada en un territorio muy pequeño, esta población contaba con el privilegio de poseer uno de los pocos ríos permanentes de la cuenca (el actual río Churubusco), así como el acceso a una serie de importantes manantiales, un pequeño pero poderoso brazo de agua que los unía

* Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, INAH (tomavilla67@yahoo.com.mx).

y un área de lago en la zona más angosta entre las aguas dulces de Chalco Xochimilco y las salobres de Tenochtitlán. Tales condiciones convertían a esos terrenos en un área cenagosa, más dispuesta al agua que a la tierra, pero tan fértil que incluso durante las peores sequías se conservó como uno de esos “jades” antiguos a la vista de los chichimecas de Xólotl, en contraste con los yermos parajes que atravesaron para repoblar la cuenca tras la caída del mundo tolteca (Ixtililxóchitl, 1985).

Los antiguos habitantes chichimecas de Huitzilopochco fueron mudando esta condición, considerada bárbara, ayudados por los escasos toltecas, que debieron instalarse en la región. Los habitantes de aquel Huitzilopochco chichimeca vieron a los toltecas que huían de su devastada ciudad y en su éxodo pasaron, primero, por Azcapotzalco. “Ahí dejaron a dos ancianos toltecas, Xochiolotzin y Coyotzin, que dieron al rey un comal de plata, por quedarse a su lado. Se fueron los toltecas a pasar por Chapultepec, Huitzilopochco y Colhuacan [...]”, de acuerdo con el *Códice Chimalpopoca* (1975: 14-15), que cita por primera vez a Huitzilopochco como población, en algún momento cercano al siglo x u xi, según esa misma fuente.

Pocas son las menciones que perduran sobre el territorio que comprendía Huitzilopochco durante los años cuando los señores chichimecas se adueñaron de la cuenca hasta que Texcoco y Azcapotzalco lucharon por apoderarse de los restos del gran imperio chichimeca, años en que Techotlalatzin, señor de Texcoco, fundó sus cortes (1338), incluyendo a Huitzilopochco entre sus dependientes (Ixtililxóchitl, 1985: 324). Sus habitantes buscaron amparo en Opuchtli, dios acuático, de los cazadores de ánades y patos, sureño, inventor de la fisga, la red, el átlatl y la garrocha para que se deslicen las barcas: todos ellos elementos de los cazadores y pescadores ribereños. Sin embargo, una característica hacía todavía más importante a esta deidad, pues era considerada como dios hermano de Huitzilopochtli.

Opuchtli se le presentaría durante los mexicas en su itinerario de entrada a la cuenca, justo después de su derrota en Chapultepec, y de este modo le permitiría el libre paso al señorío culhua, al cual pertenecía Huitzilopochco, que entonces se constituía como uno de los poderes fácticos de la región. Este momento se identifica en dos fuentes diferentes. La primera es el *Códice Xólotl*, donde

[...] el tlacuilo pintó un conejo entero sobre el cerro de Chapultepec, lo tomaremos como indicación del año.

Así, pues, por el año 1 Tochtli (1246) vinieron a la región de Chapultepec y Culhuacán. Se trasladaron a Iztapalapa por el rumbo de Uixacht écatl (cerro de La Estrella). Luego fuéronse al lugar llamado Mexicalzinco. Después a otro lugar del lago, Huitzilopochco [...] (*Códice Xólotl*, 1980: 67).

El segundo documento es el *Códice Azcatitlán* (1995), en la actualidad localizado en la Biblioteca Nacional de Francia, donde se narra a detalle la migración mexicana desde Aztlán y su posterior establecimiento en México-Tenochtitlán. En la lámina XI (páginas 20 y 21) de ese código se narran muchas peripecias mexicas, desde la última parte de su huida de Chapultepec ante el ataque de los azcapotzalcos, pasando por su estancia entre los culhuas, que marcó su apoyo a estos últimos en la guerra contra los xochimilcas, hasta su nueva evasión de territorios culhuas. En el extremo izquierdo de esa lámina se encuentra un templo de cuatro niveles con la cabeza de un colibrí saliendo de su cúspide, así como el glifo del agua que emerge de su base. Una línea marca el camino de los peregrinos, pasando de este primer punto hasta el cerro curvo de Culhuacán, en particular para llevarlos hasta un edificio frente al cual se encuentra un personaje con atuendo serpentino.

El pasaje que nos interesa narrar es el tránsito de los mexicas hasta Culhuacán, que primero pasaron por Huitzilopochco o Huitzilatl (en el agua izquierda o del sur), como parece indicarlo el templo del colibrí sobre el agua, para al fin llegar a la capital de los señoríos culhuas.

Los mexicas derrotados pasaron sin saber que algún día los manantiales que regaban los límites meridionales de su ciudad se harían famosos como espacio para rituales relacionados con el agua mágica de los mismos y el poder de Huitzilopochtli, y que esta zona mudaría su nombre a Huitzilopochco, sin contar con que la magia de esas aguas sería la causa de la muerte de tres soberanos: el de Coyoacán, reputado nahual; el de Huitzilopochco, muerto por embustero e intrigante, y el de México, que no midió las consecuencias de su poder e intentó llevar el agua sagrada de esos veneros hasta las puertas de una sedienta Tenochtitlán.

La situación geográfica estratégica de Huitzilopochco lo convertiría en la virtual puerta sur de Tenochtitlán y una de las joyas de los Nauhtecutli (los cuatro señoríos) del sur de la cuenca, los cuales incluirían a Iztapalapa, Mexicalzingo y su capital, Culhuacán.

Con la decadencia de la ciudad de Tula, hacia los siglos x y xi, Mexicalzingo encabezaría los señoríos que más

tarde dominarían el área centro-sur de los lagos (donde se fundó Huitzilopochco) y formaría alianzas tripartitas, primero con la prestigiosa capital tolteca y con Otumba, y después con Coahuatlinchan y Azcapotzalco, ante el vacío generado por la caída de la ciudad de los toltecas.

La triple alianza formada en ese momento ejerció su dominio incluso fuera de la cuenca de México, en sitios como Ocuilan y Malinalco (Chimalpain, 1991: 15), aunque al parecer no fue hasta los siglos XIII o XIV cuando se formalizó otro tipo de confederación más local y de carácter tetrapartito entre los señoríos de Iztapalapa, Mexicalzingo, Culhuacán y Huitzilopochco, los cuales se declararon, con razón, como herederos de los afamados toltecas, y con la que intentaron rivalizar frente a otros poderes de la cuenca de México. Este capital social e histórico sería aprovechado al hacer valer el prestigio que la tradición les brindaba en diferentes formas. Por ejemplo, en múltiples alianzas parentales con los gobernantes de otros señoríos, que los colocarían a la par de otros poderes en la región, o mediante las relaciones comerciales con pueblos distantes, al aprovechar, como veremos, rutas de comercio que al menos provienen de la época tolteca, además de explotar una infraestructura y una posición geográfica ventajosa, al asentarse en el área de cruce de caminos, tal vez la más importante de la cuenca en la época prehispánica.

En diferentes matrículas y documentos indígenas del siglo XVI Huitzilopochco es presentado como la lámina 20 del *Códice Mendoza* (Berdan y Rieff, 1992) o la lámina 4 de la *Matrícula de tributos* (2003: 28) y algunas de las planchas del *Códice Xólotl* (1980, planchas IV-VII). Existe incluso una imagen esquemática de esa población, que es parte del famoso plano atribuido a Cortés, de cuyo original se produjo el célebre grabado que acompaña sus cartas de relación y en la actualidad nos es desconocido (Toussaint, 1990). Esta imagen se incluyó en la publicación de las cartas que el conquistador remitió a España (tercera carta de relación) mediante un grabado impreso en Nuremberg en 1524. El plano debió de enviarse al emperador entre 1520 y 1522, años en que se redactaron la segunda y tercera cartas de relación (*ibidem*: 93), mientras la ejecución del original sobre el que se basó el grabador se fecharía entre el 8 de noviembre de 1519 y mayo de 1520, primera parte de la estancia de los hispanos en Tenochtitlán (*ibidem*: 96).

En el plano, Huitzilopochco aparece al fondo de una calzada que une Tenochtitlán con tierra firme y otra que va desde el propio Huitzilopochco hasta Mexicalzinco. Su imagen es la de un castillo con tres torres almenadas pa-

ra coronarlo, rodeadas por una muralla que se abre para comunicar con el lago de agua dulce (*ibidem*: 100). La imagen permite entrever los techos de las casas en los vanos existentes entre las torres. Podemos pensar que el observador occidental que trazó el original del plano desde alguno de los edificios de Tlatelolco observó la lejana población con sus importantes edificios piramidales, incluidos en significativos circuitos de culto de la cuenca para esa época.

El dibujante añadió también el rasgo de esta curiosa condición del sitio: la muralla que lo rodeaba, un elemento que no aparece en otras poblaciones representadas y que probablemente sea una condición particular, la cual se explicaría por el carácter de puerta de entrada a Tenochtitlán desde una frontera de guerra de particular trascendencia, en el camino hacia la línea divisoria con los tarascos. Sólo la arqueología sería capaz de dirimir este elemento.

Los manantiales

En el plano conservado en la Biblioteca de la Universidad de Upsala (Linne, 1948: 158-159), Churubusco se muestra cruzado por importantes vías terrestres que lo unen con Iztapalapa, Tenochtitlán, Coyoacán y Xochimilco. Sin embargo, en la frontera con Coyoacán aparecen un total de 15 manantiales identificados como pequeñas motas azules unidas con líneas del mismo color, los cuales forman un árbol y que marcan el afluente de desagüe que corre hacia el lago. Esos manantiales drenaban las aguas que exudaban las saturadas rocas volcánicas de la región conocida como el Pedregal (malpaís causado por la erupción del volcán Xitle en el sur de la cuenca), cuya agua podía ser una bendición en épocas de estiaje o una maldición, en forma de inundaciones y humedades constantes.

La relación de Huitzilopochco con las deidades del agua se debe a estos manantiales. Es un lugar común la dependencia de Huitzilopochco respecto a una serie de fuentes de agua, lugar de cultos y procesiones que unen el poblado con Tenochtitlán desde los ámbitos histórico, religioso y social. El más famoso de todos estos veneros es el Acuecuécatl, del que manaba un pequeño afluente hacia el lago "Acuecuexco", si bien existían otras cuatro de estas fuentes, cada una relacionada con propiedades, regiones y fuerzas que es posible atestiguar por medio de sus reveladores nombres, recordados por el fraile Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1989):

Acuecuéxcatl: “agua traviesa”.

Tlilatl: “Agua negra”.

Huitzilatl: “Agua de colibrí, agua hermosa o agua del sur”.

Xóchatl: “Agua de flores”.

Cóatl: “Agua de serpiente”.

Estos manantiales eran importantes por el papel que sus aguas, consideradas como mágicas, desempeñaban en ciertos rituales de purificación y tal vez de curación.

Al parecer los habitantes de Churubusco de la época colonial nunca olvidaron esas propiedades, como lo atestigua la aparición de los veneros en el mapa mencionado, pintado entre 1556 y 1562 (Toussaint, 1990: 142), así como su relación con uno de los últimos autos de fe de los que se tiene noticia: el realizado a principios del siglo XVIII por el párroco de Churubusco Joseph Navarro de Vargas, cuyos escritos sobre sus actividades se publicaron por primera vez en 1909, dentro de los *Anales* del Museo Nacional (Navarro, 1909).

El empleo de la abundante agua en la región para el riego se vio limitado por su cercanía respecto al lago, ya que sólo irrigaba una zona muy pequeña. En cambio, el uso social del agua parece haber sido mayor, relacionado con su integración en el culto; por ejemplo, durante la fiesta prehispánica de Panquetzaliztli, donde

[...] bañaban a los que habían de morir [sacrificados] con agua de una fuente que llaman Huitzilatl, que está cabe el pueblo de Huitzilopochco. Por esta agua iban los viejos de los barrios. Traíanla en cántaros nuevos y tapados con hojas de cedro, que llaman ahuehuetl. En llegando a donde estaban los esclavos, que estaban delante del cu de Huitzilopochtli, a cada uno echaban un cántaro de agua sobre la cabeza, sobre los vestidos que traían, así hombres como mujeres (Sahagún, 1989: 161).

El plano político

Una vez concluidas las guerras que destruyeron el imperio tepaneca, hacia 1420, las cuales consolidarían como poder regional a Texcoco, Tenochtitlán y Tacuba, los Nauhtecutli, entre ellos Huitzilopochco, se integraron a aquella alianza como tributarios. Esos pueblos adoptaron una estructura de apoyos militares como aliados de la Triple Alianza en las campañas de la expansión mexicana en el área, lo cual se inició con el reinado de Moctezuma el Viejo, aunque es

probable que los Nauhtecutli hayan sido “invitados” desde mucho antes.

Lo que constituye un hecho es que en más de una ocasión las fuerzas de la alianza vieron caminar a su lado a contingentes de Huitzilopochco y de los cuatro señoríos en las conquistas mexicas, como en las de Coaxtlahuaca, las de Toluca y Matlatzingo o las de Cotaxtla, Chiapa y la región Huasteca (Durán, 1984: 186, 270, 329), donde los guerreros formaban contingentes más bien pequeños. Una muestra de ello fueron las acciones en la Huasteca, donde los contingentes de Huitzilopochco conformarían 2.7% del total de la fuerza y apenas 5% de las armas mexicanas combinadas (Villa, 2013: 20).

La relación de dominación con esta población resultó muy cercana y en más de una ocasión exigió la ruptura de las cúpulas políticas de Huitzilopochco y su reemplazo por gobernadores militares, en represalia a insubordinaciones y como parte de un tratamiento político normal desde la cúpula tenochca. Sabemos que un hermano menor de Moctezuma el Viejo fungió como gobernador de Huitzilopochco y que fue muerto por su imprudencia hacia la década de 1440 (Tezozómoc, 1992: 132,133), o que a raíz de su relación con el complot tlattelolca el señor de Huitzilopochco resultaría muerto, durante la guerra fratricida de 1473 entre Tenochtitlán y Tlatelolco.

Como dependiente de la Triple Alianza, Huitzilopochco se encuadraba en la más importante provincia de tributación del imperio y contaba con interesantes relaciones en este rubro de la vida económica del Anáhuac. Huitzilopochco constituiría uno de los nueve “reinos” que dependían en forma directa de Tenochtitlán, entre ellos los cuatro señoríos culhuaques, que con los chinampanecas Xochimilco, Mixquic y Cuitláhuac completaban los siete señoríos del sur, y con Tenayocan y Ehecatepec al norte conformaban la lista de los señoríos dependientes directos de Tenochtitlán (Carrasco, 1996).

Es probable que Huitzilopochco fuera elegido como asiento de un calpixque que controlaba la recolección de tributos para Tenochtitlán en la zona de influencia de los cuatro señoríos y que por ello se le mencione en la Matrícula de tributos como tributario directo en lugar de Culhuacán, pese a que este último fungía como la capital de los cuatro señoríos. Por otro lado, resulta poco probable que sus obligaciones fiscales recayeran sólo en él y que los otros tres Nauhtecutli no entregaran nada (*ibidem*: 123). Por lo tanto, una explicación puede radicar en que Huitzilopochco haya sido la sede de un calpixque.

El plano religioso

Opuchtlí, deidad a la que probablemente se le rendía culto en Huitzilopochco incluso antes de la llegada de Huitzilopochtli, comparte atributos de grupos de dioses muy diferentes entre sí. Por un lado se le relaciona con los tlaques. En vista de la pintura facial de hule y las gotas del mismo en el traje, el *chicahuaztli* o palo de sonajas y los trajes de papel, propios de aquellas deidades acuáticas y de la fertilidad, se le asocia con los penitentes y con los hombres cuyo destino consistía en morir sacrificados. Por otro lado se le relaciona con el astro rey e importantes atributos solares, como el penacho de plumas de garza y el escudo en forma de flor solar, vinculados con el Aztamécatl y la flor como símbolo del centro del mundo, que lo relacionan con el sol y el centro del universo.

Además se asocia con deidades como Atlahua y Amímitl, conectadas con el agua y los mantenimientos, descubridores también de aperos ocupados por los habitantes de los pueblos chinampanecas como las redes y el átlatl, en una interesante conjunción entre una deidad de los mantenimientos y una guerrera.

Considero que en Opuchtlí encontramos una deidad acuática, pero con un lado de cazador y, por lo tanto, guerrero, en este ambiente lacustre: de ahí su afinidad con Huitzilopochtli. Sin embargo, quizá el dios más importante para Huitzilopochco haya sido el propio Huitzilopochtli. Su culto se conecta con la existencia de un templo de grandes dimensiones, que existía ya durante el reinado de Ahuizotl. Este gobernante guerrero realizó un peregrinaje de agradecimiento a los dioses por sus victorias militares, que además de Tenochtitlán, Chalco, Iztapalapa, Mexicalzinco y Huitzilopochco incluyó un circuito de visita a templos importantes en el área sur de la cuenca de México: un recorrido relacionado con ésta y otra gran deidad: Tezcatlipoca. La intención era entregar ofrendas a Huitzilopochtli en algunos templos connotados, entre los cuales Huitzilopochco era “donde con gran solemnidad, tanta y más que en México, hizo su sacrificio y ofrenda. Donde volvió a México con la compañía de los señores y grandes que había salido y de muchas gentes que le acompañaban” (Durán, 1984: 363-367).

El plano comercial

Los *pochtecatl* gozaban de un importante privilegio: el del tráfico de mercaderías de prestigio a larga distancia, mientras que dejaban a otros los productos relacionados

con los mercados locales. Con su inserción en los grandes mercados de bienes suntuarios, aunada a su relación con el Estado, los estamentos y las clases sociales de los pueblos que representaban y por donde pasaban o a donde se dirigían, conformaban un grupo crucial en las relaciones políticas, sociales y económicas del Posclásico mesoamericano.

Si bien es probable que en la mayoría de las grandes poblaciones de la cuenca de México existiera un grupo de comerciantes de larga distancia, su alcance y poderío parece referirse a una compleja cantidad de elementos, donde influyen el poder de la ciudad o población que representaban, así como su representatividad histórica o cultural (y, por ende, los conocimientos y relaciones adquiridos en sus viajes), además del tipo y la cantidad de mercaderías que ofertaban, esto último reflejo de la relación con poderosos grupos artesanales. La publicación por parte de Ángel María Garibay (1995) de los textos de los informantes indígenas de Sahagún permite identificar un *pochtecáyotl* o arte de traficar. En este texto se identifica a 12 poblaciones reconocidas entre la comunidad pochteca de la Triple Alianza en el momento de la conquista española, sobre todo con el aval de Tenochtitlán y Tlatelolco. Esta sociedad tenía como sede exterior la ciudad de Tuchtepec, donde se contaba con un edificio para aposentar las representaciones de los diversos pueblos que la conformaron:

51. allá [en Tuchtepec] están en detención los traficantes, los comerciantes embozados de todos los pueblos, gente de todos los rumbos allí tenían una morada común.

52. El conjunto de éstos era: Tenochtitlán, Tlatelolco, Texcoco y Huexotla, Coatlinchan, Chalco, Xochimilco y Huitzilopochco, Mixcouac, Azcapotzalco, Cuauhtitlan y Otumpa.

53. Éstos eran los que andaban echando experiencia por todos los pueblos y de ellos se metían, pero volvían a Tuchtepec (Garibay, 1995a: 126-127).

En sentido estricto, cada cabecera de la Triple Alianza tenía representación sobre diferentes poblaciones de pochtecas que conformaban parte de sus redes de tributarios, y en algunos casos su propia representación. Así, aparte de sus enviados directos, Tenochtitlán contaba con tres representantes más: Chalco, Xochimilco y Huitzilopochco, este último como una especie de comisionado de los Nauhtecutli. Texcoco, por su lado, tenía otros cuatro:

Huexotla, Coatlinchan, Otumpa y Cuauhtitlan. Por último, Tlacopan no estaba directamente representado en la lista, pero sí tenía dos enviados entre sus tributarios: Mixcouac y Azcapotzalco.

Mientras tanto, Tlatelolco se presentaba por separado, probablemente por la calidad de su mercado, si bien lo reconocemos como un agregado más de Tenochtitlán, con lo que también contaría con cuatro. El listado muestra además a los integrantes en un rígido orden geopolítico desde el centro hacia el oriente, y a partir de allí en el sentido de las manecillas del reloj.

La presencia de Huitzilopochco en la lista de los 12 deja en claro el papel fundamental del gremio comerciante en este poblado y entre los Nauhtecutli, como uno de los grupos de *pochtecatl* más importantes de la cuenca de México. El colectivo se encontraba entre los que debían ser invitados a los sacrificios en honor a Huitzilopochtli durante la fiesta de los “bañados”, en la procesión y festividades de Painal. Tales convites y fiestas, exclusivos del gremio, incluían la entrega de mantas a los *pochtecatl* de la ciudad y a los 12 representantes de la alianza comercial, incluido Huitzilopochco (*ibidem*: 123, 142).

Por otro lado, la balanza comercial de la introducción de cantidades importantes de materias primas (por ejemplo, el algodón, los productos para teñirlo, el oro, las piedras semipreciosas, la concha y, sobre todo, las plumas que los amantecas usaban para la creación de objetos de plumería) representaba una ganancia importante para aquellos que recolectaban el tributo de pueblos no asociados directamente con los gremios de comerciantes. Esto era un resultado de que la disposición de productos relacionados con el tributo se debiera negociar mediante la compra en mercados públicos (especializados y probablemente captados por los principales miembros de esta asociación) o por su asignación a algún comerciante que se encontrara ligado con el reducido grupo de los 12 ya mencionado, de manera que los precios de compra de las materias primas u objetos terminados se fijaban desde los mercados dominados por la alianza tripartita y en su beneficio. De este modo quedaban en franca desventaja aquellos que los consumían para la entrega de tributo.

En la práctica, este virtual monopolio de los 12 se convirtió en un ejercicio de poder que imposibilitó a grandes grupos para formar parte de los circuitos comerciales y obtener bienes de prestigio, al eliminar su ostentación como parte del ritual o del ejercicio político ante sus propias comunidades.

En numerosas ocasiones las listas de tributos marcaban materiales y productos de regiones que únicamente era posible alcanzar mediante el uso de los servicios de mercaderes profesionales. Sin embargo, esto también implicaba que sus productos debían ser comprados por medio de estos gremios monopólicos para mantener los niveles de entrega de tributo, paradójicamente, a los mismos señores de donde provenían los mercaderes, con lo que se obtenía una ganancia en cada operación de compra-venta hasta la entrega del tributo.

Esto permite entrever un proceso mercantil organizado, dirigido y realizado sobre todo por los miembros de la alianza tripartita, donde las otras poblaciones eran tratadas como simples ayudantes y sus márgenes de ganancia se manipulaban para evitar la ostentación como arma política. En términos económicos, estas relaciones asimétricas permitían la concentración de materiales y materias primas sólo en algunos polos de comercio, los cuales se convirtieron en promotores de la producción de bienes de prestigio y, por lo tanto, reguladores de los mercados.

Durante el Posclásico, los *pochtecatl*, incluidos los provenientes de Huitzilopochco, comerciaban con artículos manufacturados y productos locales a cambio de materias primas utilizadas en talleres de artesanos, con lo que formaban un ciclo donde “los artículos brutos eran importados a Tenochtitlán para ser trabajados por artesanos y exportados al resto de México como bienes manufacturados” (Hasig, 1990: 132).

De esta forma Huitzilopochco logró introducirse como parte del exclusivo grupo de mercaderes que permitió aquella lucrativa relación, al ocupar para lo mismo las relaciones que probablemente habían desarrollado desde la época de su alianza con los toltecas.

Comercio, religión y geopolítica le permitieron mantenerse y crecer al pequeño grupo de poder representado en Huitzilopochco, el cual fungía como rostro de la alianza tripartita conocida como los Nauhtecutli del sur, al actuar frente a la gran liga hegemónica que tenía a Tenochtitlán a la cabeza.

Estos hombres tejieron redes comerciales, alianzas políticas, ayudas militares y relaciones religiosas para mantener su hegemonía local y permitirse la acción en diversos ámbitos, ocupando para ello su capital social e histórico, y lograron hacer que su existencia no se viera amenazada por pueblos más poderosos, de modo que surcaron las mareas de la historia. Mucho, creo, podríamos ganar entendiéndolos.

Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel, "Los pochteca", en *Acta Antropológica*, núm. 1, 1945.
- Alvarado Tezozómoc, Hernando, *Crónica mexicana y código Ramírez*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 61), 1987.
- Crónica mexicáyotl*, México, IIH-UNAM (1ª serie, Prehispánica, 3), 1992.
- Carrasco, Pedro, *Estructura político-territorial del imperio tenochca*, México, FCE/Colmex/Fideicomiso Historia de las Américas, 1996.
- Código Azcatitlán*, ed. facsimilar, México/Turín/París, Biblioteca Nacional de Francia/Sociedad de Americanistas/Artes de México/Estampería Artística Nazionale, 1995,
- Código Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y leyenda de los soles*, México, IIA-UNAM, 1975.
- The Codex Mendoza*, 4 vols., Berkeley, University of California Press, 1992.
- Código Xólotl*, 2 tt., México, IIH-UNAM (Amoxtlí, 1), 1980.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación de la conquista de México*, México, Espasa Calpe Mexicana (Austral, 547), 1983.
- Chimalpáihñ Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, México, FCE (Biblioteca Americana, Literatura indígena), 1982.
- Durán, fray Diego, *Historia de las indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 37), t. II, 1984.
- García Pimentel, Luis (ed.), *Descripción del arzobispado de México hecha en 1570 y otros documentos*, México, José Joaquín Terrazas e Hijos Impresores, Puente de Santo Domingo, 1897.
- Garibay, Ángel María (paleografía, versión, introducción y apéndices), *Informantes de Sahagún. Vida económica de Tenochtitlán I. Pochtecatoytl (arte de traficar)*, México, IIH-UNAM/Seminario de Cultura Náhuatl (Cultura náhuatl, Fuentes, 3), 1995a.
- _____, *Informantes de Sahagún. Veinte himnos sacros de los nahuas*, México, IIH-UNAM/Seminario de Cultura Náhuatl (Cultura náhuatl, Fuentes, 4), 1995b.
- Gerhard Peter, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1521*, México, IIH-IG-Dirección General de Publicaciones-UNAM (Espacio y tiempo, 1), 1986.
- Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI (América nuestra, 15), 2007.
- Hassig, Ross, *Comercio, tributo y transportes. La economía política del valle de México en el siglo XVI*, México, Alianza (Historia), 1990.
- León Portilla, Miguel (introducción, paleografía, versión y notas), *Informantes de Sahagún. Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, México, IIH-UNAM/Seminario de Cultura Náhuatl (Cultura náhuatl, Fuentes, 1), 1992.
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, 2 tt., México, IIH-UNAM, México (Historiadores y cronistas de Indias, 4), 1985.
- Linne, Sigval, *El valle y la ciudad de México en 1550*, Estocolmo, Staatens Etnografiska Museum-The Ethnographical Museum of Sweden (New Series Publication, 9), 1948.
- "Matrícula de tributos", en *Arqueología Mexicana*, edición especial: Serie Códices, núm. 14, agosto de 2003.
- Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacán*, México, IIH-UNAM (Cultura náhuatl, 9), 1989.
- Mena, Ramón y Nicolás Rangel, *Churubusco Huitzilopochco*, México, Departamento Universitario y de Bellas Artes/ Dirección de Talleres Gráficos.
- Navarro de Vargas, Joseph, "Padrón del pueblo de San Mateo Huitzilopochco, inventario de su iglesia y directorio de sus obvenciones parroquiales", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, tercera época, 1909, pp. 353-599.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España. Versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Código florentino*, 3 tt., México, Conaculta/ Alianza (Cien de México), 2002.
- Toussaint, Manuel, "Estudio histórico y analítico del plano atribuido a Hernán Cortés", en *Planos de la ciudad de México, siglos XVI y XVII*, México, UNAM-III-EDF, 1990, pp. 90-105.
- Toussaint, Manuel, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, "Estudio histórico y analítico del plano atribuido a Alonso de Santa Cruz", en *Planos de la ciudad de México, siglos XVI y XVII. Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*, México, III-UNAM/ EDF, 1990, pp. 132-146.
- Villa Córdova, Tomás, "Churubusco Huitzilopochco", en *Arqueología*, núm. 47, en prensa.
- _____, "¿Redistribución asimétrica? Mecanismos de concentración y apropiación de la riqueza en Teotihuacan", mecanoscrito, 2013.
- Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio, *Theatro Americano. Descripción general de los reinos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones*, 2 vols., México, 1745.



Huitzilopochco: alianzas, conflictos y continuidades entre dos periodos

Norma Rodríguez Hernández*

El estudio de las relaciones sociales humanas ha sido muy amplio. Con el desarrollo de diversas formas de organización que le facilitaron el logro de diferentes actividades a lo largo de su historia, el ser humano se dio cuenta de que era necesario agruparse para conseguir sus metas, ya fuera para obtener alimentos, para defenderse del dominio de otros pueblos o para la formación de núcleos habitacionales, entre otros aspectos. En el caso del señorío de Huitzilopochco, las fuentes históricas nos han permitido conocer datos sobre su ubicación, sus límites, sus actividades y diversos elementos que nos hablan de la interacción con su entorno social y natural.

Huitzilopochco, hoy Churubusco, se ha visto inmerso en diversos conflictos bélicos que nos muestran su importancia en la historia de nuestro país. Si bien la utilización del entonces convento como punto de resistencia en la batalla contra las tropas invasoras estadounidenses en 1847 es la más famosa, desde la época prehispánica se tiene conocimiento de esta actividad, así como de otro tipo de relaciones. Con el objetivo de dar a conocer estos hechos, así como de ampliar la información sobre la temporalidad de ocupación de Churubusco, presentamos el siguiente artículo.

Asentado en la ribera oeste del que fue el lago de Texcoco, Huitzilopochco tuvo su origen hacia el siglo XI, época en que grupos toltecas-chichimecas llegaron al lago, después de la caída de Tula (Clavijero, 1964). Al igual que Huitzilopochco, en la zona se asentaron Iztapalapa y Mexicatzingo, que junto con Culhuacán, ya considerado como pueblo sucesor de la cultura tolteca, formaron la confederación Nauhtecutli.

Sobre sus primeros contactos con otros grupos, Garibay señala, por ejemplo, que tras salir de Culhuacán los aztecas llegaron a Huitzilopochco e influyeron de tal forma que impusieron un nombre de origen náhuatl al lugar, cuya denominación anterior era de origen chichimeca: de "Ciavichilat" o "Uichilat" a Huitzilopochco (Garibay, 1975: 31). Huitzilopochco no perdió la oportunidad de relacionarse con otros grupos, ya fuera para comerciar, aliarse con ellos y defenderse de terceros, fortalecer su poder por medio de alianzas matrimoniales o para la obtención y el uso de recursos naturales. Sin embargo, también existió una relación de sometimiento con los mexicas hacia el año 1428, cuando Tenochtitlán conquistó el señorío y lo sometió como pueblo tributario. A continuación señalamos algunos ejemplos de las relaciones que desarrolló con los pueblos de los alrededores que conocemos gracias a los cronistas de esa época e investigaciones actuales.

* Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (rodale0097@yahoo.com.mx).

Por control y uso de recursos naturales

Huitzilopochco gozaba de una excelente ubicación geográfica. Se encontraba rodeado de numerosos riachuelos que provenían del manantial Acuecuexco, el cual lo surtía de agua dulce, además de encontrarse en los límites del lago salobre de Texcoco y del dulce de Xochimilco, por lo que obtenía recursos diversos, así como las mejores condiciones para la producción agrícola por medio de chinampas. En busca del control territorial, político y económico del istmo de Iztapalapa, entre los lagos de Texcoco y Xochimilco, se alió con grupos que, al igual que el propio Huitzilopochco, se encontraban asentados en la ribera del lago, en este caso el de Xochimilco. A esta alianza se le llamó confederación Culhuaque o los Nauhtecutli, compuesta por cuatro grupos: Huitzilopochco, Iztapalapa, Mexicaltzingo y Culhuacán (Iturribarria, 1947: 75).

Fueron muchos los beneficios que se obtuvieron de esta relación, no sólo a partir de los recursos lacustres (pescado, aves, anfibios, plantas acuáticas, entre otros), sino también por la obtención de la sal del lago, con la que se producían panes de sal, primero como medio de subsistencia y después para el comercio (Cortés, 1992: 51).

Sin embargo, acaso el logro más importante para la época haya consistido en desarrollar una infraestructura hidráulica que permitía el acceso a lugares más lejanos, a los cuales se hacía llegar agua dulce de los manantiales (Sanders, 1979: 103). Así, tenemos que de Huitzilopochco



Representación de los cuatro culhuaques o Nauhtecutli Fuente Códice Xólotl, lám. VI (Ávila, 2006: 115)

salía un acueducto-calzada que surtía de agua dulce y se comunicaba con Mexicaltzingo, Iztapalapa, Acachinanco, Tequexquináhuac, Tlacateco, Ahuehuetlán, Tepetlatzinco, Ticomán, Coyoacán y, más tarde, Tenochtitlán. Respecto a esta última ciudad, las fuentes señalan un episodio en el que se demuestra su dominio: los mexicas requerían más agua de la que obtenían del acueducto de Chapultepec y quisieron transportarla del manantial del Acuecuexco. Como de ésta se surtía Coyoacán, Tzutzumatzin, gobernante de este pueblo, se opuso a las intenciones de Ahuizotl, por lo que este último lo mandó matar. Después Huitzilatzin, señor de Huitzilopochco, autorizó que se transportara el agua del Acuecuexco. Cuando llegaron las lluvias y, con ellas, las inundaciones a Tenochtitlán, Huitzilatzin, al igual que Tzutzumatzin, fue culpado del desastre y ejecutado (Torquemada, 1975).

Por comercio y tributo

El pueblo de Huitzilopochco cumplió una función importante en el desarrollo del espacio donde se asentó, pues constituyó un punto obligado para el paso de artículos destinados al comercio entre los lagos dulces del sur de la cuenca y el lago salobre de Texcoco, además de ser paso hacia la región de Coyoacán, acceso a la zona del Pedregal y uno de los puntos de paso a los valles de Tollocan (hoy Toluca). También estableció una red de rutas de comercio como parte de la organización pochteca, constituida por comerciantes de alto rango de los pueblos establecidos en la cuenca de México, lo que le permitió llegar a lugares como Cuauhnáhuac (Cuernavaca), Oaxtepec y Jaltocan, e incluso a los mercados de las costas del Pacífico y Guatemala (Blanton, 1972: 224).

Huitzilopochco era uno de los pueblos que contaba con un mercado establecido, como los que se asentaban en Texcoco, Xochimilco, Mixcoac, Azcapotzalco, Acolman, Cholula, Tehuantepec, Coatlinchan, Otumba y el principal de la zona central: Tlatelolco. Los mercaderes de Huitzilopochco realizaban todo tipo de intercambios comerciales por medio del trueque con "monedas", las cuales a veces eran cacao, polvo de oro o mantas intercambiadas por productos obtenidos de la agricultura, de la caza, de la pesca o de la manufactura (por ejemplo, cerámica, cestería, escudos de plumas, panes de sal y mantas), como los que se observan en la *Matrícula de tributos*, donde aparece el glifo distintivo de Huitzilopochco describiendo los productos tributados y entregados a la Triple Alianza, sobre todo a Tenochtitlán.



Matrícula de tributos (lám. 4), donde se observan los topónimos de los pueblos tributarios, entre los que se encuentra Huitzilopochco en el extremo inferior derecho y los productos obligados a tributar a Tenochtitlán
Fuente Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH

La importancia de estos mercados fue tan grande que hizo de ellos un factor determinante en la penetración e intercambio cultural, ya que en tiempos de guerra se nombraba a un jefe que encabezaba a todos los comerciantes de Tenochtitlán, Tlatelolco, Huitzilopochco, Azcapotzalco, Tlacopan, Xochimilco, Tlalpan, Tláhuac, Texcoco, Chalco, Cuauhtitlán, Acolman y Cholula, los cuales partían juntos en expediciones comerciales, de espionaje y bélicas (Díaz del Castillo, 1984).

Con el sometimiento de Huitzilopochco por parte de Tenochtitlán en el año de 1428, tras la guerra en la que el señorío se alió con Tlatelolco contra el imperio tenochca, la relación de trueque y comercio que mantenían dio paso a una de tributo.

Tanto en la obra de Durán como en la Matrícula de tributos (Gerhard, 1997: 183) se señala que Huitzilopochco estaba obligado a tributar panes de sal, cerámica, cestería, plumas de aves (sobre todo de *huitzitzilin* o colibrí) y artefactos manufacturados con ellas; por ejemplo, escudos y tocados, así como materiales y mano de obra para las diferentes remodelaciones que se hacían al Templo Mayor de Tenochtitlán. Estaban también obligados a entregar esclavos y presos para el sacrificio en honor a Huitzilopochtli. Como señala Durán:

Al terminar la reedificación del templo de Huitzilopochtli en Tenochtitlan, el tlatoani Ahuizotl mandó sus representantes a Xuchimilco, u Cuitlahuac, y a Mizquic, a Colhuacan, y a los cuatro señoríos del que eran Iztapalapa y Mexicaltzingo Huitzilopochco para convidar a los señores de esos lugares. De todas las cuales ciudades y señoríos fueron los señores a esta solemnidad y lleva-

ron sus tributos de presos y esclavos para el sacrificio, hallándose en México toda la nobleza y señorío de los grandes señores y reyes de la tierra (Matos, 1986: 51).

Pese a haber sido conquistado e incorporado al imperio tenochca, se le permitió mantener su propio gobierno y soberanía, con lo que adquirió el rango de señorío con su propio tlatoani.

Como defensa militar

Aunque a decir de algunos cronistas Huitzilopochco fue un pueblo guerrero, necesitaba el apoyo de pueblos más poderosos para mantenerse independiente. Como ya se mencionó, formó parte de la confederación Nauhtecutli, junto con Iztapalapa, Mexicaltzingo y Culhuacán, por lo que durante la guerra de éstos contra el pueblo mexica, que aún no fundaba su ciudad, Huitzilopochco participó en la captura y detención de los rebeldes, después de que se negaron a pagar tributo y tras haber sacrificado a la hija del señor de Culhuacán, quien en esos momentos ejercía su dominio en la región.



Pueblos pertenecientes a la provincia de Petlacalco, entre ellas Huitzilopochco **Fuente** Códice Mendocino, lám. 20



Topónimo del señorío de Huitzilopochco **Fuente** Códice Mendocino, lám. 20

Tiempo después, con la fundación de Tenochtitlán y su expansión, muchos fueron los pueblos que trataron de desligarse o mantenerse independientes y libres del tributo que se les imponía. Durante el reinado de Itzcóatl, hacia 1428, los primeros intentos de librarse de tributo por parte de los grupos del sur de los lagos (entre ellos Coyoacán, Huitzilopochco, Iztapalapa y Xochimilco) no dieron resultado. Al intentar rebelarse de nuevo, pero en alianza con Tlatelolco, fueron sometidos y castigados una vez más con la muerte de su dirigente. Sobre esto Torquemada refiere que “a causa del apoyo brindado a Tlatelolco durante la guerra con Tenochtitlán, fue muerto Cuauhyácatl, señor de Huitzilopochco, en el mercado de Tlatelolco” (Orozco, 1944: 259).

Mas no sólo por razones bélicas hizo alianzas Huitzilopochco. En busca de legitimar y mantener su poder, así como obtener el respaldo y protección de ciudades importantes, pidió en matrimonio a las hijas de algunos gobernantes, como sucedió con Azcapotzalco, cuya descendencia llegó a regir no sólo en Huitzilopochco, sino también, durante los primeros años de la colonia, en Coyoacán, Tlatelolco y Tacuba, por medio de don Juan de Guzmán, descendiente de Tezozómoc (Carrasco, 1978: 193).

En la *Relación del linaje de don Juan de Guzmán Istolinque, señor de Coyoacán*, Carrasco nombra a Moquihuitli, hijo de Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, como el primer descendiente que reinó en Huitzilopochco. Debido a estas alianzas Huitzilopochco apoyó a Tlatelolco y Coyoacán en

las guerras contra Tenochtitlán, ya que ambas ciudades eran gobernadas por hijos de Tezozómoc.

Frente a la llegada de los españoles

Cuando llegó Hernán Cortés al valle de México, Huitzilopochco era gobernado por Huitzilatzin II. Como ya se señaló, Huitzilatzin I había sido ejecutado por orden de Ahuizotl, culpado por las inundaciones provocadas por el agua de los manantiales del Acuecuexco que hizo transportar desde las tierras de Huitzilopochco. Pese a cargar con el yugo del dominio de los tenochcas, Huitzilatzin II se les unió en su lucha contra los españoles, al igual que los señores de Xochimilco, Culhuacán, Iztapalapa, Cuitlahuaca y Mizquique. Sin embargo, la inminente derrota de Tenochtitlán y, en consecuencia, de los pueblos que le habían permanecido fieles hasta ese momento, provocó que los antiguos señores del sur de los lagos se aliaran con Cortés para concluir con el asedio y toma de la ciudad mexicana. Al respecto, fray Juan de Torquemada (1975: 281) menciona:

Habían hasta este tiempo estado neutrales los pueblos de Iztapalapan, Huitzilopochco, Mexicaltzingo, Mixquic y Cuitlahuaca y los naturales de otros pueblos que estaban en la laguna dulce; y viendo que las cosas de los cristianos no caminaban prósperamente, se enviaron a ofrecer a Cortés. El los recibió muy bien y pidió que enviasen sus canoas armadas y que llevarsen materiales para hacer casas, para el abrigo de la gente, en los cuarteles.

Ocurrida la toma de Tenochtitlán y la consabida destrucción de la ciudad, se inició la evangelización de los pueblos indígenas. Para este momento Huitzilopochco era ya un centro de gran importancia económica y religiosa, pues conformaba el punto de intersección de redes de comercio, tenía su propio mercado y fungía como centro religioso donde se veneraba a uno de los dioses tutelares nahuas: Huitzilopochtli. Se decía que “después del templo mayor de Tenochtitlán, el de mayor tamaño era el de Huitzilopochco, con muchos templos y torres altas y ornamentadas, pintadas de blanco” (Horn, 1992); es decir, se trataba de un centro que atraía a una gran cantidad de población. Por tal motivo se le consideró como un centro de relevancia para evangelizar a los indígenas, acabar con los enclaves de paganismo y construir allí uno de los primeros templos católicos de Nueva España.

El primer templo católico que se construyó, hacia 1528, fue al principio una pequeña ermita donde estaban de paso frailes dieguinos para después dirigirse a la evangelización de otros lugares. El primer obispo de Nueva España, fray Juan de Zumárraga, ordenó la construcción de la parroquia con los restos de los templos prehispánicos destruidos, pues debido a la importancia del culto a Huitzilopochtli el sitio era lo suficientemente grande como para abastecer los materiales necesarios. Por otra parte Cortés entregó Huitzilopochco en encomienda a Bernardino Vázquez de Tapia, quien tenía derecho a recibir tributo y utilizar la mano de obra de los indígenas a cambio de proveerlos de educación cristiana (Castro, 1981: 9).

Debido a que Churubusco (castellanización de Huitzilopochco) se encontraba a dos leguas de la capital novohispana, la población europea era escasa, por lo que fue considerado una “república de indios” (Malvido, 1993: 49). Los españoles habían dividido a la población en repúblicas de españoles, o “gente de razón”, y repúblicas de indios, o “gente con alma pero sin razón”, y de ese modo fueron tratados a lo largo de más de tres siglos.

Consideraciones finales

Tras la evangelización y el sometimiento, Huitzilopochco perdió todo su poder y relevancia. Cortés decidió instalar de manera temporal el centro político en el vecino pueblo de Coyoacán, mientras se reconstruía la capital de Nueva España sobre las ruinas de la ciudad de Tenochtitlán. El gran señorío de Huitzilopochco se convirtió así en un pueblo dominado por la encomienda y por los nuevos habitantes: los frailes dieguinos establecidos en la ermita. Las fuentes históricas consultadas nos muestran la importancia de un pueblo que supo aprovechar su entorno natural para obtener poder económico, político y social. También nos dan cuenta de las complejas relaciones de poder, el importante papel demográfico del señorío de Huitzilopochco, así como de su desarrollo hasta el momento de la conquista.

Bibliografía

Ávila López, Raúl, *Mexicaltzingo, arqueología de un reino culhuamexica*, 2 vols., México, INAH (Obra diversa), 2006.

Blanton, Richard Edward, “Prehispanic Settlement Patterns of the Ixtapalapa Peninsula Region, Mexico”, en *Occasional Papers in Anthropology*, núm. 6, Pensilvania, Department of Anthropology-Pennsylvania State University Park, 1972.



Iglesia y convento de San Diego Churubusco **Fuente** Rosell (1947)

Carrasco, Pedro, *Colección de documentos sobre Coyoacán*, México, INAH (Científica, 65), 1978.

Castro Morales, Efraín, *Churubusco: colecciones de la iglesia y ex convento de Nuestra Señora de los Ángeles*, México, INAH, 1981.

Clavijero, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Porrúa (Sepan cuántos..., 29), 1964.

Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, México, Porrúa, (Sepan cuántos..., 7), 1992.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa (Sepan cuántos..., 5), 1984.

Díez Gutiérrez, Jorge, *Crónica del comercio prehispánico*, México, Cámara Nacional de Comercio de la Ciudad de México, 1981.

Garibay K., Ángel María, *Teogonía e historia de los mexicanos*, México, Porrúa, 1975.

Gerhard, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM, 1997.

Horn, Rebecca, “Coyoacán: aspectos de la organización sociopolítica y económica indígena en el centro de México, 1550-1650”, en *Historias*, núm. 29, 1992.

Iturribarria, Beatriz, “Resumen del convento de Churubusco”, en *Monografías Mexicanas*, México, Dirección de Monumentos Coloniales, vol. XLIV, núm. 47, 1947, p. 11.

Malvido Miranda, Elsa, *Demografía histórica de México, siglos XVI-XIX*, México, Mora (Antologías universitarias), 1993.

Matos Moctezuma, Eduardo, *Los dioses que se negaron a morir*, México, SEP (Cien de México), 1986.

Orozco y Berra, Manuel, *Códice Ramírez. Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según su historia*, México, Leyenda, 1944.

Rosell, Lauro E., *Convento dieguino de Santa María de los Ángeles, Huitzilopochco-Churubusco*, México, Dirección de Monumentos Coloniales-INAH, 1947.

Sanders, William, Jeffrey Parsons y Robert Santley, *The Basin of Mexico, Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, Academic Press, 1979.

Torquemada, fray Juan de, *Monarquía Indiana*, 6 vols., México, UNAM, 1975.

La cocina del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Churubusco. Entre la gula y la templanza

Raymundo Alva Zavala*

Presentación

El ex convento de Nuestra Señora de los Ángeles, hoy Museo Nacional de las Intervenciones, fue durante poco más de 200 años casa de formación de la orden de frailes menores de la más estricta observancia, o de San Diego, una de las ramas de los franciscanos. En ella se preparaban los elementos que irían a las misiones de Oriente, así como de las lejanas tierras del norte del virreinato de Nueva España. Dentro de sus muros, la convivencia de los frailes, legos, novicios y coristas marcó para siempre a la que hoy conocemos como cultura nacional.

La cocina

En todo convento o monasterio, un sitio muy importante para la congregación era la cocina. Si bien la regla y constituciones de los frailes propiciaban la templanza en el comer y en el beber, así como el ayuno en determinadas fechas, la alimentación cotidiana de la comunidad dependía de una cocina bien surtida y un excelente cocinero, tanto desde el punto de vista de los bastimentos, utensilios y herramientas para prepararlos, como del personal con que el hermano cocinero contaba para llevar a cabo los guisados y platillos para alimentar a la comunidad.

Alrededor de los fogones de las cocinas conventuales fue posible la vida comunitaria de los frailes, pues en ella se preparaban los alimentos que todos, sin distinción, consumirían dos veces al día.

¡Carbón y rajas de ocote...!

Pensemos por un momento en cuáles eran los utensilios y herramientas empleados en un día común en la cocina de nuestro convento: primero estaban las hornillas y fogones alimentados con carbón y leña. La entrega al convento de ambos productos la hacían los “indios carboneros”, que con sus cargas de carbón de encino y ramas de ocote iban de un lugar a otro para ofrecerlas con sonoros gritos, y que de seguro pasaban por los portones del propio convento para surtirlo.

En la Europa del siglo XVI era costumbre utilizar leña para preparar los alimentos. Su uso propiciaba grandes fuegos, muy apropiados para asar las carnes magras y manidas de bovinos,

* Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (razyanga@yahoo.com.mx).

cabras, ovejas y cerdos. Esa flama, sin embargo, dificultaba la preparación de alimentos cocidos.

En Mesoamérica, para la preparación de los alimentos se recurría al carbón vegetal, que producía un calor constante y uniforme, muy adecuado para preparaciones cocidas y al vapor, como los tamales. Por ello fue que en las cocinas novohispanas de los conquistadores pronto se prefirió el carbón a la leña. Cabe decir que el fuego en las hornillas de la estufa no se apagaba durante la noche, pues había guisados que necesitaban ser cocidos a fuego muy lento durante horas. En las hornillas se colocaban las ollas y cazuelas, trastos que podían ser de cobre o barro.

Después estaban propiamente las ollas, cazuelas y cazos de distintos materiales y tamaños: desde las enormes cazuelas moleras de barro vidriado, del más puro origen mestizo, hasta los cazos de cobre, traídos por los conquistadores a partir del primer cuarto del siglo **xvi** y que poco a poco dejaron su lugar privilegiado a la loza fabricada en Nueva España, es decir, las ollas y cazuelas de barro.

A fin de mezclar los ingredientes y removerlos para su correcta cocción se contaba con cucharas y cucharones de hierro o madera. Para algunos alimentos o bebidas, como el chocolate, se usaban instrumentos especializados como los molinillos, de origen filipino. El molinillo tenía una serie de muescas, anillos y labrados en la cabeza y el cuerpo, de modo que al girarlo manualmente por su delgado mango era posible que la bebida se mezclara con las aromáticas canela o vainilla, produciendo una exuberante espuma, tal y como ordenaban las reglas tradicionales.

El chocolate fue una bebida muy popular durante el virreinato entre todos los grupos sociales novohispanos. En Mesoamérica se preparaba con agua y mezclado con algunas yerbas aromáticas como la vainilla. Durante el periodo colonial se comenzó a hacer con leche y canela, sin que se perdiera la tradición de la espuma.

Tan popular era el chocolate que en todos los conventos había jarras de cobre llamadas chocolateras, destinadas a su preparación, así como los cocos chocolateros: recipientes hechos con la cáscara más dura del coco a la que los orfebres añadían pies y asas de plata.

Hay que decir que el consumo de esa bebida estaba prohibido por considerársele un “estimulante que despertaba la concupiscencia y la lascivia, y podía llevar a la persona a cometer el pecado de gula”. Por supuesto, las monjas y los frailes siempre se deleitaron con buenas tazas de chocolate, y como la excepción confirma la regla, las monjas capuchinas y carmelitas descalzas, junto con sus votos de pobreza,

castidad y obediencia, hacían el voto de no consumir ni hacer consumir chocolate.

Los metates y molcajetes tuvieron también un lugar privilegiado en las cocinas conventuales, pues sin ellos habría sido imposible la elaboración de tortillas y salsas que acompañaran a los distintos guisos. Si bien los morteros metálicos, de fina porcelana o talavera, se continuaron usando para moler las especias y condimentos, no desplazaron a sus primos indios. Otro tanto ocurrió con las redondas muelas de piedra para moler el trigo que daría origen al pan, que si bien no cayeron en desuso, sí fueron en gran parte desplazadas por los fuertes y pétreos metates.

¿Quiénes cocinaban?

De estos instrumentos y otros más se servían los hermanos legos, sirvientes y esclavos para preparar un sinnúmero de platillos, muchos de los cuales hoy reconocemos como netamente mexicanos y sin duda forman parte de nuestro acervo cultural e histórico.

Sirvientes y esclavos dormían encerrados en el interior de la cocina, por lo que era necesario que contaran con su petate, cobija y una bolsa de ixtle donde guardar sus pertenencias.

El hermano cocinero del convento de Churubusco se encargaba de abrir la puerta de la cocina a las 3:00 de la mañana y disponer lo necesario para comenzar a preparar los alimentos: traer del aljibe el agua necesaria, limpiar frutas y verduras y efectuar la matanza de algún animal para abastecerse de su carne, así como lavar y preparar los trastos para comenzar a guisar.

Las mezclas de la cocina

Si bien los europeos llevaron a la Mesoamérica indígena el uso de las carnes rojas (cerdo, vaca, ovejas y chivos) y sus respectivas grasas, pronto sus sabores se combinaron con los alimentos autóctonos como el maíz, el frijol y el chile, a los que se sumaron otros productos y condimentos traídos de las lejanas tierras asiáticas.

Las evidencias indican que también en las cocinas conventuales se dio el mestizaje culinario. En el caso de nuestro convento, muchos de los hermanos de la orden de los dieguinos eran nacidos en Nueva España y, por supuesto, reproducían sus formas alimenticias o hacían que se reprodujeran al privilegiar ciertos comestibles. Eso sin contar con la propia iniciativa y maestría de los cocineros, quienes po-

nían en las mesas del refectorio los sabores y olores más atrevidos y sugerentes.

Las especias orientales hicieron posible que las carnes, un poco manidas y magras, no tuvieran tan mal sabor, o que al menos fueran comestibles. Así pues, los clásicos embutidos hispanos, como los chorizos y morcillas, se continuaron consumiendo, pero con sabrosas variantes, tanto en su preparación como en su presentación final, pues se comían frescos: al chorizo se le comenzó a agregar chile y jitomate, a las morcillas (sangre de cerdo batida y condimentada, envuelta en una tripa curtida) en México se le llamó moronga, y para consumirla se preparaba con tomate verde y chile.

Un objeto que dio pie a un dicho popular mexicano fue el garabato: un gancho de hierro del que se colgaban piezas de carne. El cuidado de las preces de carne que colgaban del garabato debió de ser una constante preocupación por parte de los sirvientes y legos encargados de la cocina, pues perros y gatos podían aprovechar cualquier descuido de ellos y hacerse de un delicioso bocado.

En las cocinas conventuales se empleaba una serie de semillas y hierbas que llamamos especias. Muchas de ellas eran de origen oriental, como la pimienta, el clavo, la canela y la mostaza; otras europeas, como el orégano y el romero, y unas más de origen americano, como el epazote.

Por otra parte, el uso del maíz entre todos los grupos sociales novohispanos nos permite suponer que en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles las tortillas y otros productos con base en ese cereal eran también de consumo cotidiano en la mesa de los frailes.

De la huerta a la mesa

Si bien la huerta del propio convento proporcionaba una serie de verduras, frutos y vegetales para la alimentación de los hermanos dieguinos, los indios, negros, criollos y castas que acudían a la iglesia pudieron tributar, a modo de limosna o donación para los frailes, vegetales y animales de sus fértiles campos. Así es como los hermanos tenían acceso a ciertos alimentos que, debido a la regla y constituciones de la propia orden, se les prohibía consumir, tanto por el voto de pobreza como por la templanza y austeridad que se les exigía en el comer y beber, debido a su estado monacal.

Es necesario recordar que el ex convento de Churubusco se desarrolló en un medio lacustre por excelencia. Las hortalizas y frutos de las chinampas próximas estuvieron presentes en la cocina: quintoniles, huauzontles, verdolagas,

tejocotes y capulines, así como pescado blanco, charales, patos y chichicuilotos. Para almacenar los alimentos por preparar o ya elaborados se utilizaban repisones o tapextles que colgaban de las vigas de los techos mediante cadenas o modestos mecates. De ese modo, ratas y ratones, habitantes comunes de las cocinas, no alcanzaban los preciados bastimentos.

El convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Churubusco era, ante todo, una casa de formación de jóvenes aspirantes al sacerdocio. Visto desde nuestros días, esa cualidad no presentaría mayor problema, si bien es sabido que los jóvenes novicios y los coristas (estudiantes en vías de ordenarse como sacerdotes), ante el esfuerzo intelectual que significaban las cargas escolares, es decir, por su esfuerzo mental, eran alimentados de manera más sustanciosa que sus pares ya ordenados o que los humildes legos. El primer alimento, el desayuno, se servía a los novicios y coristas entre las cuatro y cuatro y media de la mañana, de acuerdo con las constituciones de 1802.



Talavera del refectorio del convento **Fotografía** *Diario de Campo*

San Pascual Bailón, dame buen sazón

En el recinto de la cocina también se hacían sentir la fe y devoción de los ocupantes, pues los trabajos, los trastos y las personas que laboraban allí se encomendaban a san Pascual Bailón, cuya imagen no podía faltar.

Pascual Bailón nació en Torre Hermosa, Aragón, España, el 17 de mayo de 1540. Ingresó a la orden de Franciscanos Menores en el año de 1565. Su vida dentro del claustro se caracterizó por su ejemplar conducta, bondad y fe extrema. Murió “en gracia de Dios” el 17 de mayo de 1592. Promovido por sus hermanos de sayo a la dignidad de beato en el año de 1618, fue canonizado en 1690. Se le considera patrono de la cocina y sus labores, así como de la eucaristía.

Para obtener buen éxito en la confección de los alimentos, el hermano cocinero oraba a san Pascual Bailón de la siguiente forma:

Cual lince tu tierno amor,
hacia la mesa divina,
de la huerta y la cocina
haces templo del Señor.

De este horno vivo has tomado
el fuego que en tu alma ardía,
que no me falte en la muerte,
el pan de la eucaristía.¹

A san Pascual Bailón se le representa con una canasta con comida o bien sosteniendo la hostia. En la colección Churubusco que resguarda el Museo Nacional de las Intervenciones existe una imagen de este santo: una pintura de autor no identificado, elaborada en óleo sobre tela y fechada para el siglo XVIII.

Una de las razones más evidentes para que Pascual fuera promovido a la santidad al morir fue la facultad que poseía para “comunicarse con Dios”. Mientras hacía sus quehaceres cotidianos, entraba en arrobamiento y llegaba a quedar suspendido “milagrosamente” en el aire, es decir, levitaba. Incluso en ocasiones sus hermanos veían cómo los ángeles le daban la comunión y en otras, cómo lo sostenían en peso o lo ayudaban a cocinar.

¹ La oración a san Pascual Bailón y la receta de fray Gerónimo de San Pelayo se tomaron del *Libro de cocina del hermano fray Gerónimo de San Pelayo* (2000). Los horarios para el servicio de alimentos se establecieron en las “Constituciones del colegio de Nuestra Señora de los Ángeles” (1802).

La glotonería y la abstinencia

En las cocinas y refectorios conventuales era común que monjas y frailes se obsequiaran pequeños lujos culinarios, no obstante que esos establecimientos no solían ser el “país de los glotones”.

Así, las empanadas rellenas con distintas carnes, rojas o blancas, guisadas en una rica variedad de diferentes salsas, o bien verduras y hierbas, eran frecuentes, lo mismo que sustanciosas preces de cerdo, vaca, cordero, conejo o pollo, asadas a las brasas, acompañadas por potajes y pucheros, ensaladas de verduras frescas, sin olvidar los sabrosos platos de frijoles recién cocidos o guisados y aderezados con trozos de chicharrón de cerdo, cebolla, tocino en trozos y queso.

Como ejemplo de algunos platillos tenemos la siguiente receta para preparar capirozada de fray Gerónimo de San Pelayo:

Toma manteca y mantequilla, fríe en ellas ajos, cebolla y jitomate picado; estando una poca de yerba buena y perejil picado, agua, sal, canela entera, pimiento, clavo molido, nuez, un poco antes o después échale azafrán necesario, luego una capa de pan, queso y caldo.

¿Qué comían los frailes?

A causa de la regla que ponía el acento en la pobreza, los frailes dieguinos comían pocas carnes rojas. En un día común, los novicios y coristas consumían atole champurrado o de masa, así como pan en el desayuno, servido, como ya se mencionó, entre las cuatro y cuatro y media de la mañana.

Para la hora de la comida, a las once y media, se servía para todos los hermanos y estudiantes puchero (sopa compuesta de verduras y algunas semillas, como maíz, frijol o garbanzo), ensalada de vegetales verdes, pan, tortillas y agua. A la hora de la cena, a las siete y media de la noche, un poco de carne asada o guisada, recalentado de puchero, atole o chocolate, pan y tortillas.

En cambio, en las grandes fiestas los platillos se diversificaban y salía el ingenio de los cocineros, que daba vida a una gran variedad de guisados y postres. En ese momento la regla se rompía y de la frugalidad en el comer se pasaba a la gula: empanadas rellenas de distintos guisados, pescados y patos en muy variadas salsas, pucheros con trozos de tocino o lomo de cerdo, distintos moles acompañados de

carne de guajolote, agua de chía, vino y licores digestivos preparados con hierbas y frutos.

Al parecer, el paraíso de los glotonos comenzaba en las puertas mismas de la cocina y extendía sus dominios hasta las mesas del refectorio. Hay que recordar que en días establecidos por la liturgia y el santoral católico se guardaban con estricta observancia los ayunos, obligatorios para todos: pan y agua.

Quedaban exentos de estos ayunos los hermanos enfermos, los novicios (casi unos niños) y los ancianos, los cuales disfrutaban de sus alimentos en forma normal, pero sin mostrar el gusto que debían sentir al ver a sus otros hermanos con el estómago vacío.

Si bien los dulces, confituras, mermeladas y merengues fueron la especialidad de los conventos de monjas, estos deliciosos bocados también se preparaban en las cocinas de los humildes frailes. A los merengues y otras confituras que se servían doradas se les pasaba por encima, una vez preparados, una plancha de carbón, para que así quedaran dorados en su superficie.

Epílogo

La cocina novohispana conventual fue una rica mezcla. En ella se dieron cita productos de todos los continentes, desde el maíz americano hasta las refinadas especias asiáticas. Los estudios sobre las formas de elaborar los alimentos nos llevan a revisar la economía de la época virreinal, las formas de pensamiento, así como a la sociedad o grupos que les dieron vida.

Muchos de los guisados experimentados y elaborados por los modestos frailes, así como los instrumentos, trastos y herramientas por ellos utilizados, forman parte hoy de nuestro patrimonio cultural, así como de la memoria histórica actual.

Bibliografía

Artes de México, núm. 36: "Los espacios de la cocina mexicana", 1997.

"Constituciones del Colegio de Nuestra Señora de los Ángeles", manuscrito, México, Museo Nacional de las Intervenciones-INAH, 1802.

Gómez Orozco, Federico, *El mobiliario y la decoración en la Nueva España en el siglo XVI*, México, IIE-UNAM (Estudios y Fuentes del Arte en México, vol. XLI), 1983.

Lavín, Mónica y Ana Benítez Muro, *Dulces hábitos. Golosinas del convento*, México, Clío (Cocina virreinal novohispana, I), 2000.

Leonard, Irving A., *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1990.

Libro de cocina del hermano fray Gerónimo de San Pelayo, México, siglo XVIII, México, Culturas Populares-Conaculta (Recetarios antiguos), 2000.

López, Rolaba Loreto y Ana Benítez Muro, *Un bocado de ángeles. La cocina en los conventos*, México, Clío (Cocina virreinal novohispana, II), 2000.

Martínez, José Luis, *Pasajeros de Indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI*, México, Alianza, 1984.

Navarrete, Carlos, "Orígenes de san Pascual Bailón. Muerte en el sur de Mesoamérica", en *Arqueología Mexicana*, núm. 40: "La muerte en el México prehispánico", noviembre-diciembre de 1999, pp. 52-68.

Rubial García, Antonio, *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII*, México, Conaculta (Sello bermejo), 1998.



Escultura de Virgen en el patio del convento, talla en piedra
Fotografía *Diario de Campo*

Los usos del convento de Churubusco

Daniel Escorza Rodríguez*

A lo largo de muchos años, podríamos decir siglos, el convento de Churubusco ha sido una edificación singular ligada de manera estrecha a la historia patria. De ser un convento franciscano en la etapa virreinal se convirtió en bastión de resistencia contra la invasión estadounidense en el siglo XIX, hasta constituirse en un espacio público como museo histórico. En este trabajo examinaremos en forma breve los distintos usos sociales a los que ha estado sometido este inmueble desde su construcción como convento, en 1678, hasta los inicios del siglo XXI, como museo.

Antecedentes de la edificación

Los antecedentes del lugar nos remiten a un poblado cuyo nombre prehispánico era Huitzilopochco, en honor a la deidad Huitzilopochtli. La conquista española bautizó a este pueblo de indios como San Mateo Huitzilopochco y lo integró a modo de corregimiento de Coyoacán. Con el paso del tiempo la denominación prehispánica se transformó hasta llegar a nosotros en forma castiza como “Churubusco”. En uno de los barrios del poblado de San Mateo, llamado Pochtlán, “lugar de mercaderes”, los franciscanos descalzos comenzaron a construir una pequeña iglesia en la década de 1530, en el lugar que hoy ocupa el antiguo convento de Churubusco. Balthassar de Medina, cronista de la orden de San Diego, afirma que los 12 primeros franciscanos, encabezados por fray Martín de Valencia, se instalaron en Nueva España y fundaron en Churubusco un templo dedicado a Dios y a María, si bien aclara que este templo, “si no fue el primero, lo cierto es que fue edificado por ellos, y que lo habitaron algún tiempo por ser el pueblo de mucha gente, y vivir en él un deudo muy cercano a Moctezuma” (Medina, 1687: f. 20).

La casa anexa a la pequeña iglesia, muy humilde y construida con ladrillo de adobe, fue ocupada en origen por los franciscanos de la provincia del Santo Evangelio. En 1538 se convirtió en “visita” del convento mayor de San Francisco de México. En este contexto, la denominación “visita” alude a una pequeña iglesia con un lugar para que los religiosos de la regla franciscana pernoctaran o se alojaran por periodos breves, en preparación de viajes más largos. Para la década de 1570 la actividad de los frailes franciscanos en Churubusco fue disminuyendo y la casa e iglesia quedaron abandonadas de manera paulatina. Sólo se volvería a tener noticias de esta pequeña ermita hasta la década siguiente, en 1581, cuando la ocuparon los frailes de la orden de San Diego de Alcalá, que se hallaban de paso en Nueva España en su ruta hacia las Filipinas.

* Fototeca Nacional, INAH (derzxx@yahoo.com.mx).

En ese año, por disposición del Cabildo Metropolitano, y en atención a la petición de fray Pedro del Monte, visitador de la provincia de San Gregorio de Filipinas, algunos frailes de la orden de San Diego de Alcalá, una reforma de la primera orden de San Francisco, ocuparon la construcción de modo temporal. Los integrantes de aquella congregación religiosa, llamados habitualmente “dieguinos”, estaban de paso en Nueva España y tomaron posesión del edificio, de modo que su presencia reactivó la pequeña iglesia y casa que habían abandonado los mendicantes. A la muerte del arzobispo Pedro Moya de Contreras, en 1591, el deán y el Cabildo Metropolitano cedieron a los dieguinos la ermita y casa anexa de Churubusco, que había pertenecido a los franciscanos, con el propósito de que “tuvieran casa donde dilatar el espíritu y plantar almacigo de novicios, para que fuesen a Filipinas a dar el fruto que lograron en esta tierra santa, que labró y cultivó tanto ministro apostólico” (*ibidem*: ff. 33 y ss.)

El desarrollo de la orden de San Diego en Nueva España fue muy rápido gracias al apoyo de las provincias españolas hacia las fundaciones de América, de tal forma que el 19 de agosto de 1593 los establecimientos dieguinos en Nueva España se transformaron en custodia, la misma que en 1599 se erigió en provincia de San Diego, con siete establecimientos, entre ellos el de Churubusco (Corvera: vol. II, 224).

La primera reconstrucción

Edificada originalmente entre 1530 y 1540, la iglesia en Churubusco no pasaba de ser una pequeña ermita de dimensiones más bien modestas, que aún no tenía el aspecto que hoy conocemos. Si bien en 1592 y en 1630 el inmueble fue reparado y agrandado, los trabajos no resultaron de gran envergadura. La reedificación llegó así hasta la mitad del siglo XVII, y en la segunda parte de esa centuria se inició una nueva etapa constructiva. Quien hizo posible esta magna obra fue el mercader granadino Diego del Castillo, en 1678, al destinar parte de su fortuna a la reedificación del convento de Santa María de los Ángeles de Churubusco. Natural de Granada, España, este comerciante llegó a Nueva España y se inició en el oficio de calderero en las minas. De este modo fue acumulando una pequeña fortuna hasta que ingresó al negocio de préstamo de dinero en metálico, sobre todo para el financiamiento de las compañías mineras (Rubial, 1992: 143-170).

En la reconstrucción del conjunto conventual se empleó mano de obra indígena. Estudios recientes de la arquitectura del convento lo ubican como uno de los ejemplos

destacados del arquitecto Cristóbal de Medina, bajo cuya responsabilidad se construyó el claustro, salones, oficinas y celdas para los novicios (Fernández, 2002: 214).

Contra los estereotipos que se le adjudican, el aspecto físico actual del convento no fue obra de unos pocos años, pues su construcción llevó siglos. El tiempo ha contribuido a fortalecer un espacio que pasó de ser un lugar cerrado (claustro) a un espacio público y abierto (museo). En la última etapa del periodo virreinal se le añadieron al convento elementos arquitectónicos diversos, de tal suerte que en dos siglos, de ser una pequeña casa de formación con su templo, se convirtió en un inmueble de la magnitud que conocemos en la actualidad. De todos los conventos construidos por la provincia de San Diego de México, el de Churubusco es de los pocos, o quizá el único, que conserva la estructura y el conjunto arquitectónico del siglo XIX, ya que no fue fraccionado ni enajenado por la legislación liberal de esa centuria.

El convento funcionó durante los siglos XVII y XVIII como casa de formación de los frailes dieguinos, para lo cual contaba con su iglesia, claustro, sala *de profundis*, refectorio, cocina, baños, retretes, celdas conventuales, biblioteca, salones de gramática y huerto, de tal manera que la vida allí de los dieguinos se caracterizó por su austeridad, acorde con los votos de pobreza, castidad y obediencia.

El siglo XIX

Mientras que la lucha por la Independencia iniciada en 1810 y consumada en 1821 revelaba las tensiones entre los criollos y los peninsulares, la vida en el convento de Churubusco continuó su dinámica de los años precedentes. Si bien durante los primeros años del siglo XIX disminuyó su actividad, no dejó de funcionar como casa de formación de la orden de San Diego.

Durante la primera mitad de ese siglo el convento de Churubusco destinó locales para ser ocupados como escuela. En 1844, para cumplir con un bando de la prefectura de Coyoacán, que ordenaba establecer escuelas de primeras letras, los frailes destinaron esos mismos espacios, en espera de que la autoridad civil enviara a un preceptor para establecer una escuela de niños (AHCH: C. 11, exp. 15). Según parece, la escuela permaneció en funciones durante algún tiempo, casi hasta el inicio de la guerra contra Estados Unidos.

En el siglo XIX se produjo un hecho capital en la historia del inmueble que acaso haya sido la razón para conservarlo. Justo en agosto de 1847 el convento de Churubusco adquirió otro significado para el imaginario popular: como se sabe, ese año las tropas estadounidenses que venían del puerto

de Veracruz llegaron al valle de México con el propósito de alcanzar la capital de la República. Ante tal eventualidad, los dieguinos del convento de Santa María de los Ángeles fueron exclaustrados con el propósito de que la construcción se ocupara como fortaleza para detener el avance del invasor.

Las únicas construcciones defendibles del pueblo eran el convento y su pequeña iglesia, que ni con mucho ofrecían el aspecto de fortalezas. Y si bien carecían de defensas, a juicio de los estrategas mexicanos ofrecían un punto estratégico para detener el avance de las tropas del ejército enemigo. El 20 de agosto de 1847 ocurrió el ataque estadounidenses contra el Convento de Churubusco, defendido por las guardias nacionales y algunos batallones al mando de los generales mexicanos Manuel Rincón y Pedro María Anaya (Alcaraz, 1997: 237). Recordemos que las guardias nacionales se conformaban por civiles habilitados como combatientes en momentos de emergencia, de modo que entre ellos había, por ejemplo, sastres, escritores y litógrafos. Cabe señalar que el parte militar de la defensa se encuentra en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional y se publicó en 1947, en ocasión de su centenario (*Churubusco...*, 1947).

Después de la batalla, los invasores estadounidenses ocuparon el convento durante varios meses y habilitaron una parte como cárcel. Todavía en abril de 1848 su presencia en el lugar se hacía manifiesta. El destino del inmueble justo después de la guerra era indeterminado y fluctuante. Con la promulgación de las Leyes de Reforma, a finales de la década de 1850, el Estado liberal se lo adjudicó para su resguardo, lo cual no impidió que Churubusco siguiera ocupado por los frailes, por lo menos hasta 1886 (AHCH: c. 12, exp. 31). El templo permaneció abierto al culto y una parte mínima del convento quedó bajo la custodia de un fraile, que fungía como guardián. El 21 de agosto de 1869 el presidente Benito Juárez emitió un decreto para la conservación del convento destinado a un uso público. En ese decreto se manifestaba la intención expresa de preservar la memoria histórica de la defensa llevada a cabo contra los estadounidenses, y se señalaba:

El C. Presidente de la República, deseando perpetuar el recuerdo de los buenos mexicanos que sucumbieron en la batalla de Churubusco el día 20 de agosto de 1847, y en cumplimiento del art. 15 de la ley del 19 de agosto de 1867, se ha servido resolver que el exconvento de Churubusco y sus anexidades queden exceptuados de adjudicación, reservándose el mismo supremo magistrado aplicarlos a algún objeto de beneficencia (Dublán y Lozano, 1882: vol. 8, 696).

Ocho años después de la disposición juarista, es decir, en 1877, se acondicionaron algunos espacios de la edificación conventual con el propósito de establecer allí el Hospital Militar de Tifoideos. El hospital militar en Churubusco tuvo una vida efímera e intermitente. Según el Reglamento para la Organización del Servicio de Sanidad en el Ejército y la Armada Nacional, existían dos tipos de hospitales militares: los permanentes y los temporales. El de Churubusco pertenecía a este último grupo, en cuya fundación se tomó en cuenta que “sólo en caso de epidemia, por exigencias de la campaña, aglomeración de tropas, u otra causa cualquiera temporal” se establecería el servicio (Gutiérrez, 1986: 160-161).

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX lo que más destacaba entre la población de Churubusco y sus alrededores era el convento en su condición de hospital de enfermedades contagiosas y como sitio histórico donde se llevó a cabo la defensa militar contra el ejército de Estados Unidos. Un periodista de ese país señalaba en 1879 el famoso sitio donde se realizó “la batalla más cruenta de la guerra entre México y Estados Unidos” (Finerty, 1879: 105), y le llamaba la atención que las marcas de las balas de cañón estadounidenses aún pudieran verse en los muros del viejo edificio, en una atmósfera sensible finisecular, cargada de una nostalgia espesa por la historia patria y los héroes de bronce.

El Lazareto de Tifosos de Churubusco sobrevivió hasta los últimos años del siglo XIX. En esa época se subrayaba su estado deplorable por el total abandono en que se encontraba (Rivera, 1882: t. 2, 428). El descuido y desamparo en que se hallaba el inmueble se debía, sobre todo, a que la administración porfirista no asignaba recursos económicos para su mantenimiento. De esta manera, en los albores del nuevo siglo, el antiguo convento dieguino se convirtió en un edificio en ruinas, cuya única virtud consistía en haber sido escenario de una batalla en el lejano 1847, en espera de un nuevo y mejor uso. Por su parte, los frailes de la provincia de San Diego de México que aún quedaban en el convento abandonaron el inmueble en 1908, año en que de manera formal se considera que se llevó al cabo la supresión de la provincia (Corvera: t. II, 277). Si bien los frailes ocupaban solamente la sacristía y una o dos celdas del propio convento, en la planta baja se hallaba instalado el hospital militar, en condiciones precarias.

El espacio público y el museo en el siglo XX

La ceremonia conmemorativa de la defensa del 20 de agosto en aquel poblado de la periferia de la ciudad de México se realizaba cada año, a partir de 1848, organizada por las guar-

días nacionales y los veteranos que estuvieron en la defensa del punto. Sin embargo, la de 1919 tuvo una característica especial por dos motivos: la tensa situación diplomática entre el gobierno de Venustiano Carranza y el de Estados Unidos, y la presunta inauguración del Museo Histórico de Churubusco para perpetuar la memoria de aquellos que sucumbieron en 1847. Decimos “presunta” con deliberación, pues ningún documento o periódico consigna el hecho. De todas las fuentes, sólo Mena y Rangel (1921) aluden a esa fecha específica, mas no se conoce el documento que lo apoye. Por su parte, ningún diario menciona la inauguración del Museo de Churubusco, pero sí la ceremonia especial. En aquel año de 1919, durante la ceremonia realizada al pie del monumento a los defensores de Churubusco, los oradores se refirieron a su propio momento histórico, al relacionarlo con la gesta de 1847. El inmueble se acercaba a un uso inédito hasta entonces: el de museo. Su vocación como tal se ha mantenido a lo largo del siglo xx y en los inicios del xxi, primero con la denominación de Museo Histórico de Churubusco y a partir de 1981 como Museo Nacional de las Intervenciones.

Fue a raíz de su utilización como museo cuando el entonces inspector general de Monumentos Artísticos, Jorge Enciso, mencionó en un memorándum la necesidad de crear un museo histórico en el convento de Churubusco, al aludir al decreto de Benito Juárez de 1869 respecto a preservar el inmueble para interés público y a fin de “sacar el edificio del olvido y del abandono” (AHJE, exp. Churubusco). De este modo, si hay alguien a quien se deba la idea del rescate del inmueble y de ocupar el espacio como museo es precisamente el maestro Enciso. En noviembre de 1918 el mismo funcionario solicitó al rector de la Universidad Nacional que, dado el lamentable estado físico del convento, “casi en vísperas de desaparecer”, el inmueble se pusiera bajo el resguardo y protección de la Universidad. Así, por acuerdo presidencial del propio Venustiano Carranza, éste fue cedido para su resguardo y administración a la Universidad Nacional el 13 de diciembre de 1918. Cabe recordar que entonces la Universidad era aún una dependencia de la Secretaría de Instrucción Pública, por lo que, en representación de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, José Villafaña hizo la entrega a Jorge Enciso, quien además de inspector general de Monumentos Artísticos e Históricos, a la sazón se desempeñaba como representante de la Universidad (Escorza, 2009: 106).

Enciso insistió en la apertura del tan llevado y traído Museo de Churubusco. La idea fue bien recibida en la Universidad y se invitó a las asociaciones de veteranos de la guerra de 1847 a colaborar con objetos y enriquecer el acervo. De

inmediato se recolectaron fusiles, condecoraciones, algunas litografías de la guerra, banderas, óleos de militares y objetos personales de quienes participaron en la defensa de 1847.

A partir de la década de 1930 la legislación sobre patrimonio cultural se enriqueció en razón de la preocupación del Estado posrevolucionario por legitimarse ideológicamente, y en ese mismo año se decretó la Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos y Bellezas Naturales. Con base en esta legislación, el inmueble denominado ex convento de Churubusco, con una superficie de 17 825 m², se declaró monumento histórico mediante un comunicado del secretario de Educación Pública, Narciso Bassols, a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, de modo que el 9 de febrero de 1933 la SHCP emitió la declaratoria de monumento al edificio conventual (Enciso, 1939: 29).

El acervo del Museo de Churubusco se conformó con objetos procedentes del Museo de Artillería, de donaciones particulares y de colecciones de pintura virreinal provenientes de la Escuela Nacional de Bellas Artes, así como de la capilla de La Piedad. Por otra parte, la donación de carruajes y automóviles antiguos durante las décadas siguientes formó una colección que incluía los empleados por Francisco I. Madero, una litera del siglo xvii, una diligencia que corría de México al estado de Hidalgo, tres carruajes de distinto tipo, una carroza que usó Maximiliano de Habsburgo y algunos otros automóviles utilizados por diversos presidentes de la República, desde Porfirio Díaz hasta Plutarco Elías Calles. Estos vehículos se exhibieron allí desde la década de 1950 en la planta baja del Museo Histórico de Churubusco, espacio que fue popularmente conocido como “Museo del Transporte” (Rosell, 1947).

De manera paralela a su actividad como museo, desde 1919 el inmueble tuvo diversas valoraciones y usos. Uno de los primeros fue como escuela de primeras letras. A partir de mayo de 1920 entró en operaciones la escuela primaria Héroes de Churubusco bajo la dirección de la maestra Esther Carro. Además, a partir de ese mismo año fue locación cinematográfica de películas como *El Cristo de oro* (1926), *Más fuerte que el deber* (1930), *El cementerio de las águilas* (1938) y *Cinco de chocolate y uno de fresa* (1967), entre otras.

A partir de 1924 fue sede de la Escuela de Pintura al Aire Libre, un sistema fundado por el pintor Alfredo Ramos Martínez con el que se pretendía enseñar a niños y jóvenes a copiar del natural. La escuela en la sede de Churubusco se integró en lo fundamental por señoritas de la clase media mexicana y entre sus alumnos, tanto varones como damas, sobresalieron Luis Martínez (autor de la pintura en el muro de una celda que aún se conserva en el ex convento), Fermín

Martínez, Laura Santos Galindo, Carolina Treviño, Ramón Cano Manilla, Luis Lara y Jacoba Rojas (González, 1987: 85).

Entre 1924 y 1929 la escuela de Churubusco estuvo dirigida por el propio Ramos Martínez. Al año siguiente, cuando el pintor cambió su residencia a Estados Unidos, su puesto fue ocupado por Jorge Enciso, quien además había sido profesor de la Academia Nacional de Bellas Artes. Hacia la década de 1930 la escuela desapareció por motivos administrativos.

En las décadas de 1950 y 1960 se llevaron a cabo diversas obras de restauración y adaptación del inmueble. En 1965 se construyeron algunos salones en el lado norte de la huerta, destinados a la Escuela Nacional de Restauración y Museografía "Manuel del Castillo Negrete", creada con el apoyo de la Organización de Estados Americanos, la cual se constituyó como el centro de enseñanza más importante en su tipo en América Latina. A principios de la década de 1970 se instalaron en la planta alta del convento las oficinas de la Dirección de Monumentos Coloniales (hoy en día Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH) y asimismo se dio cabida a las oficinas de la Dirección de Restauración del Patrimonio Cultural de este instituto. El Museo Histórico de Churubusco sobrevivió hasta 1975, cuando se decidió cerrarlo por razones de seguridad y para cambiar algunos entornos que amenazaban con derrumbarse. Dos años después se iniciaron los trabajos de reacondicionamiento para la adaptación de un nuevo museo, con un nuevo y moderno concepto museológico. El guión histórico coordinado por la doctora Eugenia Meyer y la museografía a cargo del profesor Mario Vázquez dieron paso a la creación del Museo Nacional de las Intervenciones, inaugurado el 13 de septiembre de 1981.

Palabras finales

Tras esta aproximación, podemos concluir que la característica que define al convento de Churubusco es su condición de monumento y sitio histórico. A lo largo de los años este lugar se ha resignificado por su calidad de sitio prehispánico, convento novohispano, bastión representativo de la defensa contra el invasor y sitio público devenido museo, a fin de recrear la memoria colectiva y nacional. A la postre, el hecho de seguir presentando museográficamente la guerra entre México y Estados Unidos, así como recordar la mutilación del territorio nacional entre 1848 y 1853, constituye una excepción notable en el discurso histórico oficial y forma parte de esa memoria que se ancla en el inmueble que lo aloja y se convierte en símbolo defensivo y referencia imprescindible de la historia mexicana.

Bibliografía

- Archivo Histórico del Convento de Churubusco (AHCH), Museo Nacional de las Intervenciones, México, cajas 1-3, documentos diversos: "Información y calificaciones de los conventos de la Provincia de San Diego, 1844", c. 11, exp. 15); "Libro de misas de Churubusco", manuscrito encuadernado, 1882-1884, c. 14.
- Archivo Histórico "Jorge Enciso" (AHJE) de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, México, exp. Churubusco.
- Alcaraz, Ramón *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, edición facsimilar de la edición mexicana de 1848, México, Fundación Miguel Alemán, 1997.
- Corvera Poiré, Marcela, "Estudio histórico de la familia de los dieguinos descalzos en México", tesis de doctorado en historia y geografía, 2 vols. Madrid, Universidad Complutense, 1995.
- Churubusco en la acción militar del 20 de agosto de 1847*, México, Museo Histórico de Churubusco, 1947.
- Dublán, Manuel y José María Lozano, *Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la República*, 34 vols., México, Imprenta del Comercio, 1882.
- Enciso, Jorge (coord.), *Edificios coloniales artísticos e históricos de la República Mexicana que han sido declarados monumentos*, México, Dirección de Monumentos Coloniales-INAH, 1939.
- Escorza Rodríguez, Daniel, *Guía general del Archivo Histórico del Convento de Churubusco*, México, INAH (Fuentes), 1999.
- _____, "Biografía de un monumento histórico. El ex convento de Churubusco, 1678-1991", tesis de maestría en historia, México, FFL-UNAM, 2009.
- Fernández, Martha, *Cristóbal de Medina Vargas y la arquitectura salomónica en la Nueva España durante el siglo XVIII*, México, IIE-UNAM, 2002.
- Finerty, John E., *Reports Porfirian Mexico, 1879*, El Paso, Western Press, 1974.
- González Matute, Laura, *Las escuelas de pintura al aire libre*, México, Cenidiap-INBA, 1987.
- Gutiérrez Sedano, José Luis, *Historia del servicio de sanidad militar en México*, México, Sedena, 1986-1988.
- Medina, Balthassar de, *Chronica de la Santa Provincia de San Diego de México, de religiosos Descalzos de N. S. P. S. Francisco en la Nueva España. Vida de ilustres y venerables varones, que le han edificado con excelentes virtudes, 1682*, ed. facsimilar, México, Academia Literaria, 1977.
- Mena, Ramón y Nicolás Rangel, *El convento de Churubusco*, México, Departamento Universitario y de Bellas Artes, 1921.
- Rivera Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, México, Imprenta de la Reforma, 1882.
- Rosell, Lauro E., *Churubusco-Huitzilopochco. Convento dieguino de Santa María de los Ángeles*, México, INAH, 1947.
- Rubial, Antonio, "Un mercader de plata andaluz en la Nueva España. Diego del Castillo (16?-1683)", en *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 1992, vol. XLIX, núm. 49, pp. 143-170.

El triunfo del 5 de mayo. Generales y decisiones

Víctor Hugo Flores Solís*

De Cumbres a Amozoc

La colorida marcha de zuavos y fusileros de marina con bayonetas rumbo al cerro de Loreto y Guadalupe, pasado el mediodía del 5 de mayo de 1862, contrastaba con los adustos soldados mexicanos que, formados a lo largo de una zanja, defendían a un joven país. Éstos conocían a los atacantes: después de un primer contacto con ellos a 10 kilómetros de Orizaba (Sánchez, 1962: 11), el primer combate formal se sostuvo en el paso de Veracruz a Puebla. Hoy enfrentaban de nuevo a esos soldados de fama mundial.

Llegar a la zanja había resultado áspero. Después de Cumbres, el general Zaragoza ordenó a sus soldados ir a Puebla. En el camino tirotearon repetidas veces a los imperiales, que avanzaban detrás de ellos, y todos cruzaron por El Palmar, Quecholac y Acatzingo (Garfias, 1992: 19). La marcha hizo estragos. Cuando los mexicanos alcanzaron Puebla, el 3 de mayo, el cruce de tierra caliente a tierra fría les había ocasionado 40 bajas en un día de camino. Los ataques ordenados al general De la Llave contra la retaguardia francesa no se realizaron, pues el oficial aseguró que el mal estado de sus hombres disolvería la columna en el trayecto a la posición enemiga, y se informaban las desertiones, típicas de los soldados bisoños y de leva (Sánchez, 1962: 32) de las fuerzas mexicanas que lucharon en Cumbres y las que se unieron al ejército en su camino a Puebla, es decir, las que venían de Acatlán y Tepeji de la Seda en busca del general Márquez (Sánchez, 1966: 185). Al cuadro se sumaba la pérdida de la reserva de parque, así como de 1 042 soldados en la explosión de la colecturía, meses atrás (Santibáñez, 1892: 48).

Decisiones inmediatas y obstáculos

Puebla no fue el punto de recuperación, sino el de esfuerzos para presentar la batalla en el corto plazo: el general Zaragoza pidió refuerzos a la Secretaría de Guerra para atacar el día 6, además de herramientas para los trabajos de fortificación, si bien al mismo tiempo las hizo conseguir en zonas cercanas (Echenique, 1894: 7-8). Planteó a sus generales la necesidad de reducir y estacionar a la fuerza invasora (Carmona) y ordenó elaborar municiones, lo que tomó hasta el día 4 (Salazar, 1949: 14). Ante estas peticiones el gobierno respondió que

* Escritor, conferencista de difusión cultural, autor de *La hora de la verdad: la batalla del 5 de mayo* (horaverdad5@gmail.com).

no podía reunir las herramientas (*La batalla*, 1970: 55) y los refuerzos llegaron a la mañana siguiente de la batalla (Sánchez, 1965: 469).

Emergencia táctica

Había que apresurarse. El general Zaragoza encargó los trabajos de fortificación al coronel Joaquín Colombres, a quien había nombrado jefe de la sección de ingenieros. Éste dirigió las obras en el cerro al noroeste-sureste de la ciudad de Puebla, llamado, por sus dos cimas, de Loreto y Guadalupe. En ellos sus viejos fortines se mejoraron: Guadalupe con un muro de siete metros de alto más un foso y Loreto con un foso de 6.5 metros de ancho y acondicionamiento en cada fortín.

En la ciudad, el coronel Colombres creó un dispositivo “de defensa en profundidad”: al sur, barricadas; al oriente, parapetos desde el barrio de Xonaca hasta el Carmen. También se abrieron espilleras en los muros que daban al oriente. Las barricadas se levantaron en forma concéntrica respecto a un área llamada perímetro interior, conformada por oficinas de gobierno, residencias y la catedral. Se adecuaron iglesias como fortines y se resguardó las zonas para permitir el paso cubierto de tropas (Sánchez, 1962: 520).

Deduzco que las fuerzas invasoras, de haber vencido en la entrada a Puebla y en los fortines, habrían caído en lo que hoy se conoce como “emergencia táctica”: “Bajas de una gravedad o escala que ponen en peligro la misión” (CEA, 2008-2009: 29), pues en la lógica del dispositivo de profundidad se infiere que el Ejército de Oriente habría cambiado a un combate calle por calle y casa por casa.

En semejante escenario los elementos que determinaron la emergencia táctica francesa fueron los siguientes: el poder combativo del Ejército de Oriente, evidente desde la probabilidad de haber eliminado la invasión en Cumbres, así como las pérdidas del general Lorencez en el combate del día 5 (una medida de comparación con lo que le habría costado luchar dentro de Puebla), más la lucha callejera de 1863 en la misma ciudad.

Así pues, se deduce que la toma de Puebla en 1862 habría significado el final de la fuerza francesa, dado los costos humanos y materiales de atacar el dispositivo de profundidad contra generales mexicanos aferrados al terreno. En el escenario menos grave, la pérdida francesa en tropas y parque no le habría permitido seguir operando, con el problema de estacionarse en una ciudad semidestruida.

Atlixco, decisión audaz

A partir de los datos de sus exploradores, y con el riesgo de fraccionar su disminuido ejército, el día 4 el general Zaragoza destacó a 850 hombres al suroeste de Puebla para interceptar a refuerzos mexicanos del invasor. El general O’Horán trabó combate contra los conservadores en el río Alseca, siete kilómetros al noreste de Atlixco, población que ocupó victorioso a las 18:00 horas (Sánchez, 1966: 184-188).

Una larga madrugada

Al deducir que los franceses lo atacarían ese día, el general Zaragoza, en la madrugada del 5 de mayo, ordenó ocupar posiciones a los 5 434 soldados del cuerpo del Ejército de Oriente, para enfrentar a los 5 400 del Ejército Expedicionario Francés (Sánchez, 1962: 17, 21). Es decir, la superioridad numérica mexicana era de sólo 34 soldados. En la entrada de Puebla, el comandante en jefe reorganizó la ubicación de los tiradores y distribuyó la artillería (Díaz, 1994: 136). A las 4:00 horas el general Zaragoza arengó en Guadalupe a las tropas con su interesante mentalidad idealista.

Salida desde Amozoc

A las 5:00 horas las tropas francesas salieron de Amozoc hacia el área donde el general Zaragoza había determinado que sería el ataque, esto es, la entrada oriente de Puebla. A las 10:00 horas los franceses levantaron su campamento al pie del cerro de Amalucan, tomaron la hacienda de Los Álamos como nuevo centro de mando y operación, y de ella salió una columna de 3 750 hombres. Ese avance se alertó por medio de dos tiros de cañón desde el cerro (Echenique, 1894: 29) y con repiques en la ciudad, iniciados por la campana *María* de la catedral poblana (Salazar, 1949: 16). Destaca la presencia de voluntarias del Cuerpo Médico Militar: Juana Arauz de Tapia, Mariana Falcón de Arrijoa e hijas, Asunción Garay de Falcón, María Guadalupe Prieto, Rosario Rivero de Zerón y Teresa Zauhoane (Arroyo, 1962: 51).

Al ver que las tropas francesas se posicionaban en el norreste de Guadalupe, el general Zaragoza interpretó que no sería Puebla, sino los fortines, donde se recibiría el ataque principal. Por esa razón ordenó que la brigada Berriozábal reforzara el cerro y ésta obedeció a paso veloz (Echenique, 1894: 26), cruzando el puente de Nochebuena, como se observa en el cuadrante inferior central del mapa de situación

a gran formato localizado en la sala dedicada a la batalla del 5 de mayo del Museo y Biblioteca Pública “Gral. Zaragoza”, en Puebla. Al llegar con el general Negrete, que permanecía allí desde la madrugada del día 4, el general Berriozábal le sugirió que formaran a sus hombres a lo largo de la zanja entre los fortines (*ibidem*: 37-38).

Ataque de artillera

Al mediodía, con la infantería francesa en espera, comenzó un cañoneo cuyos efectos sobre el lado mexicano se ha dicho que resultaron inefectivos. Sin embargo, el bastión de Guadalupe recibió fuertes impactos directos (Sánchez, 1962: 525), por lo cual considero que el alcance del tiro francés resultó suficiente para lograr uno de los mayores efectos de estos ataques: el indirecto, es decir, miedo y desmoralización. Las tropas entre los fuertes y en la bajada del cerro hacia la planicie (capilla de La Resurrección) debieron de sufrir la presión, tomando en cuenta que no se hallaban entrenadas para eso, pues muchos eran civiles. Punto añadido fue la duración del cañoneo, que se inició a las 12:00 horas y, con una breve pausa a las 12:45, duró en total una hora con 15 minutos, es decir, que terminó a las 13:15 con una densidad de mil proyectiles, 50% de ellos provenientes de la dotación francesa (Sánchez, 1962: 23). Para entender lo que eso pudo significar para las tropas mexicanas, tenemos un estudio moderno que analiza los efectos psicológicos y fisiológicos de ataques de artillería a lo largo de una hora (IIMS, 1973).

Primera ofensiva

Al no constatar el efecto de su cañoneo, el general Lorenz ordenó a los comandantes Morand y Cousin ir al asalto (Sánchez, 1962: 23-24). Como desde la posición francesa Guadalupe ocultaba la visibilidad de Loreto (Bibiesco, 1876: 17), debieron realizar una maniobra para contar con una mejor dirección de asalto. El final del ataque artillero puede, entonces, tomarse como la hora de la primera ofensiva de infantería: las 13:15 horas.

Sería conveniente considerar que, por la inferioridad en alcance y dada la escasez de municiones, los mexicanos en el cerro, mientras estaban bajo fuego, esperaron a tener a los franceses más cerca de lo usual para disparar. El general Berriozábal refiere haberse hallado a menos de 50 pasos de distancia del enemigo cuando ordenó abrir fuego. Acatando las órdenes, los mexicanos retrocedieron. Los franceses in-

terpretaron esto como una retirada y cargaron, aunque sólo para recibir un contraataque que los rechazó (Echenique, 1894: 38-41).

Segunda ofensiva

Los telegramas enviados a la capital de la República entre las 14:00 y las 14:30 horas informaron que el enemigo se replegaba (*ibidem*: 9, 23). En esos momentos, mientras comenzaba un aguacero, se llevó a cabo el segundo ataque. Para éste no se esperó a que las tropas francesas se organizaran de nuevo en Rementería, pues debe recordarse que aunque salió junto con el comandante Morand, la columna del comandante Cousin ya estaba en el cerro y no cargó hacia Guadalupe hasta ese momento, debido al tiempo que le tomó rodear una cantera (Sánchez, 1962: 24); por lo cual es posible establecer que el segundo ataque se inició al poco tiempo de que los telegramas anunciaron el repliegue del primer asalto; esto es, alrededor de las 14:30 horas.

El general Berriozábal ordenó un cambio para enfrentar el ataque con eficacia, movimiento que implicó una modificación en la “figura” o forma y orientación de la línea de batalla (Salazar, 1949: 38), si bien el avance no logró ser detenido en todas las zonas. El foso fue atravesado por los franceses y el muro, escalado. Los franceses se sujetaban de los cañones mexicanos y lucharon a cuchillo con los artilleros; 20 zapadores llevaban escaleras (Sánchez, 1962: 24) y pólvora para derribar la puerta. Se combatió con arma blanca, a la bayoneta e incluso con piedras. Los atacantes colocaron en Guadalupe la bandera del imperio francés, aunque de nuevo fueron rechazados (Garfias, 1992: 24).

Tercera ofensiva

Ante el fracaso del segundo ataque, los batallones que regresaron desorganizados a Rementería volvieron al fuerte. Otra columna marchó hacia el lado oriente de Puebla. Se da como hora de ese tercer asalto las 15:30 horas (Salazar, 1949: 28), aunque el general Díaz, que recibió a la columna francesa en la entrada de Puebla, informó del suceso entre las 14:00 y las 15:00 horas (Echenique, 1894: 33). Para conciliar ambos cálculos, se puede tomar esa última hora como la del inicio del tercer ataque. Hasta entonces Loreto había tenido la función de abrir fuego de costado contra los franceses que atacaban Guadalupe (Garfias, 1992: 22), pero

también rechazó un asalto zuavo y dejó fuera de combate al oficial de órdenes del general Lorencez.

En Xonaca, la lucha contra las tropas del general Lamadrid llegaba incluso hasta el interior de la iglesia. Allí 30 soldados mexicanos que habían perdido conexión con su columna entablaron tiroteo contra los franceses. Al final, con sólo cinco mexicanos superviviente, rechazaron al atacante.

En Guadalupe, un contraataque mexicano hizo retroceder a los franceses y se inició contra éstos una maniobra envolvente. Considero que esto, sumado a la desmoralización ante sus fracasos durante horas debidos a las maniobras y la combatividad mexicanas, condujo a los invasores a dar la media vuelta sin orden de por medio. El general Zaragoza, que cuidaba la caballería como un bien preciado y que no la envió a explotar las anteriores retiradas francesas, decidió lanzar toda aquella con la que contaba de cerca, es decir, la que se hallaba en Loreto, sin contar la que envió a Atlixco (Salazar, 1949: 25, 27).

El general Zaragoza ordenó también ir al contraataque en la entrada de Puebla. El general Porfirio Díaz avanzaba por el camino y hacía retroceder al enemigo cuando vio a los franceses fugarse del cerro en masa, ubicándolos especialmente a su izquierda. Entonces envió a la artillería para alejarlos y lanzó una carga a su derecha, según informó, por lo que se refería a la columna francesa a la que contraatacaba en el camino. Las fuerzas conjuntas, a las que se sumaron los jinetes del general Álvarez, terminaron de desarticular a la formación francesa, que en su huida formó cuadros contra la caballería, aunque sin poder evitar su derrota. A las 17:49 horas el general Zaragoza envió el telegrama final de la batalla. En el parte del 9 de mayo afirmó: "Las armas nacionales [...] se han cubierto de gloria" (Echenique, 1894: 9, 27, 33-34).

Hoy se puede comparar a ese mensaje con el del plenipotenciario de Napoleón III, Saligny, que el 16 de abril emitió la siguiente proclama: "Entre él [el gobierno de Juárez] y nosotros, la guerra está declarada hoy, pero nosotros no confundimos al pueblo mexicano con una minoría oprimida" (Duvernois, 1868: 122).

En términos materiales la victoria costó 190 000 cartuchos de fusil, carabina y rifle, así como 2 150 de cañón (Salazar, 1949: 29). Aquellas tropas que eran consideradas como las primeras del mundo, encuadradas en el Ejército Expedicionario Francés, habían sido derrotadas. Era el lunes 5 de mayo de 1862, y de la tormenta sólo quedaba la llovizna.

Una conclusión

A la cabeza de excelentes oficiales, que a su vez estaban al mando de intachables soldados regulares y de la Guardia Nacional, el general Zaragoza fue el artífice de una victoria militar decisiva en la historia de México. El alto nivel de inteligencia táctica del general Zaragoza resulta evidente en su cuidado de todo flanco de ataque, su capacidad organizativa, su iniciativa para resolver problemas, la elección adecuada de comandantes, su capacidad de aprovechar las circunstancias, más la toma de decisiones rápidas y certeras en el campo de batalla. Como capacidades compartidas con sus cuadros de mando y tropa, la inteligencia, así como la valentía del cuerpo del Ejército de Oriente, fueron la semilla de la victoria nacional en la batalla del 5 de mayo.

Bibliografía

- La batalla del 5 mayo de 1862, partes oficiales y telegramas*, Puebla, Altiplano, 1970.
- Bibesco, Georges, *Le Corps Lorencez Deviant Puebla, 5 Mai 1862: Retraite des Cinq Mille*, E. Plon et Cie, 1876, en línea [<http://archive.org/details/lecorplorencz00bibegoog>].
- Carmona, Doralicia, *Memoria política de México*, en línea [<http://www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/5/05051862.html>].
- Díaz, Porfirio, *Memorias*, México, DGP-Conaculta, 1994.
- Duvernois, Clément, *L'Intervention Française au Mexique*, Paris, Amyot, 1868.
- Echenique, R. (comp.), *Batalla del 5 de mayo de 1862 en Puebla. Telegramas oficiales*, San Nicolás de la Garza, Eusebio Sánchez Editor/Dirección General de Bibliotecas-UANL, 1894.
- Garfias Magaña, Luis, *La batalla del 5 de Mayo de 1862*, México, INEHRM, 1992.
- The Israeli Institute For Military Studies (IIMS), *The Psychological Effects Of Intense Artillery Bombardment: The Israeli Experience In The Yom-Kippur War (1973)*, Israel, 1992, en línea [<http://www.dtic.mil/dtic/tr/fulltext/u2/a254464.pdf>].
- Salazar Monroy, Melitón, *La batalla del 5 de mayo*, San Nicolás de los Garza, Fondo Fernando Díaz Ramírez/Capilla Alfonsina/UANL, México, 1949.
- Sánchez Lamego, Miguel Ángel, "La batalla del 5 de mayo (algunas consideraciones novedosas)", en Miguel Ángel Sánchez Lamego et al., *La batalla del 5 de mayo*, México, Colección del Congreso Nacional para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962.
- _____, "El combate en Atlixco del 4 de mayo de 1862", en *Historia Mexicana*, vol. 16, núm. 2 [62], octubre-diciembre de 1966.
- Santibáñez, Manuel y Amalio Romero, *Reseña histórica del cuerpo del Ejército de Oriente*, México, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, 1892.

Los hermanos Caballero de los Olivos. Dos soldados liberales durante la intervención francesa de 1862-1867 en la novela de Victoriano Salado

Ranulfo Gaspar Hernández*

Introducción

En este trabajo me ocuparé de uno de los pasajes de la historia patria que Victoriano Salado plasmó en su obra *Episodios nacionales mexicanos*, por medio de un par de personajes salidos de su imaginación novelística histórica: los hermanos Miguel y Francisco Caballero de los Olivos, a quienes el autor presentó como hijos de don Germán y doña Lorenza, descendientes de una familia humilde pero muy patriota. El intento de contrastar a los dos hermanos lo hizo a través de su ocupación, de sus estudios académicos y de su actuación en el ejército liberal: Miguel tiene 18 años y ha trabajado para el Ministerio de Hacienda; Francisco estudió en San Ildefonso y desea ser abogado, como su padre. Sus vidas paralelas de empleado y estudiante se ven interrumpidas por la intervención francesa de 1862-1867 y su mudanza a la ciudad de Puebla, asediada por las bayonetas galas.

El trabajo reflexiona en torno a la actitud del ejército liberal mexicano ante el invasor extranjero, aunque sobre este asunto Érika Pani nos dice que “la heroica guerrilla republicana [y] defensora de la ‘democracia’ es una construcción de los autores liberales del mito patriótico” (Pani, 2004: 25, 45.) De este modo, la obra versa sobre estos dos personajes ficticios y su participación en el sitio de Puebla, como figuras representativas del valor heroico, patriótico y liberal en contra de la ocupación extranjera de nuestro territorio, con todas las cualidades ideales de Victoriano Salado, quien concebía que un patriota se aventuraba a dar su vida por defender el suelo propio ante fuerzas invasoras, hasta el extremo de arriesgar a sus familias en defensa de la soberanía de la nación.

La inserción de los Caballero de los Olivos en el ejército liberal mexicano de la República de Benito Juárez

En la tercera década del siglo XIX, durante el régimen republicano, México vio aparecer el pensamiento ideológico de dos grupos políticos opuestos: los conservadores y los liberales. La pugna entre estos dos grupos políticos condujo de manera progresiva hacia el camino de la lucha y acarrió pronunciamientos, exilios, decretos, confiscaciones de bienes y fusilamientos, con sus consecuencias de represalias y venganzas (Guerra, 1993: 361).

* Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (gaspar_hdz2@yahoo.com.mx).

El régimen conservador cayó en 1860 y entonces se implantó el liberal de Benito Juárez (1860-1867), quien promulgó las Leyes de Reforma. Tales medidas beneficiaron a su gobierno, que se apoderó de los bienes eclesiásticos. Para entonces la sociedad mexicana se integraba por una diversidad de clases sociales. Estos sectores reflejaron un mosaico de gente pobre y rica.

Victoriano Salado aprovechó estos dramáticos contrastes para recrear literariamente la pobreza reflejada en la nobleza y la humildad en los sectores aristocráticos, por medio de dos familias mexicanas de distinto linaje: la de Josefina Ubiarco y su hija Génie y la de don Germán Caballero de los Olivos, padre de los jóvenes patriotas.

En la obra, estas dos familias viven en una vecindad de la ciudad de México, donde Génie entabla amistad con los jóvenes patriotas, que ocupan una habitación cercana a la suya. Por la afinidad política que guarda con el grupo conservador, Josefina es designada para viajar a Francia, por lo que se ve en la necesidad de dejar a su hija a cargo de la familia Caballero de los Olivos, que acepta la tarea.

El papel militar de Miguel Caballero de los Olivos bajo el mando de Pedro Martínez e Ignacio Zaragoza al inicio del sitio de Puebla

Con el paso de los días, el 19 de abril de 1862, el señor Juan Bautista Jecker envía dos cartas a Josefina (Salado, 1984: 119.), una dirigida a Eugenia y otra a Germán Caballero de los Olivos. En la primera, Génie avisa a su madre que ha dejado la casa del señor Olivos para marchar con su adorado Miguel a defender la patria en Puebla y combatir a los franceses, pues está segura de hacer lo justo dada su calidad de mexicana, y contagiada de la veneración a la patria en el hogar De los Olivos.

En la segunda carta, el señor Germán avisa a Josefina sobre el cortejo de Miguel hacia Eugenia. Dada la situación, el licenciado De los Olivos determina depositar a Eugenia en el convento de Santa Brígida, de donde más tarde ella escapará para ir con Miguel a Puebla y perseguir dos fines: materializar su amor y defender a su patria de la intervención francesa.

Al partir de la capital, Miguel y Eugenia son alcanzados por la lluvia y el atardecer del día. Los viajeros deciden entrar a la catedral poblana, donde los aborda el encargado Bernabé Sedeño. Tras presentarse, Miguel expresa: “Nos casamos hace dos meses y ahora venimos, yo a unirme a las fuerzas que defienden la plaza contra los franceses, y

ella á acompañarme para saber mi suerte”. Entonces el señor Sedeño pregunta que si acaso es militar y Miguel responde: “Militar soy, aunque no con muchos servicios: tres meses hace que recibí el grado de subteniente que me confirió el señor Doblado” (*ibidem*: 316-317). Sedeño queda impresionado por tan honorable nombramiento. Ante la intención del mozo de buscar alguna habitación para dormir, Sedeño se compadece de ellos, por lo que entra en una serie de razonamientos sobre la persona de Miguel, calificado como un hombre dispuesto a ayudar a los liberales juaristas, a dejar su vida en combate y a luchar por defender a la patria y la libertad de México.

Al paso de una semana se presenta Miguel Caballero ante el capitán Manuel Ruiz para integrarse al ejército liberal mexicano, a fin de pelear contra el invasor extranjero. Asimismo hace entrega de dos cartas: una para el general Ignacio Zaragoza y otra para el gobernador Tapia. Una vez entregados los documentos, Miguel recibe la orden del capitán Ruiz de enlistarse en el batallón de explotadores, por lo que se dirige a Amozoc al encuentro de Pedro Martínez, su comandante. En el trayecto Miguel se encuentra con un batallón mal alimentado, cansado y herido. Sobre esta situación expresa:

Quizás tiene razón don Bernabé Sedeño. ¿Cómo vamos a oponer estos pobres sin armas, sin vestido, sin bagajes, a soldados europeos llenos de fuerza, bien alimentados, engreídos con sus victorias, conscientes de su valor y despreciando a sus enemigos? ¿Acaso los nuestros sabían que era la patria y se figuraban la inmensa desventura de vivir sujetos a un yugo extranjero? ¿Acaso luchaban con fe y con convicción? (*ibidem*: 349).

Estos recursos literarios son usados por el autor para engrandecer a los ejércitos de la patria. La tropa de exploradores de Miguel tiene un sitio designado: vigilar a los gabachos que estaban al pie de la fortaleza de Loreto y Guadalupe y al abrigo de los fuegos del cerro de Amalucan (Mateos, 1993: 176). Situado Miguel en lo último de la fila, mira a su izquierda el cerro de San Juan, a su derecha los cerros de Las Navajas y Amalucan, y al frente la ciudad de Puebla, ya que desde el cerro de Guadalupe se ha abierto ya fuego contra el campo francés. Mientras dura el ataque contra el fuerte, el cañoneo mexicano se redobra y el oficial Miguel sufre calor, hambre, fatiga y sed por el intenso combate. Ante semejante lucha, el subteniente bebe un poco de aguardiente brindado por un compañero suyo y



mira hasta lo alto del cerro de Guadalupe, donde asciende un regimiento de zuavos. De inmediato se ordena mandar un batallón mexicano a hacer frente al avance de las fuerzas francesas. De lo que ha visto en ese lapso, Miguel relata:

Aquí estamos nosotros esperando el bien de Dios; casi no hemos peleado; apenas quemamos unos cartuchos contra los zuavos que quisieron apoderarse de Xonaca, y pare de contar. ¡Diablos de hombres! Si se güelven cosa viva apenas oyen los tiros [...] saben pelear, saben pelear, ni quién dice nada [...] Esto no es iglesia; es la ladrillera, y bien. Lo manda el coronel don Félix Díaz, el chato, que es un león [...] ¡Vaya que si es valiente don Félix! ¡Y como le quiere su gente! (Salado, 1984: 365).

Miguel de los Olivos no tarda en bajar del cerro de Guadalupe montado a caballo, seguido de cuatro ayudantes. En el camino se encuentra con un lancero herido, quien describe a Miguel la astucia y valentía de Ignacio Zaragoza, el general en jefe. Una columna militar parte hacia el camino de México para cubrir con soldados el ataque a los *gabachos*. En esa confusión y alboroto entre los jinetes, Miguel se encuentra rodeado de franceses, a los que ataca con gran decisión mientras de una zanja salen tiros que matan *dragones* en gran cantidad. De ese modo comienza la gran batalla del 5 de mayo, cuando los franceses sufrieron grandes bajas y el ejército mexicano salió triunfante. En esa batalla sobresalieron por su valentía los indios de Méndez, los zacapoaxtlas, Porfirio Díaz, Ignacio Zaragoza y otros más.

Mientras el ejército mexicano regresa a Puebla, el ministro Saligny recibe a Miguel, por encargo del general en jefe de esa ciudad, que ha recibido la visita de tan gentil

personaje. Miguel explica a Saligny los acontecimientos militares de aquella jornada. Más tarde el ministro francés retorna a la comandancia francesa para dar cuenta a Lorencez del resultado de aquella plática.

Al amanecer, Miguel se retira a su casa para comer y descansar. A lo lejos Eugenia distingue a su esposo y corre a recibirlo. Asimismo Bernabé Sedeño llega con Miguel para interrogarlo sobre la batalla, pero antes de que dé comienzo a su relato, también hacen su aparición las mujeres Sedeño y Mercedes Vaca, para informarse de la salud del militar y de cómo ha llegado. Ante aquel número de amigos, Miguel empieza a relatar cuanto ha visto y sufrido en el campo de batalla. Al concluir el relato, sus amigas y vecinas celebran con alegría el caso de que los mexicanos hayan vencido a los franceses.

A finales de agosto de 1862, Miguel regresa a la ciudad de Puebla, donde recibe una carta del francés Nicolás Chardon, su ex prisionero y amigo suyo, donde le dice:

Merced á mil exquisitas indagaciones, logré averiguar vuestro domicilio; pero con gran dolor me enteré de que estabais en el lecho, a consecuencia de una fiebre que no os abandonaba hasta la fecha de mi salida [...] Puedo aseguraros que no me entristeció el fracaso sufrido frente a Puebla, ni las acometidas de las bandas liberales que sin cesar nos acosan, ni las enfermedades y sí el calor de la costa; algo me duele más que todo eso, y es la hostilidad neta, declarada, indudable de la población mexicana (*ibidem*: 416-417, 424).

En esa carta Chardon también describe el trato amable del que gozó durante su cautiverio, su impresión acerca de los aliados, las acciones contra las fuerzas de Tapia, la columna militar de Lefebvre, cómo los espías y aliados co-

municaron a Lorencez que fuerzas mexicanas se movían en el cerro del Borrego, cómo Zaragoza ordenó al general La Llave copar a los franceses en Veracruz, y que en el campamento francés las dos únicas diversiones eran la música y el teatro.

El oficial Miguel ya ha vuelto de la expedición de Izúcar, cuando recibe un pliego en el cuartel general, donde se le ordena pasar a Acatzingo y presentarse con el general Zaragoza. Aunque este conoce poco del mundo, se figura a Zaragoza como un semidiós, y contra su expectativa se encuentra a un general sencillo y humilde. Después del anuncio del ayudante de servicio, el general Zaragoza recibe a Miguel, quien ha sido recomendado por el general Doblado para nombrarlo parte de la guardia del Estado Mayor. Pasa entonces al cuarto de los jóvenes ayudantes, donde se encuentra a muchachos de varios estados que lo reciben con cariño. Uno de ellos, de apellido Martínez, lo instruye sobre sus obligaciones como ayudante y le explica cómo se ha desempeñado el general Zaragoza tanto en su carrera militar como en la batalla del 5 de mayo de 1862.

Al paso de dos días de la llegada de Miguel, Zaragoza ordena su participación en el viaje hacia la ciudad de México, donde deberá entrevistarse con don Benito Juárez para solicitar pertrechos y municiones de guerra y comunicar sus ideas sobre la manera de vencer a los franceses. En la capital son recibidos con gran entusiasmo por el público. Después de saludar a sus padres, Miguel se dedica a custodiar al general Zaragoza. En los pocos días que lleva al servicio del gran general le ha llegado a cobrar gran afecto, al grado de sentirse dispuesto a dar la vida por él. Uno de sus temores es que los conservadores atenten contra la vida del general, y por ello Miguel se propone impedir que se le acerque cualquier persona sospechosa.

Ante el aviso de Porfirio Díaz del avance del enemigo, Zaragoza recorre todas las posiciones militares y al volver se ha contagiado de tifoidea. El doctor Burguiccianni ordena su traslado a Puebla, ciudad donde Zaragoza sufre altas temperaturas y delirio. Los propios médicos le dan pocas esperanzas de vida. Tras varios días, éste deja de existir.

La noticia sobre la aproximación de las tropas francesas llega en su momento al cuartel general, así como cinco telegramas enviados desde Chachapa para su rendición. Es notoria la superioridad numérica de los invasores frente a las tropas mexicanas. Ahora la táctica militar de los franceses consiste en sitiar a la ciudad de Puebla, protegida por ocho fortificaciones, cada una al mando de un jefe militar con su tropa para hacer frente al enemigo.

Al inicio del sitio, el bombardeo francés causa graves daños a los muros del fuerte de San Javier, defendido por el batallón de Octavio Rosado. En un extremo de ese bastión Miguel mira aproximarse a los zuavos, que se logran introducir por las puertas de los costados y las brechas. El enemigo invasor repliega a la gente de Rosado, Miguel y otros nueve muchachos que los habían atacado, a lo cual éstos responden con una lluvia de balas que destruye la puerta (*ibidem*: 572). El mayor número de soldados franceses sobre los mexicanos propicia la captura de cinco héroes, conducidos al cerro de San Juan, donde esperan la decisión de Forey.

Entre esos soldados capturados se encuentra Miguel, que tiene el apoyo de Chardon, ex prisionero del 5 de mayo, quien lo conduce a su lado, lo presenta a sus camaradas y lo alimenta bien. El jefe de los franceses decide su traslado al puerto de Veracruz y luego a Francia. Desde allí, Miguel escribe cartas de amor a su esposa y una epístola en la dice:

Mis queridos todos: pueden hacer la cuenta de que he viajado muchos miles de leguas, puesto que he vivido y vivo en el centro mismo de la Francia imperialista [...] podrían ustedes creer que los franceses nos conciernen a muerte, y desean acabarnos; quizás no pretendan, ya que les servimos de estorbo, y que, queriéndolo o no, les impedimos volver a su tierra [...] Juárez es para ellos un indio bravo; los mexicanos un ható de salvajes; nuestro ejército una califa de ladrones sin disciplina y sin valor [...] creo que no tardaremos en ser canjeados por prisioneros franceses y que entonces podré dar a cada uno de mis amigos el abrazo que hoy les envío con mi cariño de siempre (*ibidem*: 577-579, 581, 597).

Durante su cautiverio Miguel también describe la valentía y hazañas de varios oficiales tanto franceses como mexicanos.

El alistamiento de Francisco Caballero de los Olivos en el ejército de González Ortega y Porfirio Díaz en la caída de Puebla

El ataque de la artillería francesa con cañonazos y bombas contra el cerro de San Javier, custodiada por el batallón de Octavio Rosado y en el cual se halla enrolado Miguel, hace mella en la fortificación más débil de los alrededores de la ciudad de Puebla. En este ambiente hostil ha llegado a la

angelical ciudad de Puebla el hermano menor de Miguel, llamado Francisco Caballero de los Olivos, incorporado al batallón de Oaxaca, dirigido por Porfirio Díaz, que lo ha nombrado sargento para ayudar en la defensa nacional contra el enemigo invasor y proteger el legado de la libertad y de la patria, tan caros para los principios de Salado Álvarez. En esta ciudad Francisco localiza la vivienda de Eugenia, a quien entrega dos cartas encomendadas por sus padres, una para ella y la otra para su esposo. En el hospicio de San Marcos Díaz manda reconocer las regiones o manzanas que le han tocado defender y encomienda a Francisco la tarea. El ataque francés comienza con un cañoneo espantoso que derriba puertas y abre una brecha para llegar a la fortificación de San Agustín.

En medio de tal ambiente se desata una tenaz lluvia y sobreviene la fatiga entre las líneas de ambos contendientes: los franceses apenas intentan un reconocimiento y los mexicanos se dedican a reparar sus fortificaciones. El nuevo día comienza cuando el coronel Carbó despierta a Francisco para que se dirija al convento de Santa Inés, con el objetivo de llevar unas cajas de pólvora y ponerse bajo las órdenes de Miguel Auza; éste, a su vez, le ordena dirigirse con el coronel González Cosío para que se incorpore a su batallón. Tanto Auza como Cosío frenan un poco el avance de los franceses.

Desde el principio del sitio de Puebla se conjugan varias emociones entre las filas de los defensores: “La risa junto a las lágrimas, la desolación al lado de la despreocupación, la frase de terror se cree de la frase ingeniosa, mordente y expresiva” (*ibidem*: 698). En medio de esta situación se pacta el canje de prisioneros, del que Pancho ha solicitado participar como subalterno para estar al tanto del regreso de su hermano Miguel. El encuentro entre ambos resulta alegre y sorprendente, al grado de que Miguel expresa:

“¡Pancho, Pancho de mi alma!” “¡Al fin te viniste, canalla!” “¡Qué quieres!”, dijo el otro; “sus triunfos y heroicidades no me dejaban dormir y pensé en presentarme para echarle pie adelante”. “Bien hecho, bien hecho” [...] “Háblame de todos” [...] “Génie [...] te tiene en casa un regalillo que no dejará de agradarte [...] El haber venido por aquí se debió casi al deseo de participarte la noticia: hombre, y muy gordo y muy guapo; dicen que es el retrato de mamá [...] ya me lo figuraba” (*ibidem*: 704-05).

Juntos llegan a la casa de Eugenia, donde son recibidos con alegría y gritos de angustia.

Mientras tanto, entre los generales liberales se discute la manera de terminar con la invasión francesa, pero sus acuerdos quedan ocultos para los oficiales de menor rango. El general Ortega, junto con otros militares, decide mandar a cuatro oficiales, Mendoza, Miguel, Lalanne y Togno, rumbo al campamento francés para parlamentar con el invasor sobre la rendición.

Así llegan al campamento del primer batallón de zuaivos, donde son recibidos, primero, por el capitán Verzin y luego por el coronel Martín, quien se dispone a comunicar al general Forey la presencia de los enviados.

Al cabo de un tiempo llega la respuesta y éstos emprenden el camino rumbo al cerro de San Juan. Cuando al fin llegan al cuartel general de los franceses, el subalterno Lalanne traduce las palabras de Mendoza: “Señor general: comisionado por el señor general en jefe de la plaza de Puebla, vengo a suplicarle nos conceda un armisticio que sirva para dar fin a este sitio, que ya se prolonga demasiado...”

Cuando Lalanne concluye de traducir a Mendoza, Miguel explica lo que el francés exclama:

El ejército mexicano ha demostrado que es valiente, que se respeta, que conoce y cumple sus obligaciones [...] Ha salvado su honor, ha detenido a un ejército que sus enemigos llaman el primero del mundo, ha hecho prodigios de valor [...] Y bien [...] ¿Qué pretende el general Ortega!? [...] Que no se le persiga durante dos jornadas en su camino hasta la capital de la República. ¡Oh! Todo concederé al general Ortega menos el que las tropas que manda queden en actitud de continuar la guerra contra Francia (*ibidem*: 733-736).

Ante la rendición, Pancho es despertado junto con los demás oficiales para comunicar a todos los soldados que se trasladarán a la cuadra, donde los espera Porfirio Díaz. Cuando ve a la gente reunida, este general les comunica:

“Amigos, no tengo para qué decirles que estoy contento de todos ustedes; no hay entre los míos un cobarde [...] Me han acompañado en esta serie de acciones que les levanta entre todos los valientes; han sido leales, abnegados, firmes, sufridos, y sobre todo, patriotas [...] Romperemos nuestras armas [...] y nos pondremos en poder de los franceses [...] si yo fuera el jefe, pueden estar seguros de que intentaría algo y que no me entregaría [...]” Con tal resignación Díaz se despidió de ellos



con un fuerte abrazo, pero cuando Pancho llegó a él le dijo: “No daremos palabras; quedaremos en libertad de hacer lo que nos plazca [...] yo me fugo; ¿quiere venirse conmigo?” “¡Señor!. [...] pues cálese y procure estar cerca de mí.” “Muy bien, mi general” (*ibidem*: 739-741).

El general González Ortega ha ordenado la reunión de todos los jefes oficiales en el atrio de la catedral y el palacio de gobierno para entregarse a discreción al enemigo y todavía envía a Miguel al campamento francés para entregar un documento sobre la rendición de Puebla. Después de 60 días de sitio, la ciudad de Zaragoza capitula a favor del ejército francés.

Conclusiones

La importancia de la novela histórica es equiparable con otras herramientas, como las de la memoria, la crónica, la biografía, la leyenda e incluso como la novela de sociedad y de ciencia ficción. La obra de Salado es un ejemplo de ello. Estos aspectos tan distintos entre sí dan una idea de la complejidad del término “novela histórica”, debido a sus posibilidades estéticas y los recursos utilizados para su estructuración.

Por ello, se trata de un género de la imaginación romántica, creativa y aventurera que se mezcla con la ficción; es decir, se trata de un producto que responde a los intereses y motivos del autor, entre sus aficiones al bando liberal pero también al conservador.

El sitio de Puebla quedó plasmado por Salado mediante la descripción de la batalla del 5 de mayo, donde destaca las miserias, alegrías, cobardías y elegancias de mexicanos y franceses en uno de los episodios de la historia mi-

litar mexicana, pero también narra episodios de batallas militares, de personajes y de grupos políticos opositores.

A diferencia de los franceses radicados en nuestro país (los “afrancesados”), la participación de la familia Caballero de los Olivos es el modelo de patriota que a Victoriano Salado le interesaba proponer. Son el prototipo del mexicano dispuesto a dar la vida por la nación, por la defensa de la patria y la libertad contra la intervención francesa. Esta construcción posterior de esta realidad, según Érika Pani, es un discurso del heroísmo y del patriotismo que se empezó a fundar desde la República restaurada y cuyo fin era la legitimación del proyecto nacional, basado en la historia patria. A final de cuentas es la idea de que la ocupación demostró al mundo que el pueblo de México estaba dispuesto a resistir y expulsar al invasor extranjero cuantas veces fuera necesario para defender tanto la soberanía como la independencia.

Novelas como ésta se deben emplear como una fuente de primera mano que, complementada con otras de archivo, genere más preguntas en beneficio del conocimiento hacia otros campos de estudio, a modo de que se reconstruyan los acontecimientos.

Bibliografía

- Guerra, François Xavier, *Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*, México, FCE, 1993.
- Mateos, Juan A., *El sol de México. Memorias de la intervención*, México, Porrúa, 1993.
- Pani, Érika, *El segundo imperio. Pasado de usos múltiples*, México, FCE/CIDE, 2004.
- Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios nacionales mexicanos*, vol. IV, México, FCE, 1984.

Colección de armas de fuego del Museo Nacional de las Intervenciones

Faustino Amado Aquino*

Esta colección consta de un total de 46 armas portátiles (pistolas y fusiles) y 10 piezas de artillería, para un total de 56 piezas. De éstas, sólo 30% proviene de la colección del antiguo Museo Histórico de Churubusco, antecesor del actual, dedicado a la historia del intervencionismo en nuestro país. El 70% restante se encuentra en calidad de préstamo indefinido en las bodegas del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec; el Museo Fuerte de San Diego, en Acapulco; el Museo Nacional Cuauhnáhuac, en Cuernavaca; el Museo Fuerte de Guadalupe, en Puebla, y la Secretaría de la Defensa Nacional, instituciones que a su vez las heredaron del antiguo Museo Nacional de Artillería, creado en 1878 y cerrado en 1910. Sólo se tiene un caso de adquisición por compra directa a un particular: el de una carabina Winchester modelo 1886, registrada en el año de 1982.

Desde el punto de vista histórico, la colección abarca el periodo entre la segunda mitad del siglo XVIII y la segunda década del XX, pues sus piezas más antiguas son dos cañones fundidos en 1767 y 1777, mientras que las más modernas son tres fusiles Mauser que datan del año 1912. Desde el punto de vista técnico, se puede decir que la colección ofrece ejemplares de los principales sistemas o mecanismos de disparo que se emplearon en ese periodo histórico, a saber: la llave de sílex, la llave de percusión y diversos sistemas de retrocarga y repetición. La colección resulta interesante por el hecho de que cuenta con ejemplares de algunas de las armas más famosas de la historia, por medio de las cuales se aprecia la evolución técnica de las armas de fuego portátiles.

El primer sistema mencionado, la llave de sílex, consta de una pinza que sostiene una piedra de ese material, la cual, al golpear contra una batería de acero, produce chispas que encienden la pólvora de cebo en la cazoleta, flama que se comunica con la carga principal por medio del oído del cañón, de modo que se produce el disparo. La única pieza en la colección del MNI de este tipo es un fusil con cañón recortado que data del año 1835. Este ejemplar es un caso de fabricación casera que integra elementos provenientes de otras armas: la caja es una tosca talla en madera sin ningún acabado, y la llave de sílex proviene de un fusil estadounidense, modelo U.S. Musket 1835, mientras que el cañón perteneció a un fusil de manufactura inglesa modelo India Pattern Musket, mejor conocido como Brown Bess, que fue el reglamentario del ejército mexicano tras la Independencia. La pieza presenta la caja y el cañón recortados, quizá con el objetivo de hacer el arma más manipulable sobre el caballo o más ocultable. Un hecho interesante de esta pieza es que el fusil del que se tomó la llave fue el último modelo de sílex fabricado para el ejército estadounidense, pues a partir de entonces la mayoría de sus ejemplares se fabricaron

* Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (faas_15@yahoo.com.mx).

con el sistema de percusión, por lo que resulta muy raro encontrar una llave original de 1835, como en este caso.

El sistema basado en el sílex dominó el mundo de las armas militares durante el siglo XVIII y el primer tercio del XIX, y en la década de 1840 se sustituyó por el de percusión. En este sistema la pinza que sostenía la piedra se convirtió en un pequeño martillo o percutor, la batería de acero desapareció y la cazoleta se transformó en una corta chimenea, en la cual se insertaba una cápsula con un químico llamado fulminante, el cual produce fuego al ser golpeado (de ahí que se le llame “de percusión” a todo el sistema).

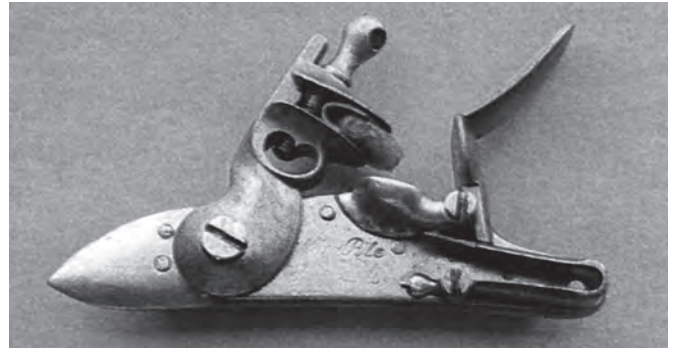
La llave de percusión fue utilizada por los ejércitos de casi todo del mundo desde la década de 1840 hasta la de 1860, periodo que coincide con las dos intervenciones más importantes que sufrió nuestro país: la estadounidense de 1846-1847 y la francesa de 1862-1867. Por ello este tipo de armas ocupa un elevado porcentaje de la colección del MNI (47%), pues cuenta con ocho pistolas y 15 fusiles. Entre estos últimos hay piezas interesantes, como un ejemplar del Mississippi Rifle, que fue protagonista de la batalla de La Angostura, cerca de Saltillo, Coahuila, en febrero de 1847; el fusil de percusión francés modelo 1857, con el que la infantería de línea francesa combatió en México, o el fusil británico Enfield P. 53, considerado el mejor de infantería de su tiempo.

La llave de percusión permitió hacer del revólver un arma de repetición eficiente, pues a cada recámara del tambor se le adaptó un fogón para colocar una cápsula de fulminante. El primer revólver de percusión que tuvo éxito comercial como arma de repetición fue el llamado Pepperbox, que dominó el mercado de las pistolas de bolsillo durante las décadas de 1830 y 1840, y consistía en un haz de cañones independientes, los cuales giraban sobre un mismo eje cada vez que se apretaba el gatillo (a esto se le llama “acción doble”) para colocar a cada cápsula en posición de ser percutida. La cadencia de fuego aumentó en forma asombrosa, pues por primera vez fue posible hacer seis disparos en cuestión de segundos. Sin embargo, dada la estructura de este tipo de arma, no se podía pensar en fabricarla para grandes calibres, pues un haz de cañones de las dimensiones propias de los calibres grandes (por ejemplo, el .44) habría resultado demasiado pesado para la mano e impensable para un arma de hombro, por lo que el Pepperbox siempre se encuentra en calibres ubicados en el rango de .22-.32. La colección del MNI cuenta con dos ejemplares de Pepperbox de la primera mitad del siglo XIX.

Fue el estadounidense Samuel Colt quien dio vida al revólver moderno. Colt diseñó un revólver con un tambor de varias cámaras de explosión que se alineaban con un solo

cañón; cada cámara tenía que ser cargada por la boca y contaba con un fogón para la cápsula de fulminante. El tambor giraba al armar el martillo de la llave (a lo cual se llama “acción simple”), tanto para alinear a cada cámara con el cañón como para percutir en forma sucesiva todas las cápsulas. Este sistema, que es el mismo de todos los revólveres actuales, permitió fabricarlos de grandes calibres (.44 y .45) y fue adaptado a fusiles y carabinas, pues ofrecía una asombrosa cadencia de fuego de varios disparos en pocos segundos.

Samuel Colt creó su primer revólver en 1832 y lo patentó, ya perfeccionado, en 1836. Ese mismo año fundó su primera



Llave de sílex. Puede verse la piedra de sílex en la pinza, la cazoleta en metal dorado y la batería de acero contra la cual choca el sílex
Fotografía Colección MNI-INAH



Fusil con llave de sílex **Fotografía** Colección MNI-INAH



Fusil con llave de sílex, bayoneta y cartuchos de papel
Fotografía Colección MNI-INAH



Pepperbox de fabricación belga, ca. 1840 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Revólver Colt, modelo Pocketpistol, 1862 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Revólver Schofield, calibre .45, S&W, 1873 **Fotografía** Colección MNI-INAH

empresa, la Patent Arms Manufacturing Company of Paterson, en la que produjo sus primeros revólveres en serie, conocidos como revólveres Paterson calibre .40. Sin embargo, estas armas no tuvieron éxito comercial y la empresa quebró.

Una década después los problemas fronterizos entre México y Estados Unidos facilitaron el resurgimiento de Colt como fabricante de armas, pues varios oficiales del ejército estadounidense que habían probado los Paterson, entre ellos el general Zachary Taylor y el *ranger* de Texas Samuel Walker, generaron una gran demanda de revólveres para el ya inminente conflicto con México. Para producir de nuevo sus armas, Colt se asoció con la empresa Whitney y con ella produjo un nuevo revólver, perfeccionado gracias a los consejos de Walker, cuya producción se inició en julio de 1847, conocido como Colt Walker o simplemente Walker. Evidentemente los Walker no tuvieron una participación importante en la guerra entre México y Estados Unidos (no así los Paterson, que asombraron a los mexicanos por su cadencia de fuego), pues las acciones importantes de ésta terminaron en septiembre de ese año y el propio Walker, muerto en combate en el pueblo de Otumba, Tlaxcala, en octubre, no tuvo oportunidad de ver el revólver que llevó

su nombre. Sin embargo, el éxito de ese revólver permitió a Colt fundar de nueva cuenta una fábrica propia en Hartford, Connecticut. Vendrían después otros modelos que constituyeron una evolución del Paterson y el Walker, destinados al ejército, la marina y el mercado civil, entre los que se encuentra el modelo Pocket Pistol 1862, del cual el MNI posee un ejemplar.

Los revólveres de percusión Colt fueron los grandes protagonistas de la Guerra de Secesión y de la conquista del oeste estadounidense. También fueron usados por las tropas de Garibaldi durante la unificación italiana y por numerosos ejércitos regulares y revolucionarios de todo el mundo. En México fueron los inseparables compañeros de los oficiales, tanto liberales como conservadores, durante la Guerra de Reforma y la intervención francesa.

Desde su invención, a principios del siglo *xiv*, las armas de fuego fueron, en su mayoría, de avancarga; es decir, la pólvora y la bala se introducían por la boca del cañón, lo cual hacía muy lenta la operación de carga y disparo. Con los fusiles de sílex y percusión, un soldado bien entrenado podía hacer tres disparos por minuto. Desde el siglo *xvi* se inventaron diversos modelos de fusiles y pistolas que podían cargarse por la culata del cañón (a lo cual se le llama retrocarga), un sistema en el que se abría la culata para introducir la pólvora, la bala y que luego se cerraba para efectuar el disparo. Sin embargo, ese sistema, aunque aumentó la cadencia de fuego hasta alrededor de ocho disparos por minuto, tenía el defecto de que el cierre entre la culata y el cañón no era del todo hermético y los gases producidos por la explosión de la pólvora escapaban, con lo que se le restaba potencia. Por ello su uso se restringió a ciertos cuerpos especiales o de elite. El primer sistema de retrocarga de estas características que alcanzó éxito comercial y militar, al grado de que fue adoptado por el ejército austriaco en 1771, fue el inventado por el italiano Giuseppe Crespí y más tarde perfeccionado por el estadounidense John Hancock Hall, en 1810. La colección del MNI cuenta con un ejemplar de este fusil, utilizado por la caballería estadounidense en la guerra con México.

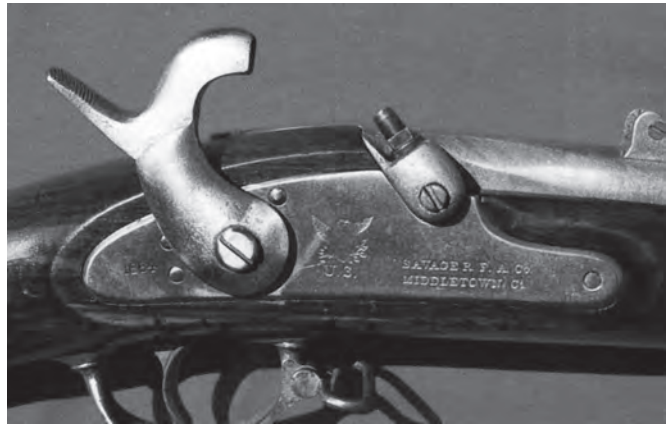
Con la invención de las armas de fuego se crearon contenedores para portar la pólvora y las balas que las alimentaban. Surgieron polvorines y frascos de diversos tipos y materiales (metal, cuerno, madera, entre otros) para la pólvora y pequeños sacos de piel o tela para las balas. En el siglo *xvii* el rey Gustavo Adolfo de Suecia concibió la idea de unir en un envoltorio de papel la pólvora y la bala, con lo cual inventó los cartuchos de papel, utilizados hasta la década de

1860. Con este tipo de cartucho el soldado ya no necesitaba abrir el polvorín y el saco de balas por separado, sino que le bastaba con tomar un cartucho, romperlo con los dientes, verter la pólvora en el cañón y enseguida meter la bala.

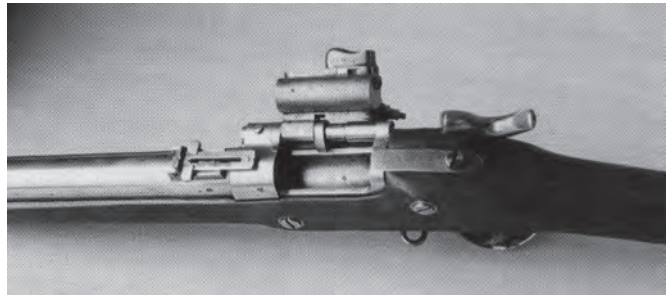
En 1812 el francés Samuel Johannes Pauly inventó un fusil de retrocarga que disparaba cartuchos con una base de latón, en cuyo centro había una cavidad para albergar una cápsula de fulminante. Éste fue el origen de los cartuchos metálicos de percusión central. El invento fue presentado a Napoleón, quien lo rechazó por considerarlo poco eficiente (el cartucho era débil y permitía el escape de gases) y costoso. Sin embargo, este sistema continuó desarrollándose hasta que en la década de 1860 surgieron en Estados Unidos fusiles que combinaban la retrocarga con los cartuchos metálicos (por lo general de latón), como la carabina Sharps. La notable actuación de este tipo de armas en la Guerra de Secesión convenció a todos los militares del mundo de su superioridad, de modo que las principales potencias buscaron la manera de equipar a sus ejércitos con ellas.

El problema era que, luego de las numerosas guerras de las décadas de 1850 y 1860, había una enorme existencia de fusiles de percusión y avancarga en las bodegas de todos los ejércitos, en perfectas condiciones de uso, y resultaba en extremo caro desecharlos para comprar nuevo armamento. Tal problema se resolvió al idear sistemas para transformar estos fusiles, de modo que recibieran cartuchos metálicos en la culata. Se inventaron varios sistemas con este propósito, la mayoría de los cuales consistió en abrir la culata del cañón para insertar el cartucho en la recámara de explosión y cerrarla mediante un macizo bloque de acero, mediante el cual pasaba una aguja que percutía la cápsula de fulminante alojada en la base del cartucho. La llave era la misma del sistema de percusión, sólo que ahora el martillo no golpeaba la cápsula de fulminante en forma directa, sino por medio de la aguja.

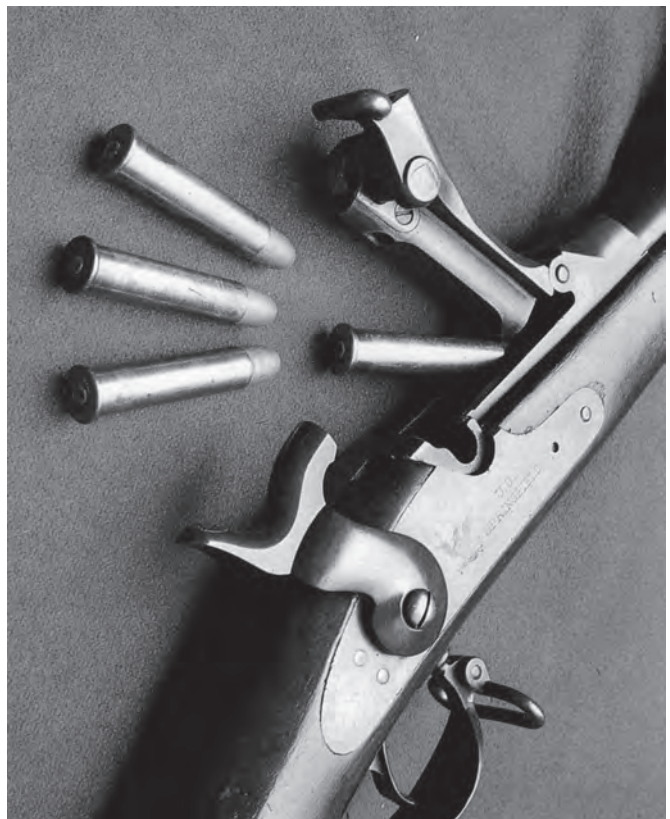
Estos sistemas dominaron la segunda mitad de la década de 1860 y toda la de 1870, y fueron llamados de "bloque basculante" porque el bloque de acero basculaba hacia delante o hacia uno de los costados del cañón para abrir la culata. Los más comunes fueron el sistema Snider, inventado por los británicos, y el Trapdoor, creación de los estadounidenses. La cadencia de fuego aumentó en forma notable, pues de los tres disparos por minuto que ofrecían las armas de avancarga, con estos sistemas se llegó hasta los 14 disparos por minuto, los cuales combinaban la retrocarga con los cartuchos metálicos. La colección del MNI cuenta con un ejemplar Trapdoor y un Snider.



Llave de percusión **Fotografía** Colección MNI-INAH



Fusil británico Enfield P. 60, transformado en 1866 al sistema de retrocarga Snider **Fotografía** Colección MNI-INAH



Fusil Springfield (EU) con el sistema de retrocarga Trapdoor, 1873 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Fusil Hall, 1843 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Fusil de percusión francés, 1857 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Carabina Winchester 66 o Yellow Boy **Fotografía** Colección MNI-INAH



Carabina Winchester 73 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Carabina Winchester 86 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Carabina de retrocarga con sistema Rolling Block, Fábrica Nacional de Armas, México, 1888 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Fusil Mauser, 1893 **Fotografía** Colección MNI-INAH



Carabina Mauser, 1895 **Fotografía** Colección MNI-INAH

Los sistemas de bloque basculante fueron una simple improvisación, aplicada mientras se inventaban verdaderos sistemas de retrocarga y se hacía acopio de los recursos necesarios para renovar el armamento de los ejércitos de las principales potencias. Durante las décadas de 1870 y 1880 surgieron nuevos sistemas de retrocarga basados también en bloques de culata móviles, pero mejor adaptados, pues no basculaban fuera del cuerpo del arma y eran de menor tamaño y más seguros. Algunos de estos sistemas fueron el Peabody, el Henry-Martini y el Rolling Block. La colección del MNI cuenta con dos ejemplares de este último sistema.

En 1882 el ejército mexicano adquirió en Estados Unidos 18 500 rifles marca Remington con el sistema de retrocarga Rolling Block, a fin de contar con un arma reglamentaria por primera vez desde la Independencia. El fusil Rolling Block fue considerado el mejor de retrocarga del siglo XIX y su adopción por el ejército de nuestro país marcó también el inicio de la industria militar en México, ya que poco después, en 1885, se instaló la primera fábrica de cartuchos metálicos y se comenzó a adquirir la maquinaria necesaria para fabricar todo tipo de armas y municiones. Incluso se dio una aportación mexicana a la mecánica del sistema: en 1891 un obrero de la recién creada Fábrica Nacional de Armas inventó un nuevo sistema de cierre para el Rolling Block, aprobado por la Plana Mayor Facultativa de Artillería. Los dos ejemplares Rolling Block de la colección del MNI no presentan ninguna marca de la fábrica Remington u otro fabricante extranjero, y en cambio tienen las letras R. M. (República Mexicana), así como la leyenda FÁBRICA NACIONAL DE ARMAS, por lo que asumimos que se trata de dos de los primeros fusiles de fabricación mexicana.

Con la invención del cartucho metálico fue posible diseñar armas dotadas de cargadores con varios cartuchos, para que mediante palancas accionadas en forma manual, asociadas con sistemas elevadores y eyectores, los cartuchos fueran colocados uno a uno en la recámara de explosión. Así surgieron los sistemas de repetición manual. El primer fusil de este tipo que tuvo éxito comercial fue la carabina del estadounidense Christopher Miner Spencer, patentada en marzo de 1860. A partir de 1866 las carabinas Winchester se popularizaron en todo el mundo. En ambos casos el depósito para los cartuchos era de forma tubular, alojado en la culata de la caja en el primer caso y bajo el cañón en el caso de los Winchester. El MNI cuenta con tres modelos de carabina Winchester: 1866, 1873 y 1886.

La carabina Winchester 66 quizá sea el arma más famosa de la historia, pues se le conoce gracias a las películas

del género *western*. En el caso de México fue protagonista de los últimos meses de la Intervención francesa. En el momento de su aparición (1866) superó técnicamente a las demás carabinas de repetición que había en el mercado, pues ofrecía precisión, un alcance efectivo moderado (300 m) y, sobre todo, una cadencia de fuego nunca antes vista (12 disparos en pocos segundos). Conocida también como *Yellow Boy*, por su castillo elaborado en latón dorado, fue una obra maestra de la mecánica en la que confluyeron varios talentos inventores: Walter Hunt, Lewis Jennings, Horace Smith, Daniel B. Wesson, Benjamín Tyler Henry y Nelson King. Todos ellos habían desarrollado con anterioridad una serie de pistolas y carabinas con cargador tubular y sistema de palanca para colocar uno tras otro los cartuchos en la recámara de explosión, hasta que todos juntos llegaron al Winchester 66, que debe su nombre al propietario de la fábrica en que fue producido, Oliver F. Winchester. Hasta 1898 la producción total del modelo 66 fue de 170 000 ejemplares y constituyó la base para el desarrollo de los Winchester posteriores.

A pesar de su fama como conquistador del oeste, el modelo 66 fue en realidad un arma de poca potencia, ya que estaba diseñado para disparar un cartucho de percusión anular que, como tal, no podía ser cargado más allá del límite de 28 granos de pólvora negra, de ahí que a su cartucho se le denominara .44-.28 (44 por el calibre de la bala y 28 por la carga de pólvora). Sin embargo, los siguientes modelos de Winchester fueron pensados para disparar cartuchos de percusión central, más resistentes a las grandes cargas de pólvora.

El Winchester 1873 fue el primer descendiente del modelo 66 y presentó varias mejoras respecto a su progenitor: la principal, que fue diseñado para disparar cartuchos de percusión central con una carga de pólvora de 40 granos, por lo que el cartucho era denominado .44-.40 (44 por el calibre de la bala y 40 por la carga de pólvora negra), más potente que el de su antecesor, de percusión anular. Otras diferencias respecto al 66 fueron que el 73 contaba con un sistema para proteger a las partes mecánicas del agua y de los residuos de pólvora, el castillo era elaborado en hierro en vez de latón y su peso era mucho menor.

Del modelo 73, hasta 1919 se fabricaron alrededor de 721 000 ejemplares y fue el verdadero protagonista de la conquista del oeste. Servía para todo: cazar, combatir a los indios, defenderse contra bandidos, etc., aunque siempre en el rango de los 200 metros, en el cual resultaba un arma óptima, favorita de aventureros y bandidos en todo el

mundo, pues su cartucho también podía ser disparado por varios modelos de revólver. En México todos los modelos Winchester tuvieron una gran difusión, y se puede decir que fueron protagonistas de la Revolución mexicana.

El Winchester 1886 fue el tercer descendiente del modelo 66 y el primero en separarse de la mecánica de su progenitor gracias a los perfeccionamientos aportados por los hermanos Browning. En este caso el calibre es .45 y el cartucho se cargaba con 75 granos de pólvora negra, de ahí que se le denominara .45-.75.

En el caso de los revólveres, el cartucho metálico simplificó el proceso de carga, pues el tambor se perforó de parte a parte para recibir cartuchos metálicos y ya no fue necesario colocar cápsulas de percusión en cada fogón ni cargar por la boca cada una de las cámaras de explosión. La colección del MNI cuenta con cuatro revólveres del siglo XIX diseñados para cartuchos metálicos, entre ellos el principal competidor de los revólveres Colt: el Schofield 73, calibre .45, fabricado por Smith & Wesson.

El primer inventor que patentó un revólver de retrocarga con tambor perforado de parte a parte para recibir cartuchos metálicos fue el estadounidense Rollin White, quien el 3 de abril de 1855 registró un revólver de tales características en Estados Unidos. Ofreció su idea al gran fabricante de revólveres de percusión Samuel Colt, quien la rechazó en forma rotunda. Sin embargo, por esas mismas fechas Horace Smith y Daniel B. Wesson, dos jóvenes armeros que tenían experiencia trabajando en varias fábricas de armas, también desarrollaban un revólver de retrocarga, para el cual prepararon un cartucho de casquillo metálico y percusión anular. Cuando descubrieron que el revólver de retrocarga ya había sido patentado por White, acudieron a él para pedirle la autorización necesaria para iniciar la producción de revólveres de retrocarga y cartuchos metálicos. Así nació la empresa Smith & Wesson (S&W), que pronto se convirtió en la principal competidora de Colt.

Luego de producir varios revólveres de calibres pequeños, en 1869 S&W produjo su primer revólver de gran calibre, el llamado American Single Action calibre .44, núm. 3, del cual el Schofield calibre .45 es su descendiente directo. En 1876 el ejército estadounidense aceptó someter al modelo Schofield a varias pruebas, y una vez aprobado fue asignado a varios cuerpos de tropa, con lo cual entró en la categoría de las armas militares. Una de las características sobresalientes de los revólveres de S&W, aparte de su gran calidad, era que, junto con el revólver inglés Webbley, eran los únicos que ofrecían un rápido proceso de carga y descarga gracias a

su sistema de cañón basculante, que permitía abrir el arma por la mitad y extraía en automático los cartuchos vacíos, con lo que dejaba expuesto y libre el tambor para colocar cartuchos nuevos, mientras que en los revólveres de otras marcas había que sacar uno por uno los cartuchos usados. Otro tipo de armas de repetición manual fueron los fusiles de obturador cilíndrico-giratorio-corredero, utilizados por todos los ejércitos desde el último cuarto del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, los cuales se caracterizaban por disparar cartuchos de nueva generación, con forma de cuello de botella, cargados con pólvora no humeante y bala de calibre pequeño (menos de 8 mm). Estos fusiles alcanzaron prestaciones balísticas asombrosas, pues tenían una precisión que rondaba los 1 000 metros y un alcance efectivo de más de 3 000 metros. Entre éstos se puede mencionar el Manlicher italiano, el Moisin-Nagant ruso, el Lebel francés, el Springfield estadounidense o el Lee Enfield británico, si bien los mejores fueron los diferentes modelos del Mauser alemán. De estos últimos el MNI cuenta en su colección con un Mauser 1893, un 1895, cuatro 1898 y un K 98K.

El fusil de infantería Mauser 1893, junto con su sucesor, el modelo 1898, fue el mejor de infantería de finales del siglo XIX y tal vez de toda la historia. De manera casi inmediata a su aparición fue adoptado como fusil reglamentario por los ejércitos de casi la totalidad de América Latina y por varios países europeos y asiáticos, como España (que incluso produjo su propia versión del Mauser 93), Turquía, China e Irán. Demostró su eficacia por primera vez en la Guerra Hispano-Estadounidense de 1898, y adquirió fama de leyenda en la Guerra Anglo-Bóer de 1899-1902, en manos de los guerrilleros y enfrentando a los igualmente notables fusiles Lee Enfield del ejército británico. Su cartucho tenía una bala calibre .7 mm, y todavía era cargado con pólvora negra, si bien contaba con una potencia y una precisión verdaderamente admirables. Su alcance total superaba con facilidad los 4 000 metros, cosa que no lograba su sucesor, el modelo 98, que tenía un calibre de 7.92 mm.

En 1895 el ejército mexicano decidió adoptar al fusil Mauser de repetición como arma reglamentaria, en sustitución del fusil de retrocarga Rolling Block de un solo tiro, adoptado en 1882. Así, en 1897 se compraron 20 000 fusiles Mauser modelo 1893 y 6 000 carabinas modelo 1895 (derivada del modelo 93) para armar a la infantería y a la caballería, respectivamente. Con este armamento el ejército de Porfirio Díaz enfrentó el estallido de la Revolución mexicana.

Hacia el final de la Guerra de Secesión estadounidense un joven, llamado Hiram Maxim, meditó sobre la energía de re-

culc de las armas de fuego. Creía que esa energía, producida por los gases de explosión de la pólvora, era desaprovechada, de modo que pensó en usarla para accionar determinadas piezas del arma, las cuales se encargarían de meter uno tras otro los cartuchos en la recámara de explosión y de sacar los cartuchos vacíos, con lo que se le ahorra ese trabajo al tirador. Maxim, de apenas 16 años, elaboró varios modelos para poner en práctica su idea, aunque sin éxito. El proyecto debió esperar hasta la década de 1880, cuando él ya era un inventor exitoso radicado en Francia, para ser llevado a la práctica. Hacia 1882 adaptó a un rifle Winchester un mecanismo que aprovechaba la fuerza de los gases para disparar varios cartuchos con gran rapidez, a ráfaga, y el 6 de julio de 1883 patentó su primera ametralladora.

A finales del siglo XIX surgieron dos nuevos tipos de arma: las semiautomáticas (fusiles o pistolas), capaces de disparar tiro a tiro con gran rapidez, y las automáticas o ametralladoras, que producen en forma de ráfaga varios cientos de disparos por minuto. El MNI tiene en su colección una ametralladora Hotchkiss-Brévétée de principios del siglo XX.

En 1910 el gobierno de Porfirio Díaz adquirió en Francia 56 ejemplares de este modelo. Tal vez, ante la agitación política de ese año producida por la campaña presidencial de Francisco I. Madero, se pensó en dar al ejército federal un mayor poder de fuego, pues tan sólo se contaba con seis unidades de la ametralladora Maxim, adquiridas en 1897. La Hotchkiss fue una de las armas automáticas más mortíferas de la primera mitad del siglo XX. Tuvo una destacada participación en las dos guerras mundiales y los japoneses fabricaron una copia para dotar a su infantería durante la Segunda Guerra Mundial.

Con el invento del sistema automático las armas de fuego alcanzaron su máxima evolución.

La colección de armas del Museo Nacional de las Intervenciones es ilustrativa de ese proceso.



Ametralladora Hotchkiss-Brévétée **Fotografía** Colección MNI-INAH

Un libro, un tema y 100 años. La invasión a Veracruz en 1914

José Luis Juárez*

Yankilandia vigila, pacientemente espera el momento propicio de clavar nos la garra. Sus deseos son eternos: violar nuestra bandera y agregar a la suya otra estrella, otra barra.

JUSTINO N. PALOMARES

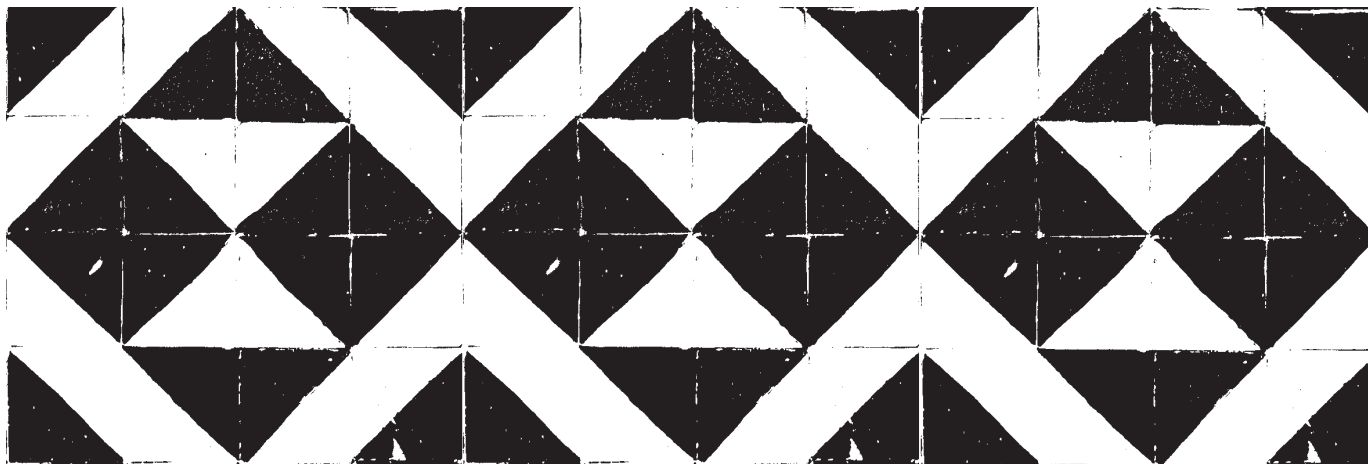
La proximidad de la conmemoración número 100 de la invasión estadounidense a Veracruz en 1914 obliga al necesario balance de las obras que registraron este otro capítulo intervencionista en México. Una aproximación nos muestra, de entrada, que consignar lo sucedido, fuera de los periódicos y revistas (los primeros que informaron y aportaron material gráfico), no representó una tarea rápida, sino muy lenta. Hubo que esperar que esa herida cerrase, por así decirlo, para disertar sobre ella.

Esta colaboración tiene como objetivo presentar una suerte de producción gradual de las principales obras que se fueron dando a la prensa para analizar los días 21 y 22 de abril, los meses posteriores que duró la presencia extranjera, los héroes mexicanos que hicieron la defensa, las negociaciones del grupo ABC, la retirada del ejército de Estados Unidos y la invasión en general. Como segunda mira, se busca entrelazar esta producción con un libro que ha nutrido con su contenido este largo periodo de casi 100 años. Me refiero a *La invasión yanqui en 1914* de Jacinto N. Palomares, que ocupa un lugar destacado, ya que fue y sigue siendo de consulta obligada cada vez que se aborda el tema.

Podemos dividir la producción escrita en torno a la llamada invasión del '14 en cuatro fases de registro, con un repunte que se ubica a partir de la fecha en que se cumplieron 50 años de los eventos. La primera incluye las notas al respecto de periódicos como *El Dictamen*, *El Imparcial*, *El Diario*, *La Unión*, *La Opinión* y otros que se dieron a la tarea de difundir las primeras noticias ciertas sobre los sucesos de Veracruz, así como las revistas *La Ilustración Semanal*, *Arte y Letras* y *El Mundo Ilustrado*, entre otras que difundieron una buena cantidad de información y, sobre todo, de fotografías.

El final del periodo 1910-1920 fue el momento cuando los acontecimientos se comenzaron a registrar más allá de estas publicaciones, en obras como la de Miguel Rebolledo, titulada *México y Estados Unidos* (1917), que se explayó en lo concerniente a la llamada Guerra del '47, pero apenas mencionaba la de 1914 (Rebolledo, 1917: 105-107) y la novela histórica *Don Pascual o la invasión de Veracruz por los americanos en 1914*, de Alberto A. Rodríguez (1920). Esta novedosa narración presentó documentos oficiales, particulares e información de la prensa para darle al relato un toque de veracidad histórica (Rodríguez, 1920). Para 1933 Ciro de la Garza Treviño publicó *Wilson y Huerta. Tampico y Veracruz*, un ensayo de divulgación histórica en el que estableció que en Estados Unidos se pensaba que el bombardeo al puerto de Veracruz no estaba

* Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (joseluisjuarezlopez@prodigy.net.mx).



consignado en las páginas de nuestra historia nacional y que se llegaba a decir, incluso, que ya se hallaba en el olvido (De la Garza, 1933: 61-66). Este primer grupo no deja de lado una dinámica de noticia; es decir, si bien abre paso a la narración y el análisis de los hechos, la inconformidad es un elemento clave en ellas. Algunas establecieron que las agresiones bélicas de los estadounidenses habían operado en otras partes del continente. Cuba, Puerto Rico, Nicaragua, República Dominicana, Haití, Panamá y Colombia habían experimentado el zarpazo de la entonces llamada "bestia rubia".

Una propuesta que tomaba en cuenta las aristas de esta invasión apenas llegó en el año de 1940. A partir de entonces se puede hablar de la segunda etapa del gran registro de esta ocupación, que duró siete meses y al cabo de los cuales el Ejército Constitucionalista mexicano entró a Veracruz, el día 23 de noviembre de 1914. Uno de sus integrantes sería una de las primeras plumas que registraría de manera global los principales hechos de la invasión y la ocupación de ese puerto por las fuerzas navales de Woodrow Wilson. Se trataba del coronel Jacinto N. Palomares, un militar que había llegado al territorio invadido tres meses antes, con el objetivo de recoger testimonios del desembarco, posesión y estancia de los estadounidenses. Palomares dejó un amplio registro, a ratos anecdótico, pero en su mayor parte valioso, como resultado de su investigación y acopio de información de primera mano, proporcionada justo por aquellos que defendieron el puerto. El resultado: *La invasión yanqui en 1914*.

Jacinto N. Palomares fue un escritor y poeta nacido en Durango en 1890. Desde muy joven se inició en el periodismo. Se desempeñó como director y fundador de varios periódicos en distintos lugares de la República. A lo largo de su vida desarrolló varias facetas que dan cuenta de una

diligencia y sensibilidad. Como militar tuvo una carrera larga. Se incorporó desde muy joven al ejército y con el tiempo ascendió hasta llegar a capitán segundo en las filas de Venustiano Carranza. En 1910 contrajo matrimonio con una joven de nombre Julieta, para después enrolarse en la Revolución. Uno de sus retratos de los tiempos de la invasión a Veracruz nos lo muestra gallardo, con alrededor de 25 años, luciendo el uniforme del Ejército Constitucionalista. En su calidad de poeta escribió un repertorio de poemas con los cuales conformó numerosos libros que abarcaron el periodo entre 1920 y 1950 (López, 1964: 822).

En 1925, al publicar uno de sus libros de versos, su prologuista lo describió como de "mediana estatura, delgado, cetrina la color, frente bien combada sobre unos ojos oscuros y bien abiertos, recia la nariz, sensual boca adornada con ásperos mostachos de sargento y negra melena" (Palomares, 1925: 6). Como resultado de su experiencia militar, Palomares dio vida a varios libros, entre los que destacan *Las campañas de norte. Apuntes históricos* (1914) y *Anecdotario de la Revolución* (1954), en el que volvió a tratar el tema de la desocupación del puerto de Veracruz por parte del ejército estadounidense (Palomares, 1954: 64-65).

Su trabajo sobre la invasión estadounidense tuvo una dinámica zigzagueante. No sabemos a ciencia cierta qué motivaciones tuvo para iniciar el acopio de materiales y armar una obra sobre el sitio en Veracruz. Lo que sí podemos apuntar es que su propuesta tiene un modelo incluyente, es decir, que abarcó tanto un vasto discurso como numerosas imágenes, un modelo a partir del cual se harían más tarde otras propuestas. Su afán de publicarla le ocasionó una serie de contratiempos. La terminó cinco años después de la invasión, esto es, en 1919, pero no se publicó porque desaparecieron los originales en la imprenta donde se encon-



traban. Por fortuna él conservaba una copia, que nutrió con más documentos. En 1938 el presidente Lázaro Cárdenas del Río ordenó su edición, pero ésta no fue posible por circunstancias de fuerza mayor. A la postre, en 1940 se editó con los esfuerzos propios del autor y contó con un agradecimiento precisamente al general Cárdenas (Palomares, 1940: colofón). Juan Sánchez Azcona, como prologuista, dijo entonces que esta obra no podía faltar en ninguna biblioteca de mexicanos cultos, y nosotros podemos añadir que tampoco para tratar el tema de la invasión, ya que la sentencia de Sánchez Azcona resultó profética en el sentido de que se convertiría en una obra ampliamente consultada y citada.

Con *La invasión yanqui de 1914*, Jacinto N. Palomares nos brindó la que entonces era una visión global y que prácticamente tocó cada uno de los principales temas de aquellos hechos. Personajes, condecoraciones, relaciones de muertos y heridos, diversos documentos, fotografías, poemas y monumentos erigidos a los héroes desfilan en los diferentes capítulos, y aun incluye versiones de los propios estadounidenses y de los defensores. Fue asimismo pionera en revelar algunos aspectos de los héroes de esa jornada. Por esta obra se supo que José Azueta no era cadete de la Escuela Naval en el momento de su inmolación, sino que pertenecía al ejército federal, y que muchos de los supervivientes ya estaban olvidados o muy necesitados en términos económicos, por lo que rescató las figuras de los coroneles Albino Cerrillo y Manuel Contreras.

El tercer grupo se ubica alrededor del quincuagésimo aniversario de la invasión, que tuvo lugar en 1964 y causó cierto revuelo. Cercano a esta conmemoración hubo otro caso de atraso en la difusión de materiales. *Frontera junto al mar*, una novela de José Mancisidor, quien ya antes había abordado el tema, (por ejemplo, en *Carranza y su política*

internacional, de 1929), y que al enmarcarlo en una novela corta obtuvo en 1949 el premio Ciudad de México, no se editó hasta 1953, por lo que en términos cronológicos se acercó a este cincuentenario. En pleno aniversario los periódicos reportaron que el presidente Adolfo López Mateos encabezaría en el puerto las ceremonias por la defensa de 1914, acompañado de algunos secretarios de su gabinete, como el de Defensa, general Agustín Olachea; el de Marina, almirante Manuel Zermeño Araico; el de Salubridad, doctor José Álvarez Amézquita, y el jefe del Estado Mayor Presidencial, general José Gómez Huerta. El programa contemplaba la inauguración de obras de servicio público, ceremonias en los monumentos a los héroes, desfile cívico militar en la plaza central, jura de bandera y entrega de espadas en la antigua Escuela Naval, inauguración de la zona deportiva de la nueva Escuela Naval, cena en el Hotel Diligencias y, para cerrar la jornada, una “noche veracruzana”.

Los diarios también reprodujeron telegramas y partes hechas por el comodoro Manuel Azueta y el capitán Rafael Carrión, director de la Escuela Naval durante la defensa llevada a cabo por sus alumnos. Asimismo, se avisaba que en todos los puertos del país se efectuarían ceremonias conmemorativas del quincuagésimo aniversario de la heroica defensa de Veracruz, en la que el pueblo veracruzano y los valientes hijos de la Escuela Naval Militar se enfrentaron a los invasores. Por eso la prensa también reportó que la ceremonia era para honrar a los jóvenes cadetes, quienes, no obstante las desventajas en que se encontraban, lucharon hasta caer sin vida, al tiempo que arengaban a sus compatriotas civiles para que se les sumaran contra los intrusos. También subrayaban que lo sucedido había representado un gran delito internacional, pero que México, como país amante de la libertad, no guardaba rencores; que había 57

supervivientes, a los que se entregarían medallas de oro en reconocimiento a su valor. Los héroes supremos eran Virgilio Uribe, José Azueta y Albino Cerrillo, pero se reconocía que había sido el pueblo mexicano, que no su ejército, el que repelió las agresiones de que fue víctima (véanse las notas de prensa en la bibliografía).

El ingeniero Ángel Lascuráin y Osio presentó en 1957 *La segunda intervención americana*, en la que ató las intromisiones estadounidenses del embajador Henry Lane Wilson, las cuales culminaron con la caída de Madero, con los acontecimientos de Veracruz e incluso con la famosa Expedición Punitiva. Unos años después, en 1966, María Luisa Melo de Remes, con *Veracruz mártir. La infamia de Woodrow Wilson (1914)*, brindó interesante información respecto del gran contingente de ex combatientes, entre los que estaba Jorge Alacio Pérez, y entrevistó a otros tantos que en ese tiempo eran cadetes, estudiantes de medicina, voluntarios y soldados. Entre estos últimos se hallaba Agustín Huerta Rodríguez, quien en el momento de dar su testimonio era subdirector de la banda de música de Veracruz, con sede en Jalapa. Esta entrevista la llevó a cabo Melo de Remes con un método entonces novedoso: la grabación. Presentó igualmente 32 fotografías con diferentes aspectos de la invasión. Al año siguiente Leonardo Pasquel publicó *Manuel y José Azueta padre e hijo. Héroes en la gesta de 1914*, obra en la que logró llamar la atención sobre estos héroes de la epopeya: el experimentado comodoro Manuel Azueta Perillos y su joven hijo, José Azueta Abad, sacrificado en el contexto general de la invasión. El tema pasó a la siguiente década con *La intervención norteamericana en Veracruz (1914)*, coordinada por Roberto Ramos V. Además de citar una de las primeras ceremonias para honrar a los héroes que defendieron Veracruz en abril de 1914, la obra muestra que la fotografía era ya un rasgo de la narración de los hechos.

Pasarían algunos años más para que no sólo surgieran nuevos materiales, sino también nuevas estrategias de análisis de los registros sobre esta invasión. Para el periodo 1982-1987 emergió un cuarto grupo, el cual intentó la narración seguida de fotografías y que comenzó a mutar hacia la presencia obligada de éstas en los textos y que más tarde llevaría a su estudio particular. Andrea Martínez presentó en 1982 *La intervención norteamericana. Veracruz 1914*, donde proporcionó la información sobre la invasión con un relato sencillo y abarcador. Su propuesta no se apoya en un aparato crítico ni en una bibliografía, pero sí menciona a Jacinto N. Palomares. Tres años más tarde, en 1985, Nicolás Cárdenas García lanzó *Invasión norteamericana: defensa de*

Veracruz, en el que de nuevo pasó revista a los aspectos más importantes de la invasión, con acento en su carácter intervencionista. Este grupo no estaría completo sin los interesantes y contributivos trabajos de Bertha Ulloa, quien, en la línea que inició con *La revolución intervenida*, de 1971, en 1986 entregó *Veracruz, capital de la nación*, donde incluyó poco más de una treintena de fotografías.

Estos productos son ejemplo de una nueva posición, pues mientras lo que reina es un análisis de los sucesos, la presencia de la fotografía resulta ahora evidente. Martínez utilizó material fotográfico de las colecciones Asgda, P. Flores Pérez, López y Melhado del Archivo General de la Nación. En el caso de Cárdenas García, aunque no declara su fuente, de seguro recurrió al material del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM). La fotografía en estas versiones no está sujeta a estudio: se trata simplemente de discursos silenciosos con una dinámica propia, en la que se presentan barcos, invasores, defensores, la Escuela Naval semidestruida, los funerales de José Azueta y, sobre todo, a los estadounidenses y sus actividades una vez consumada la ocupación. Estamos ante series de fotografías en las que observamos narraciones visuales que no dejan fuera las figuras de Venustiano Carranza y Victoriano Huerta como actores claves de los mexicanos.

Es la misma posición que presentó en 1987 José Pérez de León con *Reseña gráfica de la invasión americana, Veracruz, 1914*. Esta obra representó un momento de unidad. Reunió una gran cantidad de material gráfico que se encontraba disperso para mostrar una especie de álbum. Allí están los actores, los hechos y, en general, las escenas que se han usado en periódicos, libros, enciclopedias, diccionarios, revistas y demás. Aun con las limitantes de su estructura (que no contiene análisis del material que presenta), se trata de un paso unificador respecto al material visual sobre el tema.

En estas producciones las fotografías se incluyen más como estampas que como objeto de estudio y reflexión. Al respecto, la obra de Palomares fue también pionera. Él, como se apuntó ya, presentó una serie cronológica de fotografías (más de 60), la cual sigue un discurso lineal que comienza con la plácida Veracruz y sus principales edificios (el de Faros, la Aduana Marina, la Estación Terminal y Correos y Telégrafos), serie que se ve interrumpida por una imagen que muestra el desembarco. A partir de allí se presenta una secuencia intercalada en la que aparecen los invasores y los mexicanos defensores. Incluye algunas de las fotografías que más tarde se harían clásicas, por ser las preferidas para ilustrar el conflicto y que se reproducirían

de manera extraordinaria, como aquellas que muestran a los marinos ante los cadáveres mexicanos en plena calle, y la que presenta a soldados federales pecho tierra, donde se observa al sargento federal Emilio Contreras. Fue justo a mediados de la década de 1980 cuando se hizo una versión condensada de la obra de Palomares, que resulta muy regular pero que estuvo nutrida con nuevas imágenes (Palomares, 1984).

La obra de Palomares ha sido utilizada por muchos de los autores hasta aquí mencionados, y sus huellas están también en *Crónica ilustrada. Revolución mexicana* y en *Historia de México Salvat*, de 1967 y 1974, respectivamente. También se echó mano de ella en estudios de la década de 1980 de Octavio Gordillo y Ortiz, Jorge Sayeg Helú y Mauricio Magdaleno. Algunos de sus extractos han sido retomados como lecturas incorporadas a antologías desde la década de 1970 hasta el siglo XXI, y apenas hace unos años la vimos ampliamente citada en un exitoso estudio sobre el comodoro Manuel Azueta (Kuri *et al.*, 2009).

Con tan numerosos registros visuales, uno se pregunta por qué este capítulo histórico es un tema menor de nuestra historia, el cual pasa a segundo término sobre todo ante el gran movimiento que significó la Revolución mexicana, de la cual se le considera sólo como una parte. La parcialidad con que se ha tratado el asunto de la invasión a Veracruz da precisamente a la propuesta de Palomares su importancia. Ha sido una obra de la que todos hemos bebido y que representó un momento de revaloración de una experiencia dolorosa. La defensa del puerto fue un acto sin duda valeroso, que costó la vida a muchos veracruzanos, pero que también hizo que los mexicanos percibieran el poderío naval de Estados Unidos. Éste ya se había mostrado con la expedición de The Great White Fleet, un viaje de circunnavegación que duró de 1907 a 1909, con el objetivo de visitar varios puertos del mundo y que se considera parte de las pretensiones de Theodore Roosevelt de divulgar la capacidad militar estadounidense y poderío oceánico, que pocos años después vendría a confirmar en México.

La invasión estadounidense a Veracruz de 1914 es un tema de estudio que pertenece a varios campos. Se alinea con el tema de las invasiones, donde destaca Gastón García Cantú con su clásico *Las invasiones norteamericanas en México*, en calidad de segunda agresión por parte del vecino del norte a nuestro país. Se ve como conflicto diplomático, en el que el más citado es Isidro Fabela con sus apreciaciones internacionalistas. Se aproxima a ella como parte de la Revolución mexicana, y es motivo y tema de las cuatro

veces heroica Veracruz y su defensa. A este respecto es necesario decir que una de los pocos espacios dedicados a mostrar el conflicto fuera de la ciudad y el puerto jarocho es justo la sala “Intervención de Estados Unidos de 1914” del Museo Nacional de las Intervenciones, en la ciudad de México, que a partir de su restauración, concluida en 2012, ha dedicado un espacio a esta incursión e incluso a la siguiente, ocurrida en 1916 a raíz de la persecución de Francisco Villa por el general Pershing (Juárez, 2013: 22-26).

Esta sala abre con una gran maqueta que muestra las posiciones de los barcos estadounidenses, el *Utah*, el *Tacomah*, el *Chester* y el *Prairie*, así como el resto de la flota, que permaneció a la expectativa, así como una serie de reproducciones fotográficas procedentes del Sinafo-Fototeca Nacional del INAH, correspondientes al Fondo Casasola, en algunos casos marcadas con el nombre “Hadsell”. La sala también exhibe elementos emblemáticos de la invasión, entre ellos un uniforme de cadete naval, una medalla de condecoración militar de 1927 y una bandera de raso de acetato con el escudo nacional pintado a mano.

Este acento en la fotografía se encuentra a tono con las nuevas posiciones de estudio. Se ha ido delineando otro capítulo, el quinto de una ya amplia producción, el cual tiene como núcleo una nueva vertiente historiográfica en la que la fotografía tiene un papel preponderante, al ser considerada como documento histórico y ya no como una mera decoración visual en las publicaciones. Alberto del Castillo, John Mraz, Miguel Ángel Berumen, Marion Gautreau y Daniel Escorza, entre otros, se han acercado a las fotografías ya no como simples ilustraciones de la invasión a Veracruz, sino con el objetivo de analizarlas y descubrir una nueva cadencia de contenido. No se trata de juntar obras, sino de explorar las fotografías. Con esta aproximación se han puesto al descubierto contradicciones: a algunas fotografías no se les atribuye autor y para otras se menciona a más de uno. Éste y otros aspectos sugieren múltiples preguntas y reflexiones: hasta ahora no se había estudiado su contenido.

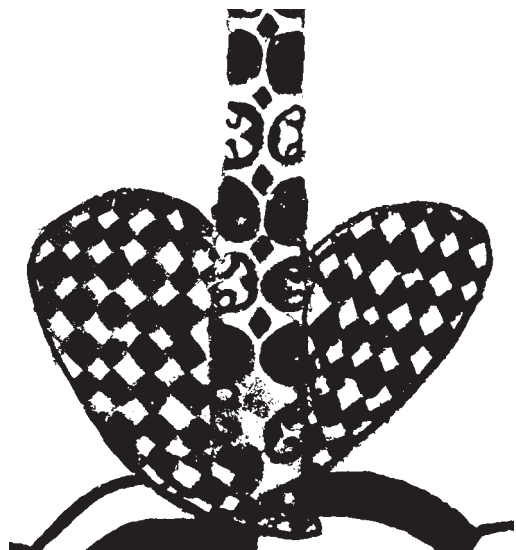
Hay, sin duda, una tarea pendiente con esta invasión. Si, como se afirma, 100 años no es nada, ¿cuánto tiempo más tendremos que esperar para hacer un amplio reconocimiento de esta intervención y sus registros? La invasión a Veracruz de 1914 fue la segunda agresión sufrida por México por parte de Estados Unidos, pero fue la primera en muchos aspectos: por el movimiento de barcos —se señalan entre 40 y 50—, la cantidad de combatientes, las modernas armas mortíferas y la intromisión en un momento delicado que parece señalar la motivación, por parte del vecino de norte,

de obtener una tajada, acaso petrolera, en medio del conflicto revolucionario. Con 100 años encima podemos dejar esta propuesta así: no sólo es necesario revisar esta invasión, sino devolverle su importancia para que deje de ser comparsa, capítulo y referencia a medias. Esa posición nos la señala también el decaimiento de las conmemoraciones públicas durante las décadas de 1980, 1990 y 2000, cuando ya casi no se realizaron.

Como testimonio de olvido histórico, terminamos con las aseveraciones de Álvaro Matute, quien considera la invasión a Veracruz como uno más de los incidentes provocados por la presencia estadounidense en momentos fundamentales, entre ellos el “cuartelazo” de La Ciudadela, la Expedición Punitiva, y también parte de la historiografía mexicana de la Revolución mexicana (Matute, 2005: 117). Éstos no han sido omitidos, pero hasta cierto punto se les trata de manera incidental, e incluso pareciera que son vistos como asuntos marginales, no obstante que han llegado a tener consecuencias medulares en la historia interna del país.

Bibliografía

- “24 horas estará ALM en Veracruz”, en *Excelsior*, 21 de abril de 1964, pp. 1, 12.
- “Actos para recordar la defensa de Veracruz”, en *La Prensa*, 21 de abril de 1964, pp. 1, 12.
- Cárdenas García, Nicolás, *Invasión norteamericana. Defensa de Veracruz*, México, INEHRM (Cuadernos conmemorativos, 24), 1985.
- Contreras, Mario y Jesús Tamayo, *Antología México en el siglo xx. 1913-1920. Textos y documentos*, México, UNAM (Lecturas universitarias, 22), t. 2, 1976.
- Garciadiego, Javier (estudio introductorio, selección y notas), *La Revolución mexicana: crónicas, documentos, planes y testimonios*, México, UNAM, 2003.
- Garza Treviño, Ciro de la, *Wilson y Huerta. Tampico y Veracruz. Ensayo de divulgación histórica*, México, Imprenta Mundial, 1933.
- Gordillo y Ortiz, Octavio, *La Revolución y las relaciones internacionales de México*, México, Talleres Gráficos de la Nación (Biblioteca del INEHRM, 93), 1982.
- Juárez López, José Luis, “Renovación del Museo Nacional de las Intervenciones”, en *Correo del Maestro*, núm. 202, marzo de 2013.
- Kuri Trujeque, María Delta et al., *Comodoro Manuel Azueta Perillos. Ensayo biográfico*, México, Secretaría de Marina-Armada de México/INEHRM, 2009.
- Magdaleno, Mauricio, *Instantes de la Revolución*, México, Talleres Gráficos de la Nación (Biblioteca del INEHRM, 88), 1981.
- Matute, Álvaro, *Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana*, México, UNAM, 2005.
- Martínez, Andrea, *La intervención norteamericana. Veracruz, 1914*, México, SEP/Martín Casillas, 1982.
- Melo de Remes, María Luisa, *Veracruz mártir. La infamia de Woodrow Wilson (1914)*, México, Imprenta Ruiz, 1966.
- Lascaráin y Osio, Ángel, *La segunda intervención americana*, México, Jus (Figuras y episodios de la historia de México, 42), 1957.
- López de Escalera, Juan, *Diccionario biográfico y de historia de México*, México, Magisterio, 1964.
- “Medio siglo después”, en *La Prensa*, 22 de abril de 1964, pp. 1-2, 38.
- “Páginas de oro de nuestra historia”, en *El Universal*, 21 de abril de 1964, pp. 1, 14-15.
- Palomares, Justino N., *Egolatrías: versos*, Veracruz, Talleres Tipográficos de El Dictamen, 1925.
- _____, *La invasión yanqui en 1914*, México, s. e., 1940.
- _____, *Anecdotario de la Revolución*, México, ed. de autor, 1954.
- _____, *La invasión de Veracruz*, México, Conasupo/SEP, 1984.
- Pasquel, Leonardo, *Manuel y José Azueta padre e hijo. Héroes en la gesta de 1914*, México, Citlaltépetl, 1967.
- Pérez de León, José, *Reseña gráfica de la invasión americana, Veracruz, 1914*, México, H. Ayuntamiento de Veracruz, 1987.
- Ramos V., Roberto (coord.), *La intervención norteamericana en Veracruz (1914)*, México, Jus, 1973.
- Rebolledo, Miguel, *México y Estados Unidos*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1917.
- Rodríguez, Alberto A., *Don Pascual o la invasión de Veracruz por los americanos en 1914*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920.
- Rodríguez Zamacois, Enrique (coord.), *¡Veracruz heroica!*, México, Publex (Crónica ilustrada Revolución Mexicana, 43), 1967.
- Sayeg Helú, Jorge, *La Revolución mexicana a través de sus documentos fundamentales*, México, Talleres Gráficos de la Nación (Biblioteca del INEHRM, 87), 1982.
- Ulloa, Berta, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914)*, México, El Colegio de México, 1971.
- _____, *Veracruz, capital de la nación, 1914-1915*, México, El Colegio de México/Gobierno del Estado de Veracruz, 1986.



De nuevo a Columbus. Rutas historiográficas en torno a la intervención estadounidense de 1916

Pável Leonardo Navarro Valdez*

El presente artículo es un avance de la investigación “La intervención norteamericana de 1916. Pancho Villa y la expedición punitiva” del Museo Nacional de las Intervenciones, proyecto puesto en marcha a finales de 2012, en un esfuerzo del museo por ampliar la indagación histórica sobre las implicaciones extranjeras durante el proceso revolucionario de comienzos del siglo xx y dar cabal cumplimiento a su misión de documentar y difundir las diferentes agresiones políticas y militares que ha padecido el país. Estas notas para *Diario de Campo* no pretenden ser un recuento exhaustivo de la historiografía sobre el tema, sino una reflexión sobre algunas de las rutas seguidas por las pesquisas históricas y, con este bagaje, delinear algunos caminos a seguir.

Introducción

En la construcción del imaginario sobre Francisco Villa, un hecho contribuye en forma decidida a elevarlo a alturas de leyenda: el ataque a Columbus, Nuevo México, en la madrugada del 9 de marzo de 1916.¹ Como apuntó Friedrich Katz (1998: 26), varios de los aspectos ligados al caudillo han sido ocultados por la propia personalidad de Villa, y muchos de los procesos cercanos se confunden con el mito. Esto mismo sucede con la acción en Columbus y el frustrado intento de capturarlo por parte de los estadounidenses. La hazaña se inscribió con rapidez en los terrenos de la épica: la única incursión extranjera a territorio continental estadounidense desde la lejana guerra contra Inglaterra, en 1812; un gesto que caló en lo profundo del orgullo del poderoso vecino del norte; el cobro, aunque sea por una ocasión, de añejas afrentas históricas, y un desquite ante la constante discriminación que sufren los mexicanos al otro lado de la frontera. A su vez, el escape villista adquirió rasgos de proeza: la movilización de un ejército de 10 000 efectivos para hacer frente a un solo hombre; la más moderna maquinaria de guerra, que resultó ineficaz frente a la astucia del revolucionario duranguense, y finalmente la retirada estadounidense de territorio nacional sin haber logrado su objetivo: atrapar a Villa vivo o muerto.

La acometida sobre Columbus es un hecho por completo atípico en la historia moderna de nuestro continente. Dentro de la larga lista de intervenciones estadounidenses en América Latina, Columbus ha sido la única ocasión en que una fuerza armada latinoamericana ha atacado al ejército estadounidense en su propio territorio. En su excepcionalidad, con igual prontitud atrajo

* Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (pavel_navarro@inah.gob.mx).

¹ Nellie Campobello (2012: 44) escribió que México es un país donde los cuentos verdaderos fabrican leyendas.

la atención de numerosos observadores, aunque se debe señalar que el estudio sobre la intervención estadounidense en México durante 1916 ha contado con una suerte dispar.

Desde Estados Unidos fue recibida como una afrenta contra el honor que resultaba imposible dejar pasar, y a partir de entonces mucha tinta ha corrido sobre el tema. Decenas de estudios han tomado como eje los acontecimientos relacionados con el ataque en Columbus y la posterior Expedición Punitiva: buscan sus antecedentes, reflexionan una y otra vez en un intento de encontrar los motivos que llevaron a Villa a ordenar el asalto, ponen la mirada en la fuerza militar enviada a México, siguen sus pisadas mediante numerosas fuentes y la revisitan en frecuentes ocasiones.

Del lado mexicano, su fortuna ha sido casi inversa. La intervención coincidió con el momento de declive del villismo, tras las derrotas de la División del Norte en 1915 y su disgregación entre las sierras y llanuras norteñas. Por tanto, las circunstancias propiciaron que se conservaran muy pocos testimonios escritos por parte de los directamente involucrados. El año de 1916 ha sido señalado como una de las etapas más oscuras de la Revolución en los estados de Chihuahua y Durango. Los archivos para ese periodo son escasos, las fuentes fragmentarias y dispersas, acordes con la estrategia de guerrillas seguida por el villismo durante ese tiempo. Desde el lado mexicano, "la de esos años es la crónica de lo que casi nadie quería, ni ha querido escribir," señala Jorge Aguilar Mora en su prólogo a *Cartucho* (Campobello, 2012: 11).² En este contexto, son relativamente pocos, en comparación con los estadounidenses, los trabajos que abordan esta invasión. En mayor medida, las aproximaciones a la intervención se han dado de manera tangencial y por lo común no es el tema central de estudio, sino un elemento complementario de una investigación más amplia, a saber: un eslabón en la construcción de la vida del caudillo, parte de los derroteros de la Revolución en Chihuahua, un episodio en la historia de las relaciones exteriores del país o uno más de los complejos y complicados problemas fronterizos. Entre los pocos trabajos que toman la intervención como su motivo principal se debe mencionar el realizado por Alberto Salinas Carranza (1936), sobrino de Venustiano Carranza, quien presenta el punto de vista de la facción constitucionalista, y los de Alberto Calzadías (1960), que recoge los testimonios cercanos al villismo.

² De los testimonios de primera mano recuperados de esa época, destaca el de José María Jaurieta, *Con Villa (1916-1920)* (1996), su secretario en ese periodo, y entre los trabajos de investigación el de Martha Rocha, *Las defensas sociales en Chihuahua* (1988).

Historia militar de la expedición

La historia militar de la Revolución mexicana es un terreno en buena medida descuidado por los historiadores y cuyo cultivo en México ha recaído, de manera primordial, en los propios militares, que en ocasiones no han logrado traducir los aspectos técnicos guardados en los reportes y partes de guerra en un discurso ágil y accesible para un público mayor, o en su defecto no lo conectan con los procesos sociales de los que la guerra se nutre y en los que interviene.³

En contrapartida, en Estados Unidos la historiografía militar ha encontrado un terreno mucho más fértil, por lo que el estudio de la intervención de 1916 pronto se convirtió en un bocado apetecible para el gusto de los historiadores militares (o de militares historiadores), ya que en la propia campaña se mezclaron a la vez el encanto de las aventuras de viejo cuño con la aplicación en el terreno de nuevos equipos de guerra. En un solo trabajo se revive la nostalgia que provoca el pensar en las últimas andanzas de la caballería, combinada con lo novedosa presentación de los escuadrones aéreos. En contraste con la escasa documentación con que contamos para el villismo para 1916, la expedición encargada de batirlo produjo una gran cantidad de materiales: planes, instrucciones, mapas, partes, informes, entre muchos otros, con los que es posible rastrear la penetración de las tropas estadounidenses en territorio mexicano día tras día, kilómetro a kilómetro, y reconstruir su paso a detalle. Los documentos oficiales se complementaron con numerosos testimonios de aquellos soldados que participaron en la persecución de Villa. Y aunque nunca lo atraparon, el simple hecho de haber estado tras su pista en la montañas de la Sierra Madre Occidental los dotó de una experiencia exótica, una prolongación de las aventuras del viejo oeste, cuyos relatos más tarde fueron comprados por los periódicos o, si el autor contaba con la paciencia y las habilidades suficientes para escribir unas páginas más, redactar sus memorias para su publicación. Así aparecieron narraciones como la del mayor Frank Tompkins.

Tompkins fue el imprudente oficial que, contraviniendo las instrucciones recibidas, ingresó con su unidad hasta el centro de Parral, Chihuahua, el 12 de abril de 1916, con lo que desató la ira y el sentimiento nacionalista de sus habitantes. Los parralenses, guiados por la profesora

³ Deben destacarse, como bocanadas de aire en la historia militar de la Revolución mexicana, los trabajos de Felipa Ávila, *Los orígenes del zapatismo* (2001), y Pedro Salmerón, *La División del Norte* (2006), que ligan la historia militar, la geografía y el trasfondo social de los ejércitos zapatistas y villistas.

Elisa Griensen, repelieron la incursión a pedradas, balazos y gritos de “¡Viva Villa!”, de modo que obligaron a las tropas estadounidenses a replegarse fuera de la ciudad. Ante este hecho, que lo inscribió en los libros de historia, no es de extrañar que las memorias de Tompkins funcionen más a manera de coartada, en justificación a su propio accionar, y en busca de culpar de sus fracasos particulares y los de la expedición en general no a sus superiores castrenses, sino a la burocracia estadounidense, comenzando por el propio presidente Woodrow Wilson y sus políticas respecto a la Revolución mexicana (Tompkins, 1934: p.184), en añoranza de una aplicación más severa del gran garrote de Theodore Roosevelt. A esta crónica, una de las más difundidas (no así de las más veraces), se sumaron varias más, entre las que destacan las de Lewis Morey y Harry Toulmin, entre otros.

Con la abundancia de fuentes se realizaron muchos estudios que enfatizaron en los aspectos militares de la intervención, si bien resaltaron sus matices románticos o de aventura: el empleo de la caballería ya entrado el siglo xx y los inicios de la fuerza aérea estadounidense. La prosopografía militar también encontró una rica veta, si bien se concentró en el estudio del carácter y personalidad de los comandantes rivales: John Pershing y Pancho Villa. La historia diplomática también se nutrió de las fuentes de archivo estadounidenses, aunque dentro de las revisiones sobre la política exterior de Estados Unidos en su mayor parte construyó una imagen demasiado idealizada e inocente del presidente Wilson (Hart, 1995: 1 786).

En 1991 John Eisenhower publicó *Intervention! The United States and the Mexican Revolution, 1913-1917*. En el texto resalta la vasta experiencia del autor en el manejo de los asuntos bélicos y un amplio conocimiento de la historiografía militar estadounidense sobre el tema, si bien la obra carece de más completas y acabadas interpretaciones sobre la Revolución mexicana (Eisenhower, 1993: 165-167). El libro de Eisenhower resulta un tanto ejemplificativo del devenir de la historiografía relativa a la intervención. Sobre los filones militares se había ahondado casi de manera exhaustiva: *an oft-told tale*, expresión estadounidense para referirse a un relato contado una y otra vez. Sin embargo, respecto a las implicaciones políticas de la intervención en el proceso revolucionario, quedaban tareas pendientes.

La historia social y la ampliación de la baraja temática

Aun desde el lado estadounidense se apreció, si no podemos decir que un agotamiento, cuando menos una saturación

de los temas militares alrededor de la historia de la expedición. Por ello, a partir de la década de 1990 los historiadores han procurado brindar un enfoque más social a la manera de tratar el tema de la intervención de 1916. David Hellwig realizó un estudio sobre la de la prensa afroamericana y su postura ante las políticas de Wilson respecto a México. Este autor muestra cómo, en un ambiente marcado por el segregacionismo y los recuerdos aún frescos de la Guerra de Secesión estadounidense, los grupos afroamericanos miraron con recelo al Partido Demócrata, al presidente Wilson y su política exterior. Desde su punto de vista, lo criticaban por su actitud moderada, si no es que tibia, en lo referente a los temas mexicanos, a diferencia del trato recibido por las naciones del Caribe. Por ejemplo, lo cuestionaban: ¿por qué, si desde la óptica presidencial en México hubo una dictadura encabezada por el general Victoriano Huerta (1913- 1914) y la Revolución mexicana puso en serio peligro las vidas de los ciudadanos estadounidenses en 1916, se había limitado al control del puerto de Veracruz y después a una invasión parcial, contenida, en el estado de Chihuahua, mientras que en Haití, una pequeña República, sin ningún reparo ordenó a los *marines* la ocupación completa del país en 1915? (Hellwig, 1987: 261-279).

El tema de la segregación en el interior del propio ejército estadounidense fue retomado por Horace Nash en el estudio sobre la situación imperante en el ejército racialmente segmentado (Nash, 1996). Cabe señalar que Pershing adquirió su mote de *Black Jack* debido a los batallones de soldados negros que le cupo en suerte dirigir durante buena parte de su carrera militar, y que la patrulla que enfrentó a las tropas constitucionalistas en la escaramuza de El Carrizal, en junio de 1916, se conformaba por elementos afroamericanos. Por su parte, Ken Zontec dio a conocer en 1993 su tesis doctoral, en la que explora, por medio de las fuentes judiciales y otros testimonios, el juicio “poco aseado” (por decir lo menos), contra los combatientes villistas acusados de participar en el ataque a Columbus y capturados por la expedición en Namiquipa, Chihuahua (Zontec, 1993).

Llevados a Estados Unidos, su juicio se realizó en el mismo lugar del ataque, en medio de un ambiente hostil, crispado por un discurso antimexicano, atizado con intensidad tras los hechos, que se tradujo en un jurado predispuesto a declararlos culpables. Más que justicia, se buscaba la revancha que la Expedición Punitiva no había alcanzado a plenitud.

Años después los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el edificio del Pentágono despertaron comparaciones entre estos ataques y la incursión a Colum-



bus. La respuesta bélica del presidente George W. Bush y el deseo de venganza que inundó el país llevó a Estados Unidos a una guerra poco tradicional, no contra un Estado o nación, sino contra una persona, Osama Bin Laden, y una figura más abstracta: el terrorismo. Los científicos sociales volvieron de nuevo la mirada hacia la fracasada “guerra contra Villa”, en busca de elementos históricos para construir reflexiones acerca de la larga lista de guerras justificadas bajo el argumento de lo punible, las consecuencias que acarrearán hoy en día en cuestiones de la ley y los derechos humanos, el papel del ejército y las fuerzas armadas inmiscuidos en los procesos judiciales (prisión de Guantánamo), así como los riesgos de los poderes especiales para el Ejecutivo (Sheppard, 2003: 40-60). Como se aprecia, distintas razones (la dinámica de las relaciones interraciales, los persistentes problemas fronterizos o la aplicación en pleno siglo XXI de expediciones punitivas) han obligado a la academia estadounidense a volver la mirada con frecuencia hacia los eventos de 1916 y sus consecuencias.

El parteaguas en los estudios del villismo

Desde su publicación en 1998, cualquier comentario o reflexión acerca del villismo debe parar de manera obligada en el *Pancho Villa* de Friedrich Katz (1998). Durante dos décadas el investigador austriaco siguió el elusivo rastro de Villa a lo largo de muy variados fondos documentales, y después de años de maduración la gran obra sobre el general Villa estuvo lista. Al acercarse la aparición del esperado libro, las expectativas eran enormes, ya que el talento y oficio del autor eran de sobra conocidos. A los estudiosos del villismo los embargaba una mezcla de sentimientos: por un lado la emoción de tener el libro en las manos y devorarlo con entusiasmo, pero a la vez con un dejo de preocupación.

Después de esta exhaustiva investigación, ¿habría algo más que decir sobre Villa?

En lo que se refiere a la invasión estadounidense, Katz ya había dado muestra de sus pensamientos con la publicación de varios artículos (1978: 101-130), ideas que documentó a lo largo de los años y apuntaló en los capítulos correspondientes en el libro. Poco después Mark Wasserman (2000: 1, 356) señaló: “Tarea difícil es escribir algo nuevo sobre la expedición de Pershing, dada la reciente publicación del monumental *Pancho Villa*”. Por fortuna, entre lo mucho que ha legado la obra de Friedrich Katz, con todo y su minuciosa indagación, es que aún quedan numerosos filones que investigar sobre el villismo.

Aun con la sombra del libro de Katz, nuevos textos sobre la intervención de 1916 se han publicado durante los últimos 15 años, sobre todo en Estados Unidos, donde continúa enganchando a estudiosos. Joseph Stout (1999) brindó su aportación al tema al fijar la atención en las fuerzas constitucionalistas, sus dinámicas internas y los conflictos entre sus mandos. En fechas recientes se lanzó el libro *The General and the Jaguar: Pershing Hunt for Pancho Villa*, de Eileen Welsome, cuya pluma confirma que la de Villa es una historia que sigue atrayendo lectores y cumple a cabalidad el cometido de entregar una narrativa ágil y de contar el relato que sigue fascinando al público.⁴

Tareas pendientes

Del lado mexicano, los estudios sobre la intervención estadounidense de 1916 se encuentran un tanto descuidados.

⁴ Welsome ganó el Pulitzer en 1993 por sus reportajes sobre los experimentos médicos con plutonio hechos por el gobierno de Estados Unidos en pacientes no informados entre 1945-1947, publicados en *The Albuquerque Tribune*.



Y si en algún momento varios historiadores de aquel país anunciaron la saturación de libros sobre la expedición, desde 1978 James Sandos (1981: 311), si bien reconocía que la parte militar había sido enormemente estudiada, reclamó la falta de atención sobre el tema por parte de sus colegas mexicanos.

Por ello es necesario repensar la intervención estadounidense de 1916 y acrecentar la investigación. La revisión de la ruta seguida por las exploraciones estadounidenses debe servir como base para plantear las futuras indagaciones y utilizar la gran variedad de fuentes y testimonios producidos en Estados Unidos sobre el asunto no para pisar de nueva cuenta sobre el camino andado, sino para aprovechar sus trabajos y construir una historia militar más acorde con los intereses historiográficos mexicanos, en los que se debe sopesar en forma adecuada el papel desempeñado por los actores nacionales.

A su vez, la apertura de nuevas temáticas sociales nos da luz sobre nuevos enfoques con los cuales mirar la intervención desde México. Por tanto, propongo que, además del estudio de las causas inmediatas que detonaron la intervención y el recuento detallado de los pasos del ejército invasor por el territorio nacional, es necesario ligar la invasión estadounidense de 1916 con el resto de acciones y medidas de intervención extranjera durante la Revolución.

Bibliografía

- Ávila, Felipa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México/UNAM, 2001.
- Calzadiaz, Alberto, *Villa contra todo y... en pos de la venganza de Columbus*, México, Libros de México, 1960.
- Campobello, Nellie, *Cartucho*, México, Era, 2012.
- Eisenhower, John, *Intervention! The United States and the Mexican Revolution, 1913-1917*, Nueva York, Norton, 1993.
- Hart, John, "Intervention! The United States and the Mexican Revolution, 1913-1917 by John Eisenhower", en *The Journal of American History*, vol. 81, núm. 4, 1995.
- Hellwig, David, "The Afro-American Press and Wilson's Mexican Policy, 1913-1917", en *Phylon*, vol. 48, núm. 4, 1987.
- Jaurrieta, José María, *Con Villa (1916-1920). Memorias de campaña*, México, Conaculta, 1996.
- Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, México, Era, 1998.
- _____, "Pancho Villa and the Attack on Columbus", en *The American Historical Review*, vol. 83, núm. 1, 1978.
- Nash, Horace Daniel, "Black Soldiers in Columbus, New Mexico in the Early Twenty Century", tesis de doctorado, Mississippi State University, 1996.
- Rocha, Martha, *Las defensas sociales en Chihuahua*, México, INAH, 1988.
- Salinas Carranza, Alberto, *La expedición punitiva*, México, Botas, 1936.
- Salmerón, Pedro, *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo*, México, Planeta, 2006.
- Sandos, James, "Woodrow Wilson's Mexican Diplomacy Reconsidered", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 13, núm. 2, 1981.
- Sheppard, Steve, "Passion and Nation. War, Crime and Guilt in the Individual and the Collective", en *Notre Dame Law Review*, núm. 78, 2003.
- Stout, Joseph, *Border Conflict. Villistas, Carrancistas and the Punitive Expedition, 1915-1920*, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1999.
- Tompkins, Frank, *Chasing Villa: the Story Behind the Story of Pershing's Expedition into Mexico*, Harrisburg, Military Service Publishing Company, 1934.
- Wasserman, Mark, "Border Conflict. Villistas, Carrancistas and the Punitive Expedition, 1915-1920 by Joshep Stout", en *The American Historical Review*, vol. 105, núm. 4, 2000.
- Zontec, Ken, "The Trial of Six Villistas Following the Columbus, New Mexico Raid", tesis de doctorado, New Mexico State University, 1993.

Acervo del Museo Nacional de las Intervenciones



Karl Nebel, *Batalla de Buena Vista. 23 de febrero 1847*, siglo XIX, litografía Imagen Colección MINI-INAH

Karl Nebel nació en la ciudad alemana de Altona, en la actual provincia de Hamburgo, el 19 de marzo de 1805. Tras cursar estudios de arquitectura en París, a los 24 años viajó a México por primera vez. Durante aquella estancia de cinco años en este país realizó una carpeta de 50 ilustraciones costumbristas que publicaría en París en 1835, con un prólogo de Alexander von Humboldt. En 1847, cuando ya era un ilustrador famoso, volvió a México para retratar algunos de los episodios clave de la intervención estadounidense, los cuales sirvieron para ilustrar la publicación *The War between the United States and Mexico Illustrated*, de 1851. Murió en París el 4 de junio de 1855.



Karl Nebel, *Batalla de Cerro Gordo*. 18 de abril 1847, siglo XIX, litografía Imagen Colección MNI-INAH



Karl Nebel, *Batalla de Churubusco*. 20 de agosto 1847, siglo XIX, litografía Imagen Colección MNI-INAH



Karl Nebel, *Batalla del Molino del Rey. 8 de septiembre 1847*, siglo XIX, litografía **Imagen** Colección MNI-INAH



Karl Nebel, *Batalla de Chapultepec*. 13 de septiembre 1847, siglo XIX, litografía **Imagen** Colección MNI-INAH



Karl Nebel, *Batalla de Palo Alto*, 8 de mayo de 1846, siglo XIX, litografía **Imagen** Colección MNI-INAH



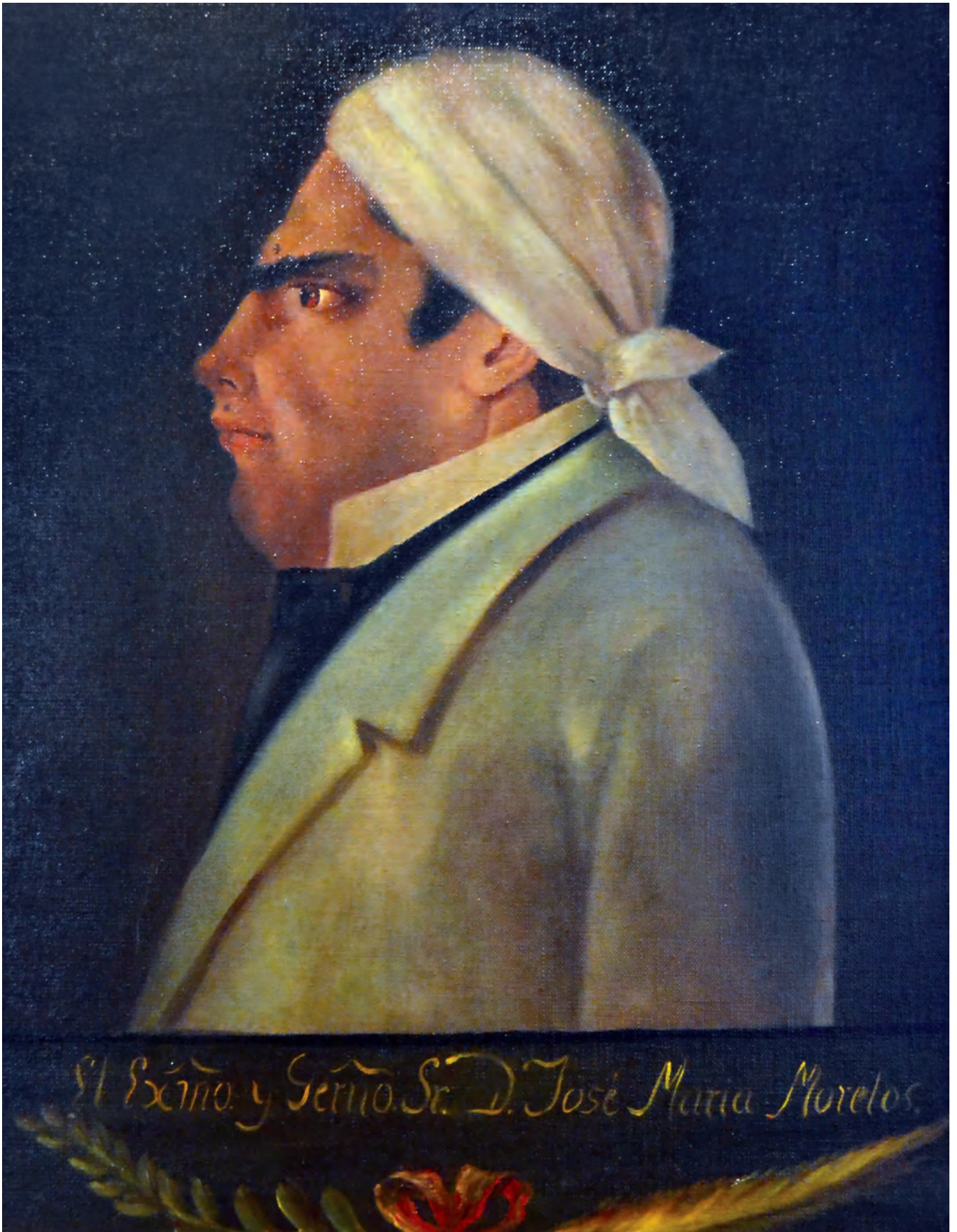
Karl Nebel, *Bombardeo de Veracruz, 22-29 de marzo de 1847* (detalle) siglo XIX, litografía Imagen Colección MNI-INAH



Autor no identificado, *Batalla del 5 de mayo de 1862*, 1870, óleo sobre tela **Imagen** Colección MNI-INAH



Batalla ganada a los franceses, siglo XIX, biombo Imagen Colección MNI-INAH



José Zebero de la Luz Casco, *José María Morelos*, 1812, óleo sobre tela **Imagen** Colección MNI-INAH



Sala Intervención Francesa 1862-1867, Museo Nacional de las Intervenciones, 2013 **Fotografía** Archivo Fotográfico *Diario de Campo*



L. Nieve, *Maximiliano de Habsburgo*, 1865, litografía **Imagen** Colección MNI-INAH



Patio de acceso al Museo Nacional de las Intervenciones, 2013 Fotografía Archivo Fotográfico Diario de Campo



Museo Nacional de las Intervenciones, toma desde el huerto, 2013 Fotografía Archivo Fotográfico Diario de Campo



Autor no identificado, *Retablo la redención de las ánimas del purgatorio, fragmento*, siglo XVII, **Fotografía** Colección MNI-INAH



Sala Refectorio del Convento, Museo Nacional de las Intervenciones, 2013 **Fotografía** Archivo Fotográfico *Diario de Campo*



Autor no identificado, *Soldados norteamericanos desembarcan y entran a la ciudad de Veracruz, 1914*, negativo en original en placa de vidrio
Fotografía Colección MNI-INAH



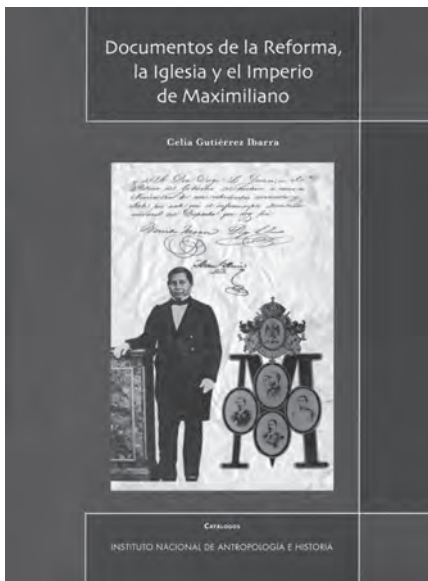
Autor no identificado, *Francisco Villa a caballo, Torreón, Coahuila*, 1914 **Fotografía** Archivo Casasola, Sinafo-Fototeca Nacional del INAH

Constantino Escalante (dibujos), Florencio M. del Castillo, Carlos R. Casarín, Pantaleón Tovar, Joaquín M. Alcalde, Antonio Carrión, Ignacio M. Altamirano y Guillermo Prieto (textos), María de Lourdes González Cabrera y Juan Carlo (estudio introductorio), *Las glorias nacionales: álbum de la guerra*, México, INAH-Conaculta, 2013.

Dentro de los plúteos del archivo de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia "Eusebio Dávalos Hurtado" se custodia un invaluable acervo con la memoria histórica de México. Entre esos documentos se encuentra la Colección Antigua, una miscelánea donde se agrupan escritos e ilustraciones de los siglos XVI al XIX, que refieren los sucesos políticos, sociales y económicos que ha enfrentado el país. Entre los materiales gráficos impresos de esta colección hay álbumes de todo tipo. Uno de ellos es *Las glorias nacionales*, edición que reseña de manera ilustrada y literaria la intervención francesa de 1862-1868 en México.

•••

Celia Gutiérrez Ibarra, *Documentos de la Reforma, la Iglesia y el imperio de Maximiliano*, México, INAH-Conaculta (Catálogos), 2006.



El fondo documental que conforma este catálogo es de gran importancia histórica, pues contiene valiosos documentos sobre la Reforma, los problemas entre la iglesia y el Estado, la Guerra de Intervención y el gobierno de Maximiliano.

•••

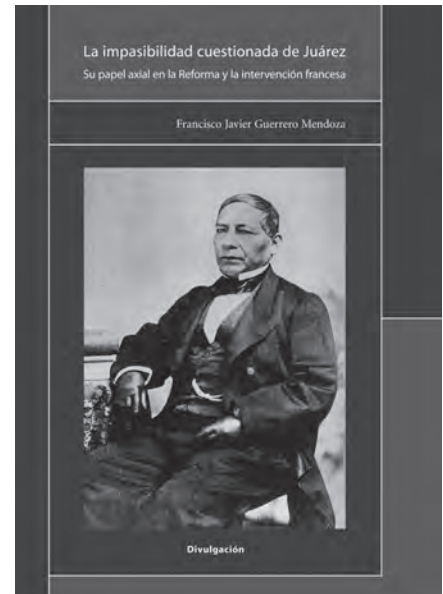
Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos, facsímil de la edición mexicana de 1848, México, INAH-Conaculta / Fundación Miguel Alemán, 2012.



Primera reimpresión de la edición facsímil publicada en 1997 por la Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, se presenta esta coedición con el INAH en el marco del trigésimo aniversario de la apertura del Museo Nacional de las Intervenciones.

•••

Francisco Javier Guerrero, *La impasibilidad cuestionada de Juárez. Su papel axial en la Reforma y la Intervención francesa*, México, INAH-Conaculta (Historia, Divulgación), 2009.



El Juárez más relevante, según el autor, es el que enfrentó la intervención francesa, ya que ésta fue la coyuntura en que su gobierno mostró sus características más importantes. Durante ese periodo los liberales se aliaron con sectores del pueblo trabajador mexicano para dar origen al liberalismo social.

•••

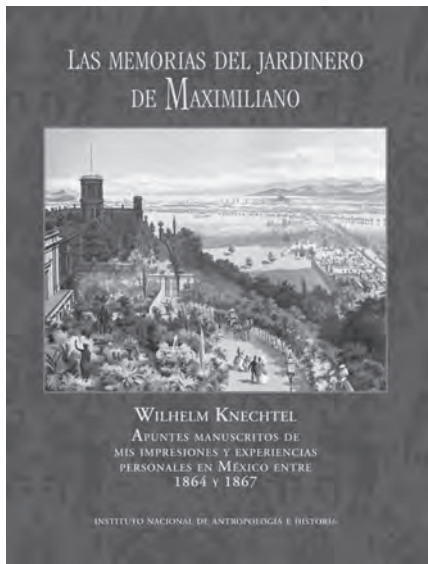
Varios autores, *Juárez a una tinta. El Benemérito de las Américas visto por 12 artistas gráficos, 1806-2006*, México, INAH-Conaculta, 2006.

Benito Juárez en la gráfica de los artistas Raúl Anguiano, Alberto Beltrán, Arturo G Bustos, Erasto Cortés Juárez, Lorenzo Guerrero, Sarah Jiménez, Rina Lazo, Leopoldo Méndez, Adolfo Mexiac, Francisco Mora, Pablo O'Higgins y Fanny Rabel.

•••

Wilhelm Knechtel, *Las memorias del jardineiro de Maximiliano. Apuntes manuscritos de mis impresiones y experiencias personales en México entre 1864 y 1867*, México, INAH-Conaculta / Fundación Pro Museo Nacional de Historia.

Versión en español de las memorias de Wilhelm Knechtel, el jardinero austriaco que acompañó a Maximiliano de Habsburgo durante su estadía en México, el cual constituye un testimonio de diversos aspectos de la vida cotidiana de la corte. La versión impresa en alemán data de principios del siglo xx.



• • •

Angélica Velázquez Guadarrama, *Primitivo Miranda y la construcción visual del liberalismo*, México, INAH-Conaculta/IIE-UNAM, 2012.

Hasta finales de la década de 1860, la pintura costumbrista era aún despreciada en la Academia de San Carlos como género “popular”, ajeno a las grandes cuestiones morales y filosóficas abordadas con aplomo por la pintura de historia. Angélica Velázquez Guadarrama explica que con esos tumultuosos cuadros Primitivo Miranda reclamaba que la pintura costumbrista podía también ser utilizada como un lenguaje pictórico digno de comunicar serias posturas políticas. Así, aunque hoy vemos cuadros como los de Miranda como curiosidades casi “antropológicas”, Velázquez los inserta en su contexto original, con una pormenorizada lectura de textos de los grandes intelectuales de la época.

ca. La autora incluso especula que los cuadros pueden haber sido encargos de algún escritor liberal. También, como lo ha hecho en estudios anteriores, hace una más que convincente lectura de género.

• • •

Lauro Zavala, *Antimanual del museólogo. Hacia una museología de la vida cotidiana*, México, INAH-Conaculta/UAM (Museografía), 2012.

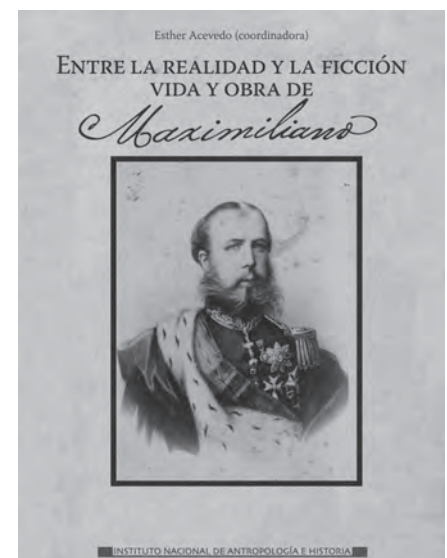


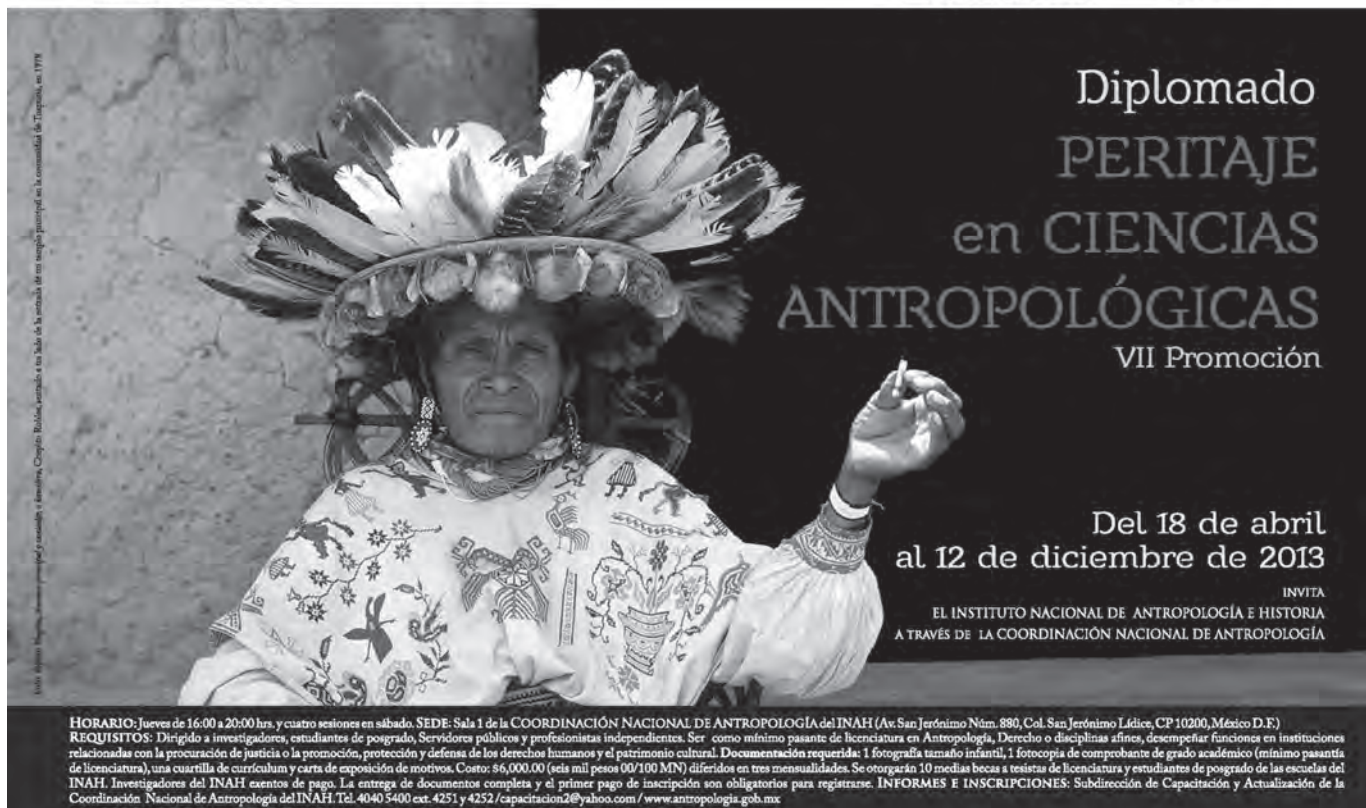
Visitar un país, una ciudad, un parque o la casa de un amigo son experiencias museográficas. También visitar un museo. *Antimanual del museólogo* es una guía para el estudio de esta experiencia. La obra se dirige a toda persona que alguna vez se ha preguntado por la dimensión estética, lúdica, ritual o educativa de la experiencia de visita a cualquier espacio de la vida cotidiana y, por supuesto, a los profesionales del universo museográfico (investigadores de acervos, curadores de colecciones, administradores de proyectos, arquitectos, diseñadores de exposiciones y expertos en educación).

• • •

Esther Acevedo (coord.), *Entre la realidad y la ficción, vida y obra de Maximiliano*, México, INAH-Conaculta/Foro Cultural de Austria en México, 2012.

Más allá de dirimir la problemática de calificar al Segundo Imperio como régimen conservador o liberal, este libro pretende difundir la obra y el pensamiento del emperador a fin de crear un mosaico, diverso y luminoso, que acerque al lector a la historia de este periodo. Personaje complejo y polémico, Maximiliano de Habsburgo ha suscitado la creación de miles de páginas. Éstas no son la excepción. Mediante 10 ensayos presentados en el coloquio internacional homónimo, se abordan diversos aspectos de su vida: desde su faceta como poeta y apasionado viajero, hasta su proyecto de nación y su acusado interés por formar el entonces Museo Imperial, o la leyenda amorosa a que dio lugar la construcción de su villa de descanso en Cuernavaca y en la cual la figura del emperador cobra especial importancia. Todos son trazos importantes que dan luz a la figura de Maximiliano y ayudan a comprenderlo en una dimensión acaso más real y humana que la del hombre histórico, casi mitológico, forjado durante sus breves años de permanencia en México.





**Diplomado
PERITAJE
en CIENCIAS
ANTROPOLÓGICAS
VII Promoción**

**Del 18 de abril
al 12 de diciembre de 2013**

INVITA
EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
A TRAVÉS DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

HORARIO: Jueves de 16:00 a 20:00 hrs. y cuatro sesiones en sábado. SEDE: Sala 1 de la COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA del INAH (Av. San Jerónimo Núm. 880, Col. San Jerónimo Lídice, CP 10200, México D.F.)
REQUISITOS: Dirigido a investigadores, estudiantes de posgrado, Servidores públicos y profesionistas independientes. Ser como mínimo pasante de licenciatura en Antropología, Derecho o disciplinas afines, desempeñar funciones en instituciones relacionadas con la procuración de justicia o la promoción, protección y defensa de los derechos humanos y el patrimonio cultural. Documentación requerida: 1 fotografía tamaño infantil, 1 fotocopia de comprobante de grado académico (mínimo pasantía de licenciatura), una cuartilla de currículum y carta de exposición de motivos. Costo: \$6,000.00 (seis mil pesos 00/100 MN) diferidos en tres mensualidades. Se otorgarán 10 medias becas a asistentes de licenciatura y estudiantes de posgrado de las escuelas del INAH. Investigadores del INAH exentos de pago. La entrega de documentos completa y el primer pago de inscripción son obligatorios para registrarse. INFORMES E INSCRIPCIONES: Subdirección de Capacitación y Actualización de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH. Tel. 4040 5400 ext. 4251 y 4252 / capacitación2@yahoo.com / www.antropologia.gob.mx

LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ASTROLOGÍA

Presenta

Los horóscopos antropológicos de Madam Gurrum INAH

ARIES

Si la tierra tuviera memoria, Churubusco nos contaría que ha estado sufriendo intervenciones extranjeras desde mucho antes de la conquista española. Sólo que entonces el “vecino del norte” era México-Tenochtitlán.

TAURO

¿Sabes escuchar? Cuando a los conquistadores españoles les hablaban de Huitzilopochco, ellos sólo entendían “Churubusco”.

GÉMINIS

Nadie sabe para quién trabaja. Sin saberlo, en 1530 los frailes franciscanos comenzaron a construir el actual Museo Nacional de las Intervenciones.

CÁNCER

Hasta los grandes choques culturales producen recetas. El chocolate, por ejemplo, acompañó toda la vida social del virreinato, desde la existencia monacal hasta las conspiraciones independentistas.

LEO

Leo novela histórica y aprendo más sobre la época del autor que sobre la época de sus protagonistas.

VIRGO

Si algo sale mal, recuerda aprender de las causas. El general Anaya perdió la batalla de Churubusco porque no había parque. Pero, ¿por qué no había parque?

LIBRA

Hasta la noción de patria cambia con la historia. El general Zaragoza nació en la ciudad de Goliad, cuyo nombre es un anagrama de “Hidalgo”. Hoy Goliad forma parte del estado de Texas.

ESCORPIÓN

¿Cuántas veces ha tenido que ser heroico el puerto de Veracruz? Pobre de la nación que necesita héroes.

SAGITARIO

La historia de la técnica ofrece tanto motivos de optimismo como de pesimismo. El desarrollo de armas de fuego cada vez más eficaces prueba que cada documento de la civilización es también un documento de barbarie.

CAPRICORNIO

La expedición punitiva contra Villa desplegó una técnica militar asombrosa para la época. Pero también mostró que la técnica militar no siempre basta.

ACUARIO

Viene una época en la que hay que tener claras las prioridades. Como el ex convento de Churubusco, que se ha dedicado a la salud, la educación, la defensa y la memoria.

PISCIS

La historia también se lee en la piedra. El ex convento de Churubusco, su entorno y su contenido son un libro abierto para quien quiera leerlo.

EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
A TRAVÉS DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA,
LA DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL
Y LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO
A TRAVÉS DE LA UNIDAD ACADÉMICA DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

CONVOCAN AL

SEMINARIO SOBRE APROXIMACIONES MULTIDISCIPLINARIAS A LA MEMORIA COLECTIVA

DEL 6 DE FEBRERO AL 4 DE DICIEMBRE DE 2013



Foto: Anne Warren Johnson, "Las Américas de Luto",
fiestas patriás en Chilacachapa, Gro. 1999

HORARIO: PRIMERO Y TERCER MIÉRCOLES DE CADA MES DE 17:00 A 19:00 HRS.

SEDE: SALA 1 DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA DEL INAH. AV. SAN JERÓNIMO NÚM. 880.
COL. SAN JERÓNIMO LÍDICE, C.P. 10200, México D.F.

REQUISITOS: REGISTRARSE ENTREGANDO UNA FOTOCOPIA DE COMPROBANTE DE ÚLTIMO GRADO ACADÉMICO,
1 FOTOGRAFÍA TAMAÑO INFANTIL, 1 CUARTILLA DE CURRÍCULUM Y 1 CARTA DE EXPOSICIÓN DE MOTIVOS.

SE ENTREGARÁ CONSTANCIA CON VALOR CURRICULAR CUBRIENDO EL 80% DE ASISTENCIAS AL PROGRAMA.

INSCRIPCIONES: SUBDIRECCIÓN DE CAPACITACIÓN Y ACTUALIZACIÓN DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE
ANTROPOLOGÍA DEL INAH. AV. SAN JERÓNIMO NÚM. 880 COL. SAN JERÓNIMO LÍDICE, C.P. 10200, MÉXICO D.F.

TEL (55) 4040 54 00 EXT. 4251 Y 4252.

E-MAIL: capacitacion2@yahoo.com



SEP

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



CONACULTA

Instituto Nacional
de Antropología
e Historia

DIPLOMADO ANÁLISIS DE LA CULTURA

XVI Promoción



Corazon Lathie por Dr. Alderete

DEL 16 DE ABRIL AL 10 DE DICIEMBRE DE 2013

INVITAN EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA A TRAVÉS DE
LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

★ Informes e inscripciones: Subdirección de capacitación y Actualización de la Coordinación
Nacional de Antropología del INAH (Av. San Jerónimo Núm. 880, Col. San Jerónimo Lídice,
CP 10200, México DF) Tel. 4040 54 00 ext. 4251 y 4252

Correos electrónicos: capacitacion2@yahoo.com / www.antropologia.gob.mx

Te invitamos a consultar los números anteriores de la revista DIARIO DE CAMPO, nueva época, en la siguiente dirección electrónica: www.antropologia.inah.gob.mx



NÚMERO 1

Comida para todos: alimentación y cultura

Diablos de la Baja Tarahumara
Ernesto Lehn



NÚMERO 2

Antropología y literatura

Niños y niñas jornaleros de México
Valentina Glockner Fagetti



NÚMERO 3

Lingüística misionera

Carnaval popular dominicano
Mariano Hernández



NÚMERO 4

En memoria de Carlos Monsiváis

Boxeadores, púgiles o gladiadores
Fondo Casasola, Sinafo-INAH
Pedro Valtierra, Cuartoscuro



NÚMERO 5

Patrimonio musical de México

Música y fandango
Antonio Castro
Juan Atilano



NÚMERO 6

Etnohistoria y patrimonio

Haití: los espíritus de la Tierra
Luis Alcalá del Olmo



NÚMERO 7

Patrimonio, diversidad cultural y políticas públicas

Maya Lorena Pérez Ruiz

Figuraciones y configuraciones: los carteles culturales de Gustavo Amézaga Heiras



NÚMERO 8

En memoria de Perla Valle

El pulque y sus bienquerientes
Fondo Casasola-INAH
Nacho López
Marco Antonio Cruz



NÚMERO 9

Treinta años de refugio guatemalteco en México

La mirada fotográfica, Ricardo Sánchez Arriola
El paisaje mexicanista, Hugo Brehme



NÚMERO 10

Periplos alrededor del cuerpo

Martín Chambi: el fotógrafo orgánico de los Andes Centrales



NÚMERO 11

Antropología reciente de Chihuahua

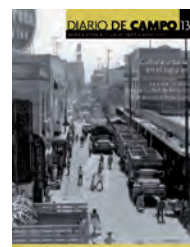
Tras los catrachos que no regresaron
Barbara Beltramello



NÚMERO 12

Cosmovisión indígena: la mirada de Weitlaner

Entre los tetelcingas: fotografías de Alejandra Álvarez Juárez



NÚMERO 13

Cultura urbana en el siglo xx

La zona central en la ciudad de México
José Antonio Rojas Loa

EXPEDIENTE

A la izquierda del colibrí. El Huitzilopochco prehispánico en el plano de la cuenca de México 4

Tomás Villa Córdova

Huitzilopochco: alianzas, conflictos y continuidades entre dos periodos 11

Norma Rodríguez Hernández

La cocina del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Churubusco. Entre la gula y la templanza 16

Raymundo Alva Zavala

Los usos del convento de Churubusco 21

Daniel Escorza Rodríguez

El triunfo del 5 de mayo. Generales y decisiones 26

Víctor Hugo Flores Solís

Los hermanos Caballero de los Olivos. Dos soldados liberales durante la intervención francesa de 1862-1867 en la novela de Victoriano Salado 30

Ranulfo Gaspar Hernández

Colección de armas de fuego del Museo Nacional de las Intervenciones 36

Faustino Amado Aquino

Un libro, un tema y 100 años. La invasión a Veracruz en 1914 43

José Luis Juárez

De nuevo a Columbus. Rutas historiográficas en torno a la intervención estadounidense de 1916 49

Pável Leonardo Navarro Valdez

PORTAFOLIO

Acervo del Museo Nacional de las Intervenciones 54

PUBLICACIONES INAH

Constantino Escalante (dibujos), Florencio M. del Castillo, Carlos R. Casarín, Pantaleón Tovar, Joaquín M. Alcalde, Antonio Carrión, Ignacio M. Altamirano y Guillermo Prieto (textos), María de Lourdes González Cabrera y Juan Carlo (estudio introductorio), *Las glorias nacionales: álbum de la guerra*, México, INAH-Conaculta, 2013 68

Celia Gutiérrez Ibarra, *Documentos de la Reforma, la Iglesia y el imperio de Maximiliano*, México, INAH-Conaculta (Catálogos), 2006 68

Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos, facsímil de la edición mexicana de 1848, México, INAH-Conaculta /Fundación Miguel Alemán, 2012 68

Francisco Javier Guerrero, *La impasibilidad cuestionada de Juárez. Su papel axial en la Reforma y la Intervención francesa*, México, INAH-Conaculta (Historia, Divulgación), 2009 68

Varios autores, *Juárez a una tinta. El Benemérito de las Américas visto por 12 artistas gráficos, 1806-2006*, México, INAH-Conaculta, 2006 68

Wilhelm Knechtel, *Las memorias del jardinero de Maximiliano. Apuntes manuscritos de mis impresiones y experiencias personales en México entre 1864 y 1867*, México, INAH-Conaculta/Fundación Pro Museo Nacional de Historia 68

Angélica Velázquez Guadarrama, *Primitivo Miranda y la construcción visual del liberalismo*, México, INAH-Conaculta/IIE-UNAM, 2012 69

Lauro Zavala, *Antimanual del museólogo. Hacia una museología de la vida cotidiana*, México, INAH-Conaculta/UAM (Museografía), 2012 69

Esther Acevedo (coord.), *Entre la realidad y la ficción, vida y obra de Maximiliano*, México, INAH-Conaculta/Foro Cultural de Austria en México, 2012 69

